

# La Chica del Embarcadero

Un Cuento de Hadas Sombrío



*Una historia de Petra Morganstern escrita e ilustrada por*

**G. Norman Lippert**



De vuelta en la casa de su abuelo después de su último año escolar, Petra Morganstern es una joven bruja cambiada. Confiando en sus recientes decisiones, aunque perseguida por sueños de lo que le han costado, Petra no está segura de qué hacer con el resto de su vida. El único rayo de esperanza de Petra es su joven hermanastra, Izabella, cuyo encanto sencillo solo es acallado por la horrible Phyllis, su odiosa madre.

Desesperada por proteger a

Izabella de la creciente rabia de Phyllis, Petra lucha por encontrar equilibrio entre las fuerzas que buscan controlar su corazón. ¿Se aferrará a las elecciones que ya ha hecho, escogiendo el bien sobre sus mayores deseos, o el fantasma del poder y la venganza, siempre funcionando en el fondo de su mente, será al final su perdición?

Mientras las cosas giran fuera de control, Petra se encuentra confrontada con las fuerzas implacables del destino, impelida en su última elección una vez más. Solo que ésta vez, nadie estará allí

para salvar el día. Esta vez, la  
elección será solo de Petra.



George Norman Lippert

**LA CHICA DEL  
EMBARCADERO**

**Un cuento de hadas sombrío**

**ePub r1.0**

**Horus 30.08.13**

Título original: *The girl on the dock*

George Norman Lippert, 2008

Traducción: Grupo LLL

Ilustraciones: George Norman Lippert

Editor digital: Horus

ePub base r1.0







# LA HISTORIA DE LA HISTORIA

Saludos, estimado lector, y bienvenido a *La chica del embarcadero*. Antes de que empieces la historia, creo que podría ser bastante útil que te cuente la historia de la historia.

Hace poco más de un año, me embarqué en un proyecto de escritura. Pretendía ser sólo por diversión, para mi propio disfrute y de unos pocos amigos y familia. El proyecto fue un

ejercicio de catarsis, siguiendo la historia de un, desde luego, bien conocido joven mago... no tan famoso como su padre (esta es la naturaleza del problema principal de este joven mago) pero famoso no obstante. Para mi sorpresa, este proyecto de escritura creció hasta alcanzar la longitud de una novela. A lo tonto, publiqué la novela online. Entonces, asombrosamente, esta tuvo un éxito bastante sorprendente entre lectores de todo el mundo. Eso condujo, por supuesto, a una secuela.

Con la publicación de la secuela, descubrí unas cuantas cosas interesantes: aunque basada en la

historia original de otra autora famosa (forjando así la naturaleza de mis propios peliagudos problemas) estas historias habían llegado a abarcar una terrible cantidad de conceptos y personajes originales. Comprendí con cierto grado de deleite que había una historia totalmente nueva incrustada ahí, y esa era únicamente mía.

Por tanto, me embarqué en un nuevo proyecto: rompí con el tronco de la idea original y trasplanté algunas ramas propias y únicas a una nueva historia. Este, querido lector, es el resultado de ese experimento.

¿Qué significa esto para ti? Bueno,

hay dos formas en que puedes escoger disfrutar de esta historia:

Primero, dado que esta historia es, en muchos sentidos, una progresión lógica de mis primeras dos novelas, puedes escoger leer esas primero. Se pueden encontrar gratis online, empezando por [www.elderscrossing.com](http://www.elderscrossing.com) en su versión en inglés y en [www.libroslibroslibros.org](http://www.libroslibroslibros.org) en su versión española. Allí, encontrarás la historia preliminar de los personajes contenidos aquí, lo cual seguramente te permitirá apreciar esta historia a una escala algo mayor.

Segundo, puedes escoger lanzarte a esta historia como una entidad en sí misma. Fue escrita por separado, incluso si gran parte de la historia preliminar existe en algún otro sitio. Las luchas y conceptos que conformar el núcleo de esta historia, aunque fantásticas y mágicas (y bastante oscuras) le serán familiares a la mayor parte de los lectores, aunque nunca hayan leído los nombres de estos personajes antes. Si escoges leer solo esta historia, sería útil (aunque no necesario) que seas consciente de unas cuantas cosas: primero, nuestro personaje principal, la adolescente

señorita Morganstern, es miembro de una sociedad mágica secreta que existe junto con el mundo no-mágico. Segundo, tuvo un bastante inusual último año escolar, durante el cual fue el centro de un complot bastante sorprendente de algunos magos muy retorcidos. Los detalles de ese complot se conocerán durante el progreso de la siguiente historia, pero el resultado esencial del mismo fue este: la señorita Morganstern ha descubierto que está maldita con el último fantasma fragmentado del mago más malvado de todos los tiempos. Como una llama en una linterna, este malvado jirón de alma vive dentro de la

propia alma de ella, afectándola, influenciándola. En esto, Petra no es diferente a todos nosotros, malditos como estamos con la naturaleza dual de nuestra humanidad, constantemente en lucha contra las polaridades gemelas de la luz y la oscuridad, la bondad y el egoísmo.

Y esta, estimado lector, es la historia de la historia. Espero que disfrutes de este pequeño y oscuro cuento de hadas. Si es así, házmelo saber. Podría haber más.

Vigila el agua. Seguro que algo va a salir de ella.





# CAPÍTULO 1

Petra despertó con la primera luz del sol manando a través de sus cortinas andrajosas, pintando patrones dorados sobre la cama y las sucias, y principalmente desnudas paredes. Durante un momento, los patrones dorados de sol transformaron la habitación convirtiéndola en algo tranquilo y alegre. Eso simplemente puso a Petra un poco triste mientras yacía en su cama, parpadeando lentamente, su cabello oscuro esparcido

al azar sobre la almohada, porque sabía que no era una imagen auténtica. Aun así, fue un momento agradable. En ese momento, antes de que empezara el desagradable bullicio de la mañana, intentó disfrutarlo.

Se oyeron pasos callados fuera de la no-del-todo cerrada puerta de su habitación. Una sombra se movió en la penumbra del pasillo. Petra sonrió muy ligeramente.

—Petra —susurró la voz de una chica—. Me dejé a Beatrice en tu habitación. ¿Puedo entrar a cogerla?

Petra suspiró y rodó de costado, apoyándose en el codo.

—Sí, entra. En silencio, por favor.

—Lo sé —replicó la chica, todavía cuchicheando. Abrió la puerta lentamente, intentando evitar que ésta rechinara pero rechinó aún más. La sonrisa triste de Petra se hizo un poco más amplia mientras observaba. La niña tenía el cabello dorado y rasgos pálidos, a pesar de sus mejillas y la nariz bronceadas. Lentamente, se arrastró al interior de la habitación, explorando el suelo, con ojos serios. Había ropa de muñeca esparcida sobre el entarimado desnudo a los pies de la cama. La chica espió un poco y sus ojos se abrieron. Se agachó, desapareció tras el pie de la

cama y reapareció un momento después con una pequeña muñeca manchada de barro aferrada contra su pecho.

—Estaba preocupada por ella —susurró la chica, bajando la mirada a la muñeca entre sus brazos—. No le gusta estar sola de noche. Quiere dormir conmigo. La olvidé después de que estuviéramos jugando anoche, pero intenté enviarle pensamientos felices porque no podía volver a por ella de noche. Le dije en mis pensamientos que todo iría bien y que no tuviera miedo, y que volvería a por ella por la mañana. Además funcionó, ¿ves? Todavía está feliz. —La chica dio la vuelta a la

muñeca, mostrando a Petra la gran sonrisa cosida en la cara de la muñeca.

Petra asintió con la cabeza, divertida.

—Es feliz porque su mamá la quiere mucho. ¿De qué tendría que preocuparse? Sin embargo, será mejor que la llesves a tu habitación antes de que tu madre te oiga. Si sabe que ya estamos despiertas...

—Puedo ser realmente silenciosa —declaró la chica gravemente—. Mira.

Con exagerado cuidado, la chica comenzó a salir a hurtadillas fuera de la habitación, alzando los pies como si estuviera pisando minas. Petra no pudo

evitar sonreírle. En la puerta, la chica se detuvo y se giró.

—¿Esta noche otra vez, Petra? ¿Antes de luces fuera? Tú serás Astra esta vez y el señor Bobkins puede ser Treus. Yo seré la Bruja Marsh, ¿vale?

Petra sacudió la cabeza, más como muestra de diversión que como negación.

—¿No te cansas de esa historia, Iz?

La chica sacudió su propia cabeza vigorosamente.

—Antes de luces fuera —dijo de nuevo, haciendo que Petra lo prometiera. Un momento después se había ido, y fue, desde luego,

notablemente silenciosa mientras se arrastraba de vuelta a su propia habitación. Desde abajo, Petra podía oír traqueteos y refunfuños en la cocina. No pasaría mucho antes de que Phyllis llamara a Petra e Izzy, anunciando a gritos el comienzo del día. Si pasaba eso, las cosas empezarían mal, a Phyllis le gustaba adherirse a un horario, y si tenía que llamar a las dos chicas para que bajaran, eso era señal de que ya irían retrasadas todo el día. Phyllis odiaba holgazanear, como ella lo llamaba. Odiaba los vagabundeos, que era como ella llamaba a cuando Izzy jugaba o exploraba. Phyllis no era la

madre de Petra, no era su abuela, que había muerto hacía años. Phyllis ni siquiera era una bruja. Era, sin embargo, la esposa del abuelo de Petra, y era, a pesar de todas las apariencias, la madre de Izzy.

Suspirando, Petra sacó las piernas de la cama y cruzó el suelo hasta su armario, disfrutando de los últimos minutos de quietud y de las brillantes monedas de luz del sol que se esparcían alegremente a través de las andrajosas cortinas, como si cayeran sobre un hogar feliz y una chica feliz. Petra no era una chica muy feliz. Aun cuando escogía la ropa, los sueños de la noche rodeaban



su cabeza, oscuros y zumbones, como una nube de moscas. Tenía el sueño casi cada noche ahora, y la cuestión era que casi se estaba acostumbrando a él. Ni siquiera era un sueño en realidad, sino un recuerdo reproducido una y otra vez, como una burla. En él, Petra veía a su propia madre, su madre biológica, a la que nunca había conocido. La madre del sueño sonreía, y era la misma sonrisa triste que la propia Petra lucía con frecuencia cuanto miraba a su hermanastra Izzy.



En el sueño, Petra oía su propia voz

gritar «¡Lo siento, mamá!» y cada vez, la Petra del sueño intentaba ahogar a la Petra del recuerdo para cortar esa declaración, para anularla. Como siempre, no podía, y cuando la voz de la Petra del recuerdo sonaba, la figura de su madre se desintegraba. Se colapsaba como una escultura de agua, salpicando sobre sí misma y derramándose sobre el suelo, trazando un curso hasta la ondeante charca verdosa de la cual Petra sabía que nunca reaparecería. La Petra del sueño intentaba gritar de angustia y desesperación, pero no podía emitir ningún sonido. En el sueño, saliendo de la oscuridad, otra voz hablaba en vez de

eso. Era engañosa y enloquecedora. Petra intentaba no escucharla. Era una voz muerta. Pero se hacía difícil no oírla. Algunas veces, de hecho, Petra la oía incluso cuando estaba despierta. La oía en la trastienda de su propia mente, como si fuera una parte de ella. Petra tenía miedo de las cosas que decía la voz oscura. No porque no estuviera de acuerdo con ella, sino porque parte de ella... una parte secreta y profundamente enterrada... lo estaba.

Petra suspiró, recogió su ropa, y recorrió el pasillo hacia el baño.



—Tenemos un día muy ocupado ante nosotras, chicas —dijo Phyllis bruscamente cuando Petra e Izzy entraron en la cocina—. Cinco minutos más haraganeando y no habríais tenido tiempo de desayunar. Sois conscientes de que no apruebo la pereza.

—Lo siento, madre —dijo Izzy cumplidoramente, trepando a una silla ante la mesa. Petra se sentó junto a ella y miró su plato; un trozo de tostada seca, cortada por la mitad, y un pegote de yogurt natural. Phyllis era una

inquebrantable creyente en las comidas sanas. Su propia figura de palo era testimonio de ello, y estaba ferozmente orgullosa de su forma física. Silenciosamente, Petra añoró los desayunos en el Gran Comedor, las salchichas, los panqueques y los arenques frescos. Se recordó a sí misma que aquellos días estaban oficialmente acabados. La graduación había sido una semana antes. Ni Phyllis ni Izzy habían asistido, por supuesto, pero el abuelo de Petra había estado allí, llevando su único traje bueno marrón, que probablemente había estado de moda en algún momento a mitad del siglo pasado.

Era difícil decir si se había sentido orgulloso de Petra cuando ésta aceptó su diploma del director Merlinus, pero al menos había estado allí, con sus cejas pobladas fruncidas en algo semejante a un cumplido ceño de aprobación.

Phyllis interrumpió los pensamientos de Petra con su voz zumbona y estridente.

—Tu abuelo ha pedido que le acompañes al campo sur esta mañana, Petra, no le hagas esperar. Izabella, ya sabes qué día es hoy, asumo.

Izzy miró a Petra, con los ojos muy abiertos. Petra formó con la boca la palabra «cabras».

—Cabras —respondió Izzy, hundida—. Las cabras no. Por favor.

—Ya hemos pasado por esto, Izabella —cantó Phyllis condescendentemente—. Si no recortamos sus cuernos, las bestias se harán daño a sí mismas. Es por su propio bien, como bien sabes. No quiero una palabra más al respecto.

Izzy tenía miedo de su madre, pero se excitó.

—Pero *sangran* cuando lo hago. ¡No quiero hacerles daño! Que lo haga Petra. Ella siempre puede hacerlo sin herirlas.

Phyllis se encrespó y fulminó a Petra con la mirada durante un momento.



—Eso es porque Petra es una insolente practicante de lo antinatural. No tendremos nada de esa infernal brujería en esta casa, como bien sabes. Fuera lo que fuera lo que tu hermana escogió hacer en esa horrible escuela es asunto enteramente suyo, pero esos días se han acabado, y a buenas horas. Ya es hora de que tu hermana encuentre algo *útil* que hacer con su vida. No permitiré ese tipo de cosas bajo *mi* techo, y su abuelo está completamente de acuerdo conmigo.

—Pero Madre —dijo Izzy, empujando su plato a un lado—. Me asustan las cabras.

—Eso es porque eres una simple, Izabella —dijo su madre prosaicamente—. Y es mi deber obligarte a superar ese defecto. Ya es bastante malo que hayas nacido así. No te mimaré animando tu estupidez natural. Lo he pasado bastante mal encontrando un lugar en la vida para ti. ¿Te gustaría que la Granja Correccional Percival Sunnyton te rechazara porque careces del juicio suficiente para manejar una sierra? —Izzy no respondió. Bajó la mirada a su pecho, haciendo un puchero con el labio. Finalmente, sacudió la cabeza.

—Es enteramente posible —dijo

Phyllis jovialmente, retirando el desayuno apenas tocado de Izzy y dejando ruidosamente el plato en el fregadero—. Sólo piensa en la desilusión que serías para mí y para tu padrastro. Después de todo lo que hemos hecho por ti. El señor Sunnyton no paga mucho, pero es lo mejor que podemos esperar, y desde luego no es que no nos vayan a venir bien los ingresos. Y como bien sabes, es en realidad tu única oportunidad en la vida. Después de todo, ¿para qué otras cosas vale una cosita lerda como tú?

Petra se enfureció pero no dijo nada. Sabía por experiencia que defender a

Izzy solo empeoraba las cosas. En vez de eso, captó la mirada de Izzy cuando Phyllis se dio la vuelta. Permitted que una sonrisa curvara la comisura de sus labios y alzó la muñeca ligeramente. Izzy miró a Petra, con los labios todavía fruncidos, y entonces vio la pequeña vara de madera sobresaliendo muy ligeramente por la manga del vestido de trabajo de Petra. Izzy sonrió inmediatamente y se cubrió la boca con las manos. Sacudió la cabeza de lado a lado, advirtiéndole a Petra, pero sus ojos centelleaban alentadoramente. Subrepticamente, Petra alzó el brazo, fingiendo estirarse. Al otro lado de la

cocina, Phyllis extendió la mano hacia el grifo del fregadero, con intención de empezar a fregar los platos de la mañana. De repente, de la base del grifo salió un chorro de agua, como si de éste hubiera surgido un escape. Phyllis balbuceó y retrocedió torpemente mientras el agua la golpeaba directamente en la cara. Izzy amortiguó la risa entre las manos mientras Petra bajaba el brazo, deslizando su varita de vuelta a la manga. Desde la puerta tras ella llegó el sonido de alguien aclarándose la garganta. Petra e Izzy saltaron culpablemente y se giraron.

—El trabajo espera —dijo el abuelo

de Petra desde la entrada, mirándola atentamente, sin sonreír. Iba vestido con sus viejos pantalones llenos de rozaduras y una camisa gruesa. Su cabeza en su mayor parte calva estaba roja por el sol.

—Warren —escupió Phyllis furiosamente—. Este fregadero está fallando otra vez. ¿Cómo se supone que voy a trabajar con herramientas tan defectuosas? Como si Izabella no fuera suficiente. ¡Creía que habías arreglado esta fuga!

—Parece que algunas fugas son peores que otras —dijo el abuelo de Petra, con los ojos todavía sobre Petra

—. Cada cosa a su tiempo, mujer. Lo arreglaré a la vuelta. Vamos, Petra.

Cuando Petra se levantaba de la mesa, escondió en la palma un trozo de tostada que quedaba de su plato. Rodeó la mesa, pasando la tostada a Izzy. La chica menor la cogió y sonrió, mordiendo una esquinita.



—Me alegro de que lleves tu palo contigo —dijo el abuelo de Petra con mordacidad mientras el carro rebotaba sobre el camino lleno de baches

empujado por el único y viejo caballo de la granja. En la parte de atrás del carro, herramientas de granja y bolsas de fertilizantes rebotaban y rechinaban.

—No es un palo, abuelo —dijo Petra cansinamente—. Es una varita. Llámala como lo que es.

—No deberías acicatear a la mujer de la casa —masculló el abuelo—. Eso no hace las cosas más fáciles para nadie.

Petra suspiró. Habían tenido esta conversación muchas veces antes.

—¿Y qué hay de ti? Eres tú el que me pide que venga contigo para que pueda sacar con magia las rocas del



campo y reparar las vallas ¿Y si averigua eso?

—No lo hará —respondió el abuelo tranquilamente—. Yo no lo contaré porque aprecio mucho tu ayuda, y tú no lo contarás porque esta es la única válvula de escape para tus habilidades.

—¿Mis habilidades? —dijo Petra, mirándole fijamente—. ¿Y qué hay de ti? ¿Has olvidado completamente quién eres?

—Sólo porque seas mi nieta eso no es excusa para ser insolente —dijo el viejo impasiblemente, haciendo chasquear las riendas. Petra sabía lo bastante del pasado de su abuelo para

saber que él se oponía testarudamente incluso a discutirlo. Al contrario que otras parejas de antecedentes mágicos mixtos, Phyllis había descubierto la auténtica identidad mágica de Warren Morganstern muy pronto, y la había desaprobado vigorosamente, tanto es así que para acceder al matrimonio, Phyllis había insistido en que su prometido mago renunciara a su magia y rompiera su propia varita.

—He hecho mi elección —siguió el abuelo de Petras después de unos minutos de silencio—. Puede que no la entiendas, pero no necesitas hacerlo. Pronto te irás y no tendrás que volver a

pensar en mí o en Phyllis nunca más. De hecho, considerándolo todo, me sorprende que hayas vuelto aquí, ahora que tu escolarización ha acabado y eres mayor de edad.

Petra no respondió a eso. La verdad era que no sabía por qué había vuelto. Siempre había asumido que, una vez fuera mayor de edad, nunca volvería a poner un pie en la casa en la que había crecido, y adiós muy buenas. Y aun así, una vez llegó y pasó su graduación, casi sin comprenderlo, Petra se había encontrado volviendo a la cama estrecha en la fría y yerma habitación que había conocido toda su vida. Quería

marcharse, quería romper con todo y encontrar una nueva vida, y aun así, por razones que no entendía del todo, cada día se encontraba todavía allí. Tal vez fuera Izzy. Petra siempre se había ocupado de ella tanto como podía. La chica era ciertamente simple, como Phyllis le recordaba cada día, pero no era estúpida. Su inocencia resultaba secretamente deliciosa para Petra, que aprovechaba cada rara oportunidad para jugar con la niña, fugazmente y sin el conocimiento de Phyllis, antes de lo que Izzy llamaba «luces fuera» cada noche. Izzy era la única persona con la que Petra podía hablar de magia, aunque

tenían que mantenerlo como un secreto juramentado. Izzy adoraba las historias de Petra sobre la escuela de magia, con clases de levitación, vuelos de escoba, y convertir cosas en otras cosas. Se deleitaba con las historias de Petra sobre la obra mágica, El Triunvirato, en la cual Petra había tenido un papel durante su último año de escuela. Durante sus fugaces momentos libres, Petra e Izzy caminaban alrededor del pequeño lago al borde de la propiedad. Allí, ocultas de la casa por una arboleda, Petra hacía pequeñas demostraciones de magia para Izzy, levitando sus muñecas y haciéndolas

bailar, o transfigurando guijarros en diminutas mariposas cuando Izzy los lanzaba al aire. Una vez, Petra e Izzy estaban sentadas en el borde del pequeño embarcadero balanceando las piernas y observando a las libélulas tejer patrones sobre las ondeantes olas y estaban hablando de la misteriosa herencia mágica de Petra.

—¿De dónde vienes, Petra? —preguntó Izzy, levantando la mirada hacia ella y guiñando los ojos al sol de la tarde.

—No lo sé en realidad —había respondido Petra—. A tu padrastro... no le gusta hablar de ello.

—¿Es papá Warren un mago?

Petra se encogió ligeramente de hombros y miró hacia el agua.

—Desearía ser una bruja, como tú —dijo Izzy, inclinándose hacia atrás sobre sus manitas regordetas—. Pero no lo soy, ¿verdad?

Petra se giró y sonrió a su hermanastra.

—Yo no estaría tan segura, Iz. La forma en que puedes enviar pensamientos a tus muñecas. Es una especie de brujería, ¿no crees?

Izzy arrugó la cara pensativamente. Finalmente, dijo:

—Es un poco brujería, pero no

realmente. Aunque no soy una auténtica muddle tampoco.

Hacía mucho que Petra había dejado de corregir a Izzy sobre terminología mágica. Sacudió la cabeza.

—No, no eres una auténtica muddle tampoco, Izz. Hay demasiada magia en ti para eso.

—Estoy justo en el medio —dijo Izzy firmemente, sentándose erguida de nuevo—. Atascada entre ser una bruja y una muddle. Eso no es tan malo, ¿verdad?

—Supongo que eso te convierte en una bruddle entonces, ¿no? —dijo Petra, con una sonrisa torcida.



—Soy una bruddle —estuvo de acuerdo Izzy—. Una bruddle rara.

Petra sacudió la cabeza, riendo, y empujó a Izz, como si fuera a tirarla al lago.

Juntas, las dos chicas forcejearon y rieron juguetonamente mientras el sol bajaba sobre el lago, bruñendo su superficie, convirtiéndolo lentamente en oro.

—Phyllis se ha estado quejando de las arañas —dijo el abuelo de Petra, frenando el carro de un tirón y sacando a Petra de su ensueño.

—¿El qué? —preguntó ella, parpadeando.

—Arañas —repitió su abuelo, bajando al camino de tierra—. Abajo en el embarcadero. Ya sabes que le gusta tomar el té allí por las tardes. Estaba pensando que tal vez podrías limpiarlo para ella.

Petra entrecerró los ojos hacia su abuelo.

—¿Cómo sabes que estaba pensando en el embarcadero?

Warren Morganstern miró fijamente a su nieta.

—Yo no sé tal cosa. Phyllis lo mencionó antes esta misma mañana, eso es todo. No vayas a hacer correr el rumor de que soy una especie de

mentalista o nunca me libraré de él.

Esa era su idea de una broma, pero Petra no sonrió. El hecho era que ella sabía que su abuelo no podía negar completamente su sangre mágica, aunque hubiera roto su varita en dos pedazos y los hubiera quemado en el fogón (y menudo fuego colorido había sido *ese*). La varita no hace al mago más de lo que un sobre hace a la carta. Warren Morganstern podía desde luego leer mentes, al menos de forma vaga y embotada, y esta habilidad parecía sólo haberse incrementado ahora que se negaba cualquier otra expresión de su naturaleza mágica. Petra no creía que lo

supiera ni siquiera él mismo, pero ella había visto su habilidad en acción en incontables ocasiones. Era como cuando había vuelto de los campos con un ramillete de flores silvestres para Phyllis precisamente los días en que ella estaba más brusca e irritable, las flores la enfriaban justo lo suficiente para hacer la tarde soportable. Eran los pequeños comentarios que hacía al dependiente en el mercado, quien tenía tendencia a meter el pulgar en la balanza de los pedidos de todo el mundo, pero nunca en los del abuelo. Era la sincronización de las pocas palabras de alabanza o afecto rígido que ofrecía a

Izzy o incluso a la propia Petra; raras, pero siempre cuando más se las necesitaba y apreciaba. El abuelo no era un hombre de corazón fuerte, pero no era mezquino. Y aun así, a pesar de Phyllis y su propia renuncia voluntaria, era un mago.



—¿No tienes algún tipo de spray insecticida para matar arañas? —se quejó Petra, bajando del carro y sacando su varita de la manga—. La ferretería tiene pasillos llenos de ese tipo de cosas, ¿no?

—Tu sistema es más limpio —replicó su abuelo, saliendo al campo—. Por no mencionar más barato.

Petra suspiró y siguió a su abuelo. Todavía estaban a la vista de la casa, cerca de la cima de la colina con vistas a la granja entera. Al menos la mañana le permitiría algunos pequeños placeres, levitando rocas que habían quedado al descubierto por el arado del abuelo. Ya

había una pila sustancial de ellas en la base del árbol grande y nudoso del centro del campo... el «Árbol de los Deseos», como lo llamaba Izzy sin ninguna razón en particular. Phyllis había asumido que Warren y Petra extraían las piedras a mano, y era tan egocéntrica que no le había dedicado un segundo pensamiento. Eso era bueno, ya que si hubiera prestado más atención, había visto que algunas de las piedras de la pila habrían sido más exactamente descritas como enormes rocas. Muchas de ellas eran demasiado pesadas para que incluso un hombre en forma pudiera levantarlas, y mucho menos un huesudo



anciano de setenta años y una adolescente.

Warren señaló, y Petra vio una cúpula lisa de piedra marrón que sobresalía ligeramente de la tierra labrada. Tenía una grieta brillando donde la caña del arado la había marcado, y Petra pensó por un momento que parecía la calavera de una víctima de asesinato enterrada. El pensamiento no la desalentó, como sabía que debería haber hecho. Apuntó su varita y la agitó. La roca se arrancó de la tierra con una especie de sonido húmedo y desgarrado y flotó en el aire, girando lentamente, con trozos de tierra húmeda cayendo de

ella. Petra la miró fijamente. No era una calavera, y comprendió, curiosamente, que se sentía un poco decepcionada.



No había ninguna tumba oficial para los padres de Petra, no por lo que a ella concernía. Ahora sabía que *estaban*, de hecho, enterrados en alguna parte, pero eso no constituía una tumba. No realmente. Por una sola razón, no estaban enterrados juntos, como debían marido y mujer. Su madre, que había muerto al dar a luz a Petra, estaba

enterrada en algún sórdido cementerio olvidado de Londres. Petra ni siquiera sabía el nombre de éste, y nunca había estado allí. No quería ir tampoco. No quería ver el nombre de su madre grabado sobre una de las muchas lápidas, apiñada con docenas de otras, inclinadas y agrietadas, como dientes podridos. Su padre, por otro lado, estaba enterrado en una catacumba anónima bajo la prisión mágica que había sido su último y trágico hogar. Sólo recientemente Petra había averiguado esto, en su último curso de escuela, el día de su cumpleaños. Su padre había sido asesinado mientras era

prisionero, una venganza equivocada tomada por los guardias por «proteger» a los villanos a los que su padre ni siquiera podía dar nombre. Nadie había reclamado su cuerpo, y este simplemente había sido echado al laberinto de cuevas bajo la prisión, junto con otros presos olvidados que murieron dentro de esas horribles paredes. Petra no podía soportar pensar en ello; sus padres, utilizados y manipulados, aplastados hasta la muerte por los engranajes de una batalla que ellos ni siquiera entendían, e instantáneamente olvidados por ambos bandos de esa batalla, inmediatamente pisoteados mientras la

guerra proseguía, insensata y estúpidamente. En el fondo, Petra odiaba a ambos bandos.

Así pues, había hecho su propia tumba para sus padres. Hacía años y años, cuando era muy pequeña, Petra había encontrado una pequeña hondonada en el bosque que separaba la granja del pequeño lago, y allí, su pequeña mente infantil había decidido que haría la tumba. Entonces no había entendido lo que significaba una tumba. Sólo sabía que sus padres estaban muertos, y a la gente muerta se le hacía monumentos de piedra, como tótems, para ayudar a los demás a recordarles.

Sabía que los monumentos de sus padres debían estar juntos, así podrían consolarse el uno al otro en la muerte. Sin pensar en ello, Petra había movido algunas piedras para las tumbas, apilándolas cuidadosamente, sin siquiera tocarlas. La joven Petra estaba familiarizada con la magia incluso entonces, y la necesitó para dar forma a los monumentos de sus padres, sin decirle nunca a nadie lo que estaba haciendo. La magia de Petra tendía a molestar a la gente, aunque ella no entendía por qué. Después de todo, la abuela y el abuelo eran mágicos. Les había visto usar magia montones de

veces en la granja y en la casa, había observado como el abuelo podía hacer que el interior del viejo mirador del lago al final del embarcadero se hiciera mucho más grande por dentro que por fuera, así podían celebrar fiestas dentro si querían. Y aun así la magia de Petra parecía asustar a sus abuelos por alguna razón. Como consecuencia de ello, Petra había aprendido a no utilizarla delante de ellos. Usaba las manos para cargar los cubos de leche del establo a la casa, en vez de hacerlos flotar, lo cual era mucho más divertido. Cerraba las cortinas de la sala tirando del cordón, en vez de simplemente pensar que se

cerraran. Y definitivamente no utilizaba sus pensamientos para matar las ratas del sótano, aun cuando la asustaban mucho, con sus ojos relucientes en la oscuridad, escurriéndose entre los sacos de arpillera de patatas y remolachas. Petra nunca olvidaría la cara blanca de su abuela cuando había subido del sótano una mañana, el día después de que Petra hubiera comprendido que podía matar a las ratas con el pensamiento. Su abuela simplemente había cogido a Petra de la mano, la había conducido fuera hasta el álamo, arrancado una vara larga, y azotado a Petra en una mano vigorosamente; cinco



golpes punzantes, uno por cada rata muerta en el suelo del sótano. Petra sabía que su abuela tenía casi tanto miedo a las ratas como ella misma, y aun así la cara blanca de su abuela y la delgada línea roja de su boca le decían a Petra que, en ese momento, inexplicablemente, su abuela tenía incluso más miedo de la chiquilla que lloraba delante de ella.

Así, en secreto, la pequeña Petra había sacado las piedras de la tierra para la tumba de sus padres, sin varita, simplemente señalando con los dedos de su manita. Levitándolas sin esfuerzo, había apilado las piedras, haciendo que

encajaran perfectamente juntas, hasta que hubo dos pilas, dos montículos de piedras, cada uno ligeramente más alto que la pequeña que los había hecho. La pequeña Petra se sintió un poco mejor entonces. La tumba parecía correcta y justa. Cuandoquiera que Petra se sentía particularmente solitaria o temerosa, acudía a hurtadillas a la tumba provisional. Incluso antes de que su abuela hubiera muerto, antes de que la magia desapareciera de la granja y la horrible Phyllis hubiera ido a vivir con ellos, incluso antes de que el mirador se hubiera separado del extremo del embarcadero y hundido en el lago,

incapaz de sostenerse por sí mismo sin la magia del abuelo. Petra acudía furtivamente a la hondonada del bosque. Incontables veces, a lo largo de sus años de niñez, Petra acudiría, con frecuencia a escondidas en medio de la noche. Se sentaría en un gran árbol caído ante los montículos de piedra, y hablaría con ellos, sus padres perdidos hacía tanto tiempo, a los que nunca había conocido, cuyas caras ni siquiera reconocería.

Petra era mucho más alta que los montículos de piedra ahora, pero todavía iba algunas veces, como había hecho ahora. Todavía se sentaba en el viejo árbol caído, que largo tiempo atrás

se había convertido en un amasijo de flores silvestres y hierba azotada por el viento. Incluso todavía, a veces hablaba con sus padres, pero raramente en voz alta ya.

Al contrario que la pequeña Petra que había construido las tumbas, la Petra mayor sabía que sus padres ya no podían oírla. Y también al contrario que la pequeña Petra que había construido las tumbas, la Petra mayor sabía el aspecto que tenían sus largamente desaparecidos padres. Había visto sus caras docenas de veces durante el año anterior, suficientes para tenerlas grabadas en la memoria. Les había visto mirarla desde

las aguas de una charca mágica secreta, sus caras tristes pero amorosas, y en la charca habían estado juntos. Esa era una parte importante del recuerdo. Había estado juntos en la misteriosa charca, y Petra tenía la secreta sensación de que era a causa de la tumba que ella había construido; los montículos de piedra habían unido a sus padres en la muerte, y se alegraba de ello. En el reflejo verdoso de la charca, Petra había visto que sus padres habían sido gente bien parecida, si bien simples; de buen corazón, pero ingenuos. Petra no los odiaba por eso. Nadie odia a un conejo porque sea demasiado simple para

evitar meterse en una trampa. Uno compadece al conejo, y odia a los asesinos que pusieron la trampa, que estaban dispuestos a aprovecharse de la humilde candidez del conejo, y sin más razón aparte de utilizar y matar.



Petra se sentó delante de las tumbas, pensando en las caras de sus padres, imaginando que podía verlas en las mismas rocas de sus montículos funerarios. Las piedras apiñadas nunca se habían separado o soltado. De hecho, una red de enredaderas florecientes había crecido sobre los montículos, fortaleciéndolos y haciéndolos hermosos. Petra ya no podía recordar si había hecho que crecieran las enredaderas allí utilizando magia, pero creía que era probable. Nunca había tenido que colocar flores en las tumbas de sus padres, porque las enredaderas siempre florecían cuando ella quería;



flores oscuras con filamentos amarillos, exuberantes y vibrantes, hermosamente fragantes. Incluso en el más crudo invierno, cuando el resto del bosque era un tablero negro y blando de esterilidad, las enredaderas podían tener flores siempre que Petra lo deseaba. No siempre hacía que ocurriera, pero a veces lo sentía correcto. Algunas veces lo sentía necesario.

Mientras el sol de la tarde se filtraba a través de los árboles, pintando patrones en movimiento sobre las tumbas, Petra no hizo que las enredaderas florecieran. No sabía si lo volvería a hacer alguna vez. Había visto

las caras de sus padres muertos en el agua, y había hecho la elección de no arrastrarlos fuera de esa agua, no traerlos de vuelta al mundo de los vivos. Tal vez la misma promesa de su retorno había sido una mentira. Petra intentaba convencerse a sí misma de que había sido simplemente un truco malvado, que ninguna magia podría traer verdaderamente a sus padres de vuelta, a pesar de lo mucho que ella lo deseara. Pero había visto a su madre saliendo de esa charca, la había visto allí de pie, sólida y real, su cara sonriendo con amor, observando a Petra. Todavía la veía casi cada noche en sus sueños, y

observaba ese último momento cuando ella, la Petra del sueño, escogía denegar ese retorno. Había parecido lo más valiente y correcto en ese momento... negarse su más profundo deseo para salvar la vida de otro. Incluso ahora, cuando Petra miraba abstraída a la tumba secreta de sus padres, sabía que había hecho la elección correcta. ¿Pero por qué, entonces, se sentía tan, tan perdida? ¿Por qué luchaba con tan aplastante y hechizante sensación de pérdida? ¿Por qué, por encima de todo, sentía el horrible peso del miedo de que, de algún modo, de alguna manera monumental, hubiera fallado a sus

padres perdidos hacía tanto tiempo?

El viento sopló, arremolinando hojas muertas a través de la hierba alta y suspirando una nota aguda en la canopia de los árboles, en las mismas enredaderas que abrazaban las tumbas gemelas. Petra miró fijamente a las tumbas, sus grandes ojos azules y chispeantes, sin ver, perdidos en el sueño y las palabras enloquecedoras de la voz en lo más profundo de su mente.

No hizo que las flores rojas florecieran.



Esa tarde, después de fregar los platos de la cena y limpiar la cocina con ayuda de Izzy, Petra anunció que se iba a dar un paseo al lago.

—Como quieras —replicó Phyllis indiferente, las comisuras de sus labios cerradas alrededor de un par de alfileres mientras recogía el ruedo de uno de los vestidos de Izzy—. No olvides barrer el pórtico antes de irte a la cama durante el resto de la noche. Que yo no vea ese desastre de tierra que tú y tu abuelo dejasteis en la puerta cuando salisteis esta mañana.

Petra apretó los labios pero no respondió. La puerta mosquitera dio un

golpe cuando se marchó, saliendo a la rojiza luz de la tarde. Un momento después, se oyó un discurso y el golpe de la mosquitera de nuevo cuando Izzy salió corriendo, siguiendo a Petra. Petra sonrió un poco, ralentizando el paso sin mirar atrás. Izzy la alcanzó e igualó su paso, pisando alegremente sobre los parches de brezo.

—¿Tu madre sabe que vienes conmigo? —preguntó Petra después de un momento.

Izzy asintió con la cabeza.

—No me necesita hasta que haya acabado el ruedo de mi nuevo vestido de trabajo. Quiere que me lo pruebe

antes de que acabe la noche. Cree que es su única oportunidad de arreglarlo antes de que me marche a casa del señor Sunnyton la próxima semana. Pero no se hará de noche hasta dentro de otra hora, así que dijo que podía venir si nos apresurábamos en volver. Y dijo que te dijera que no me dejaras acercarme al embarcadero porque me caeré porque soy una torpe y un taburete de dos patas y nado como un guijarro.

Petra sintió el calor subirle a las mejillas otra vez, pero solo bajó la mirada hacia Izzy y le alborotó el cabello. Por razones que Petra no podía ni comenzar a entender, Izzy amaba a su

madre, lisa y llanamente, sin cuestión. Confiaba en todo lo que Phyllis decía, incluso cuando era insultante y degradante para Izzy. Por supuesto, era cierto que Izzy no era particularmente lista. Había nacido con un defecto que Petra no entendía, excepto porque hacía a Izzy más lenta para captar las cosas que los demás niños de su edad. Por otro lado, sin embargo, el mismo «defecto» parecía dotar a Izzy de una hermosa dulzura y disposición simple. La muchacha era incansablemente leal, confiada y afectuosa, incluso con Phyllis, cuando ésta lo permitía. De algún modo, fracasaba totalmente al ver



que su propia madre apenas la aprobaba, y que incluso se avergonzaba de ella. Raramente Phyllis permitía a Izzy acompañarla al pueblo, y cuando lo hacía, a Izzy se le prohibía hablar, y se le ordenaba caminar inmediatamente detrás de Phyllis, permaneciendo «fuera del paso y fuera de problemas».

—¿Te alegra empezar a trabajar en la granja del señor Sunnyton la semana que viene? —preguntó Petra ligeramente.

Izzy soltó un enorme suspiro.

—Sí, supongo. ¿Pero, y si es realmente duro?

Petra se encogió de hombros y no

dijo nada.

—Madre dice que sólo tengo que quedarme allí durante la semana. Eso significa que puedo volver a casa sábados y domingos, y ver a todo el mundo y tener tiempo para escabullirme un poco. Madre dice que el señor Sunnyton no permite que nadie se escabulla del trabajo de la granja, ni siquiera antes de que se haga de noche. ¿Crees que es cierto?

Petra caminaba, mirando a la hierba alta que bordeaba el sendero.

—Imagino que habrá algo de tiempo para escabullirse, Iz. Puedes tener algo de tiempo para ti misma, pero debes ser

lista al respecto. Tal vez después de la cena, como hacemos aquí a veces.

Izzy consideró eso. Después de un rato, sonrió un poco.

—Si fuera una bruja, empezaría la escuela en vez de ir a la Granja Correccional del señor Sunnyton, ¿verdad?

Petra asintió con la cabeza, sin sonreír.

—Eso sería maravilloso —se entusiasmó Izzy—. Podría conseguir mi propia varita mágica y aprender a hacer cosas asombrosas. Madre cree que no le gusta la magia, pero si yo fuera una bruja, lo vería de otro modo, creo. Vería

lo agradable que es tener una hija mágica que pueda ayudarla en la granja. Aprendería todo tipo de modos nuevos de hacer que pasaran cosas con magia, así ella no tendría que trabajar tan duro. Eso la haría feliz, ¿no crees?

Petra soltó un profundo suspiro.

—Probablemente tengas razón, Iz.

—Sin embargo, madre dice que la escuela no es en absoluto tan genial —dijo Izzy, saltando sobre la raíz de un árbol—. Especialmente para alguien como yo. Dice que debería alegrarme de no tener que ir, porque vería lo diferente que soy de las otras chicas y chicos.

Petra apretó los labios firmemente.

Finalmente, justo cuando las dos rodeaban la extensión de árboles, dijo:

—¿Entonces no debería dejarte subir al embarcadero conmigo?

—No, creo que está bien —replicó Izzy, inclinando la cabeza en una caricatura pensativa—. Me quedaré a la mitad, como siempre. Tú me echarás un ojo. Madre no lo sabrá.

Mientras se aproximaban al embarcadero, el lago permanecía silencioso, liso y vidrioso, reflejando el cielo rojo como un enorme espejo. Petra se detuvo en los escalones que bajaban al embarcadero.

—Voy a matar a las arañas, Iz —

dijo, volviéndose para mirar a la chica —. ¿Eso te molestará?

—Ugh, no —respondió Izzy con un estremecimiento—. Las odio. Se sientan ahí en medio de sus telas mirándome mientras paso a su lado, saltando arriba y abajo cuando el viento sopla, como si desearan que yo fuera lo bastante pequeña para quedar atrapada en su red y así poder cogerme. Odio las arañas.

—Las arañas no son malas, Iz —dijo Petra perezosamente, pisando sobre la madera combada del viejo embarcadero —. No están interesadas en ti. Cogen un montón de otros bichos que son mucho peores. Los mosquitos *desean* picarte,

pero hay muchos menos de ellos, porque las arañas se los comen.

Izzy se estremeció y se abrazó a sí misma, dando el primer paso sobre el embarcadero.

—No me importan cuando no puedo verlas, como las de afuera en el campo. Sólo no me gustan las de aquí. Me miran.

Petra sacó su varita y dedicó una sonrisa ladeada a su hermanastra.

—No te mirarán mucho más. Esto sólo llevará unos minutos. ¿Por qué no te quedas ahí atrás y no miras, vale Iz?

Izzy asintió fervorosamente y se dio la vuelta. Casi instantáneamente, se

distrajo con una extensión de rocas blancas cerca de la orilla. Empezó levantarlas del suelo y tirarlas al lago, formando entrelazados patrones de anillos de ondas sobre la superficie lisa.

Petra suspiró y apuntó su varita. Ya no era capaz de pensar simplemente en las arañas y matarlas, como había hecho de pequeña. Por aquel entonces, como con las ratas, había podido ver directamente en las mentes de las diminutas criaturas, encontrar esa única chispa de vida, como una vela en una caverna, y simplemente apagarla. Siempre había sido buena entendiendo como funcionaban los cuerpos y como



arreglarlos. A causa de eso, a lo largo de su vida en la granja, casi nadie había enfermado particularmente o había resultado seriamente herido. El abuelo trabajaba más duro de lo que un hombre de su edad debería, y aun así cada mañana despertaba fresco y ágil, sin ninguna dolencia persistente. No había artritis ni en sus articulaciones ni en las de Phyllis, ni huesos quebradizos o corazones o pulmones débiles. Cuando Petra era pequeña, había trabajado secretamente en los cuerpos de los adultos sin ni siquiera intentarlo realmente. Asumía que era simplemente tarea de los niños mantener a los

adultos, mirarlos a hurtadillas desde el otro lado de la habitación, encontrar las debilidades, y animar cuidadosamente a sus cuerpos a repararlas. Si al menos la pequeña Petra hubiera entendido la naturaleza del cáncer, podría haber podido salvar la vida de su abuela. Había visto la oscuridad allí, creciendo en el interior del cuerpo de su abuela, pero no podía entrar en ella, no podía averiguar lo que era o si era bueno o malo. La abuela finalmente acudió a los médicos, pero ni ella ni el abuelo habían contado a la pequeña Petra que el cáncer era lo que se la estaba comiendo. Pronto, la abuela murió, y su cuerpo

entero se había vuelto oscuro para Petra. La pequeña se sintió de algún modo responsable de ello, pero no mucho. Era una chica notablemente pragmática, e incluso en mitad de su pena, había sentido algo de furia contra sus abuelos. ¿Por qué no habían hablado a Petra de la enfermedad de la abuela para que pudiera intentar arreglarlo? Parecía demasiado egoísta y destructivo haberlo mantenido en secreto. Y luego, gradualmente, Petra empezó a entender que sus abuelos no *sabían* nada de sus talentos especiales. No tenían ni idea de que podía ver dentro de ellos y ayudar a sus cuerpos. Y entonces, a la

zaga de esa comprensión, se le ocurrió a la pequeña Petra que tal vez sería mejor que *no* lo supieran. Tal vez eso sólo les asustaría, como tanta de la otra magia de Petra. Por primera vez, Petra empezó a entender por qué su magia podía preocupar a otros. Después de todo, podía utilizar la mente para entrar dentro de sus cuerpos y ayudarles, tal vez temieran que decidiera usar las mismas habilidades para hacerles daño. Como hacía con las ratas. Pero, por supuesto, Petra sabía en su corazón que ella nunca haría eso a la gente que le importaba. ¿Por qué iban a preocuparse por eso? ¿Qué había hecho Petra para hacerles

temer que pudiera hacerlo?

De cualquier manera, la pequeña Petra decidió que sería mejor no hablarles de esta clase especial de magia; la magia de dentro-del-cuerpo. Como la levitación y el mover cosas con la mente, empezó a hacerlo cada vez menos. Y lentamente, con el paso del tiempo, empezó a olvidar como hacer esas cosas totalmente. Empezó a perder fuerza en los músculos mentales secretos que hacían que ocurriera la magia. Ahora, simplemente aliviaba las articulaciones y músculos de su abuelo, y se ocupaba de que Phyllis no tuviera dolores fuertes en los dedos y rodillas,

donde era propensa al reumatismo. Petra no hacía eso porque le importara Phyllis, sino porque, por razones que no llegaba ni a suponer, le importaba a su abuelo.

Petra ya no podía pensar simplemente en las arañas del embarcadero y matarlas, como hacía cuando era pequeña. Ahora, tenía que utilizar su varita, pero incluso así, no tenía que pronunciar las maldiciones en voz alta. Poca gente sabía esto. Petra había aprendido a mantener muchas de sus habilidades en secreto, incluso para sus amigos y profesores de la escuela. Era bastante buena lanzando hechizos

sólo con sus pensamientos, aun cuando necesitaba la varita para hacer que ocurrieran. Lentamente, Petra paseó a lo largo del embarcadero, apuntando la varita hacia las telarañas que festoneaban los pilares y produciendo diminutos, casi imperceptibles, destellos verdes. Las arañas caían muertas de sus redes, con las patas tiesas y encogidas. Como el abuelo había insinuado, había un gran número de ellas. Para cuando Petra alcanzó el final del embarcadero, donde el viejo mirador había estado adjunto una vez, los tablones maltratados por el clima estaban cubiertos de arañas sin vida.

—¿Están todas muertas? —gritó Izzy, todavía negándose a mirar hacia el embarcadero desde su posición en la costa rocosa—. No quiero verlas.

—Están muertas —respondió Petras—. Podrás subir en un minuto.

Volvió sobre sus pasos a lo largo del embarcadero, pisando sobre las arañas muertas y apuntando la varita. En la base del embarcadero, se dio la vuelta y apuntó con la varita de nuevo. Sin una palabra, un chorro de aire empezó a soplar desde la punta de ésta. Petra lo utilizó para empujar los diminutos cadáveres hacia el final del embarcadero, pensando bastante



morbosamente que las patas encogidas las hacían parecer diminutos rastros negros y marrones. La piel de Petra se erizó un poco a la vista de ello, pero sólo un poco.

Para cuando alcanzó el extremo del embarcadero, el sol se había hundido completamente bajo el horizonte, pintando el cielo de un brillante y ardiente rojo y convirtiendo el lago en un espejo de sangre. Petra agitó la varita, enviando la nube de arañas muertas a resbalar por el borde del embarcadero y al agua. Las observó golpear la superficie, donde flotaron y después, lentamente, empezaron a

hundirse.

Mientras las arañas bajaban a las oscuras profundidades, algo más pareció alzarse hacia la superficie, brillando tenuemente, casi resplandeciendo, siempre demasiado débil.

La cara de Petra no cambió, pero su corazón se detuvo durante un largo momento, y después empezó a palpar, luchando por atrapar a sus pensamientos que corrían a toda velocidad. Tenía que ser un truco de la luz, o simplemente su propia imaginación hiperactiva. Llevaba soñando ese sueño ya tanto tiempo que éste se filtraba incluso en sus horas de vigilia. Eso tenía que ser. Simplemente

no había modo de que pudiera estar viendo realmente una forma que parecía estar ascendiendo, a la deriva justo bajo la superficie del agua tintada por la puesta del sol. Era una cara. Petra la reconoció, por supuesto. Casi pudo convencerse a sí misma de que era meramente un truco de la luz, simplemente una extraña complejidad de crepúsculos y sombras bajo la superficie del agua, producida por la débil silueta del olvidado mirador que yacía muerto en el fondo del lago directamente bajo ella.

Pero no era eso. Era la madre de Petra. Su cara alzaba la mirada hacia

Petra, justo como había hecho desde la charca verdosamente ondeante durante su último año escolar. Petra había creído que nunca vería esa cara de nuevo, aparte de en sus sueños, pero aquí estaba, fantasmalmente débil, casi perdida entre las sombras de las profundidades.

*Fueron las arañas, pensó Petra de repente, su corazón martilleaba, su cara todavía estaba en blanco mientras miraba hacia abajo con los ojos abiertos del par en par. ¡Las arañas! Las maté y las envié al agua, justo como se suponía que tenía que hacer en la cámara de la charca. Sólo que*

*entonces, la muerte se suponía que había de ser un asesinato, un sacrificio humano. «Sangre por sangre», había dicho la voz en lo más profundo. «Ese es el único modo de cumplir cabalmente los requerimientos y traer equilibrio. Ese es el único modo de traer a tus padres de vuelta». Las arañas no había sido suficiente para cumplir el trato, pero sí para producir el más débil y trémulo de los reflejos.*

—¿Qué ves? —dijo Izzy de repente, su voz llegaba directamente de detrás de Petra. Petra jadeó y se dio la vuelta, comprendiendo que no había tomado aliento desde hacía varios segundos.

Izzy se detuvo de repente en medio del embarcadero, con los ojos muy abiertos —. ¿Qué? ¿Qué pasa, Petra?

Petra obligó a su voz a sonar normal.

—Nada. Sólo estaba mirando. Todavía se puede ver el mirador ahí abajo cuando la luz es la adecuada. Es... un poco espeluznante.

—Genial —dijo Izzy, avanzando de nuevo para unirse a Petra al final de embarcadero—. Me gusta lo espeluznante. Déjame ver.

Cuando las chicas miraron abajo, la luz había cambiado ligeramente. Petra quedó aliviada al ver que la trémula imagen de la cara de su madre había

desaparecido.

*Si estuvo alguna vez realmente allí,* dijo parte de la mente de Petra. *Lo imaginaste. No fue real. Nunca fue real.* Pero la voz no tenía ningún poder. Petra sabía lo que había visto. Le sorprendía que esa voz fantasmal en lo más profundo de su mente permaneciera silenciosa ahora, pero tenía la sensación de que estaba allí no obstante, alerta, observando, esperando.

—Lo veo —susurró Izzy, señalando tentativamente—. Ahí abajo. Está todavía ahí, aunque creíamos que había desaparecido. ¿Ves?

Petra asintió lentamente. Igualando

el susurro conspirador de Izzy, dijo:

—Lo veo, Izzy. Todavía puedo verlo.



## CAPÍTULO 2

El día siguiente era sábado, y si bien Phyllis por lo general no observaba ninguna diferencia entre el fin de semana y cualquier otro día de la semana, se mostró incluso más brusca que de costumbre cuando Izzy y Petra bajaron las escaleras.

—Come mientras andas, Izabella — declaró Phyllis rotundamente, sin mirarla empujó un plato de tostadas frías hacia la muchacha—. No, no, no cojas el plato entero, lo romperás, coge sólo un

trozo, y no hay tiempo para mermelada. Te pondrías hecha un asco de todos modos. Corre al granero y barre todos los establos, primera tarea. Lo quiero hecho para cuando Warren acabe con Bethel.

Petra apretó los labios. Bethel era la vaca lechera de la familia, y seguro que el abuelo ya estaba allí. Barrer los establos antes de que terminara de ordeñarla era imposible.

—Yo lo haré —declaró en voz alta Petra, arrebatando un trozo de tostada del plato y dirigiéndose hacia la puerta.

—Oh, no lo harás, señorita —dijo Phyllis bruscamente—. Sé cómo barres

*tú*. Prefiero tenerte encerrada en el armario que ahí fuera donde alguien podría verte. Hoy tengo una tarea *especial* para ti.

—Pero madre —dijo Izzy—, si barrí el granero ayer.

—¿Y yo preparé la cena ayer, verdad? —contestó Phyllis, apilando cazuelas en una alacena alta y cerrando de golpe la puerta—. Pero con toda seguridad estarás gorroneando por aquí esta noche buscando cenar otra vez, ¿no es así? La vida es trabajo, Izabella. Si no sabes eso ya, entonces eres más lenta de lo que pensaba. ¡Ahora ve! —Los ojos de Phyllis relampaguearon cuando

vociferó la última palabra, e Izzy giró sobre sus talones como un cachorro asustado, olvidándose incluso de coger un trozo de tostada seca. Cuando la puerta lateral chirrió y se cerró de golpe, Petra fulminó con la mirada a Phyllis a través de la mesa, entrecerrando los ojos y apretando y aflojando sus manos en puños.

—Oh, no empieces —dijo Phyllis, ignorándola y regresando al fregadero—. No es como si tuvieras algún interés en el asunto. Ni siquiera puedo imaginar por qué estás aún aquí, pero mientras no puedas encontrar nada útil que hacer con tu vida, me alegraré mantenerte ocupada.

Lo menos que puedes hacer es ganarte tu propio sustento. Hoy irás al mercado y pedirás al señor Thurman del almacén crédito para comprar un nuevo baúl. Nada especial, ya sabes, sólo algo lo bastante grande para la ropa de trabajo de Izabella y algunas otras cosas indispensables. No la veré arrastrando esas tontas muñecas tuyas con ella a la granja.

Petra sacudió la cabeza ligeramente, tenía tantas cosas que decir que no atinó a mencionar nada. Phyllis la ignoró.

No había ninguna posibilidad de que el señor Thurman fuera a ampliar más el crédito a los Morganstern, no importaba

quién lo pidiera, y Phyllis lo sabía. Adquirir el baúl no era realmente la cuestión, de todos modos. El plan de Phyllis era sencillamente deshacerse de Petra por ese día. El señor Sunnyton, el dueño de la granja cercana, venía hoy para conocer y evaluar a Izzy. Era lo más cercano a una entrevista de trabajo que tenían los trabajadores de la granja, y Petra sabía que era más una subasta de ganado que una entrevista. La idea hizo que su sangre hirviera. Phyllis lo sabía, por supuesto, sabía que a Petra le sería imposible no interferir cuando llegara el momento. Así que había decidido enviar a Petra en una inútil diligencia, una que

le llevaría la mayor parte del día.

—Ni pienses en ir a contarle esto a tu abuelo, querida —comentó Phyllis, como si leyera los pensamientos de Petra—. Está totalmente de acuerdo conmigo. Vete, ahora, antes de que decida hacerte llevar un saco de harina contigo.

Petra aún no se movía. Fulminaba con la mirada la parte de atrás de la cabeza de Phyllis, mientras su ardiente cólera se depositaba en el interior de un refulgente y pequeño horno de odio. Petra casi la saboreó. Esto la despabiló. No siempre sería así, pensó por millonésima vez. Algún día, las cosas

cambiarían. Algún día, la balanza se equilibraría y por fin ganaría. Era la naturaleza del drama de la vida, ¿verdad? El bien siempre vencía al final. Era lo único que tenía a que aferrarse. Después de todo, el haber escogido el lado del bien en la Cámara Secreta le había costado su mayor deseo. Las fuerzas del bien se lo debían, ¿no? Le debían demasiado.

Petra tomó un profundo y mesurado aliento y se giró para abandonar la cocina. Cuando alcanzaba las escaleras, Phyllis la interceptó una vez más.

—Y Petra —dijo, inclinándose para encontrar los ojos de Petra a través de la



entrada de la cocina, su mirada era implacable—. *Caminarás* hasta el mercado. ¿Me has entendido?

Petra sostuvo la mirada de Phyllis durante varios segundos, manteniendo su propia expresión totalmente en blanco. Ni asintió, ni negó con la cabeza, pero Phyllis había dejado las cosas muy claras: *nada de magia*. Finalmente, Petra apartó la mirada de Phyllis y a tropezones subió la escalera para coger su capa. Quizás Phyllis podía decirle qué hacer, pero que la condenaran si dejaba que la vieja murciélago le dijera *cómo* hacerlo.



Diez minutos más tarde, Petra avanzaba por el estrecho sendero que rodeaba los bosques. Una vez estuvo fuera de la vista de la casa, se desvió de la senda, andando con rápidas zancadas a través de la hierba alta y adentrándose en la sombra de los árboles. Su cólera la seguía como un nubarrón, dejando un manto perceptible de frialdad tras su paso. La rabia era tan grande y sin límite que Petra apenas era consciente de ella.

Pasó los montículos de los monumentos a sus padres sin dedicarles

siquiera una mirada, andando con paso brioso directamente hasta un árbol muy grande y nudoso. Era un árbol singularmente feo, retorcido, medio muerto, que vestía un abrigo parcial de corteza sobre el blanco hueso de su tronco. Un lado del tronco estaba cubierto de una densa hiedra rojiza. Petra ya había sacado su varita. Cuando se detuvo delante del árbol, apuntó la varita, trazándola hacia arriba en un lento arco.

La hiedra crujió. Se desenrolló sorprendentemente, creando primero una fisura, y luego un ancho boquete que se abrió como una cortina de teatro,

revelando un espacio oscuro. El tronco del árbol era, de hecho, completamente hueco, como Petra había descubierto hacía mucho tiempo. Sus paredes interiores eran lisas y estaban muertas, su suelo estaba alfombrado con paja putrefacta. Había varios objetos escondidos en el interior, pero Petra ignoró la mayor parte de ellos. Había venido sólo a por una cosa, y se estiró a por ella eficientemente. Se alejó con el objeto en la mano, sosteniéndolo delante de ella: un palo de escoba. Era casi tan largo como ella era de alta, con una cola cuidadosamente recortada y ensartada. El mango estaba gastado. Como

siempre, sintió como encajaba perfectamente en su mano. Mientras Petra dejaba que su mirada recorriera la longitud de la escoba, la hiedra detrás de ella se tejió cerrándose otra vez, escondiendo el interior del árbol hueco y los objetos que en él había. El manto frío de la rabia de Petra la envolvía, llenando el fondo de la hondonada como una bruma. Pareció que el aire se oscurecía muy ligeramente. Petra sonrió lentamente, pero la sonrisa de ninguna forma afectó a sus ojos.

Menos de un minuto después, una forma oscura pasó como un rayo por el bosque, atrayendo un abanico de hojas

mueras y polvo arenoso tras su estela. Bajó en picado sobre el lago, compitiendo con su reflejo, y luego, con el aletear de una capa, desapareció.



Petra se inclinó sobre su escoba, con los dientes ligeramente expuestos por el viento y los ojos entrecerrados. Volaba bajo, apenas metro y medio sobre la serpenteante línea de un arroyo, siguiendo sus curvas mientras éstas surcaban los campos. Con altos y rocosos bancos de arena y continuos

árboles, era como volar por un túnel natural. Petra se inclinaba tomando agudas curvas, esquivando árboles caídos, y se balanceaba sobre abruptos lechos pantanosos y cantos rodados. Las libélulas revoloteaban por delante de ella, su zumbido apenas si se oía antes de perderse en la distancia que dejaba atrás. Era, en verdad, muy peligroso, pero no le importaba. Tocó con la barbilla el extremo de su escoba, obligándola a ir más rápido, sintiendo el azote del viento sobre su cabello y el chasquido de su capa mientras volaba. Al seguir la corriente hasta el pueblo estaba tomando el camino largo, pero

volando reducía en horas el tiempo de su recorrido. Aun así, Petra sabía que esa no era la verdadera razón por la que había decidido volar, a pesar de las órdenes de Phyllis. Lo había hecho en parte por desafiar a Phyllis, por supuesto, pero sólo en parte. Interiormente, era como si intentara superar algo. Quizás era su rabia lo que intentaba superar, o quizás era la voz fantasmal en los recovecos de su mente. Petra siempre había insistido en intentar ser honesta consigo misma, y sabía que la voz estaba, de hecho, excepcionalmente tranquila después de lo de ayer. Lo que en verdad intentaba



superar era el recuerdo de lo que había ocurrido el día anterior al final del embarcadero, cuando había enviado a las arañas muertas al agua.

Había pensado que todo se había acabado... que se había terminado con su último año escolar. Había hecho la elección correcta, había elegido el bien sobre sus más profundos deseos. Esa elección le había dejado un sentimiento de vacío total y abandono, y aun así, muy en el fondo, encontraba algo de consuelo en saber que la pesadilla se había terminado, y que había hecho lo correcto. Le entristecía saber que nunca vería otra vez el rostro de sus padres, ni

siquiera en el fantasmal reflejo de la charca, pero eso también era una especie de liberación. Se había terminado. Podía intentar seguir adelante.

Pero ahora eso había cambiado. Su madre había aparecido una vez más, burlonamente, apenas visible sobre las ondulantes aguas del lago. Esta vez no había requerido ninguna mágica fuerza exterior o malévola que la manipulara. Nadie la controlaba o la tentaba.



Por lo visto, Petra había conjurado completamente sola esa imagen efímera de su madre muerta. No sabía cómo era posible. Quizás siempre había tenido ese poder, pero nunca había sabido convocarlo hasta sus encuentros con el horrible ser llamado el Guardián. Quizás de algún modo había aprendido la habilidad de esa entidad, como por ósmosis, sin siquiera intentarlo. En realidad no importaba. El poder de convocar la imagen de sus padres estaba allí, dentro de ella. Eso, en sí mismo, no era de lo que Petra huía. Era de la sospecha de que allí no era donde sus poderes terminaban. La última promesa

del Guardián había sido mucho más que permitir que Petra viera simplemente breves vistazos de sus padres muertos; el Guardián le había prometido la restitución de los mismos.

Eso era imposible, por supuesto. Mirando en retrospectiva, Petra dudaba que hasta una entidad tan poderosa como el Guardián, cuyo origen se perdía en el tiempo y el espacio, cuyo dominio era el Vacío entre el mundo de los vivos y el de los muertos, pudiera en verdad devolver a sus amados padres a la vida. ¿Pero y si *no* fuera imposible? Incluso si había sólo una posibilidad entre cien... una posibilidad entre *millones*... era una

oportunidad que no podría ser rechazada. Esto era lo que había impulsado a Petra a través de su último año escolar, lo que la había ayudado a colaborar ciegamente con los complots de aquellos que se proponían manipularla. Si la promesa es lo suficientemente tentadora, las probabilidades dejan de importar; cualquier posibilidad es una posibilidad digna de luchar por ella, o incluso de morir por ella. Si la promesa es lo suficientemente grandiosa, merecía casi cualquier precio.

*Casi.*

Y por eso Petra había decidido

rechazarlo al final, ¿verdad? Porque el Guardián le había pedido que hiciera algo que ella no podía hacer: matar a una persona inocente. Había hecho la elección correcta. Había elegido el lado del bien.

Y mientras Petra pensaba esto, siguiendo el agitado curso del arroyo, revoloteando dentro y fuera de la luz del sol y la sombra, el dorado calor y frialdad de otoño, la voz en los escondrijos de su mente de repente habló otra vez. *¿De veras?* dijo. *¿Realmente escogiste el lado del bien?*

Los ojos le lagrimeaban mientras volaba. Por supuesto que había elegido

el bien. Había decidido no matar. Había salvado a la chica que se suponía iba a ser su víctima. Había destruido la fuente de las manipulaciones que la habían engañado.

*Hiciste esas cosas, admitió la voz. ¿Pero realmente las elegiste? Después de todo, hubo otro factor. Hubo un muchacho.*

Sí, recordó Petra. James, su amigo. Él había llegado en el último momento. Él había revelado la fuente de aquellos que la habían manipulado, mostrándole su auténtica y espantosa fealdad. Había despertado sus sentidos justo a tiempo.

*¿De veras?, preguntó la voz. Quizás.*



*Pero quizás no. Quizás él fue sencillamente otra manipulación, sólo que en dirección contraria.*

¿Otra manipulación? Petra nunca lo había pensado de esa forma. Sin embargo tenía algo de sentido. Si James nunca hubiera llegado, podría no haber escogido al final salvar a la muchacha. De hecho, podría haberla matado. Y si lo hubiera hecho, ella, Petra, podría estar en un lugar muy diferente hoy, ¿no?

La voz habló razonablemente, resonando en la parte posterior de su mente.

*No importa donde estarías ahora. Tal vez el Guardián podría haber*

*mantenido su promesa; después de todo, viste a tu madre de pie en el borde de la charca, ¿verdad? Pero una vez más, tal vez no. Nunca lo sabrás. Pero sabes una cosa: tú no hiciste esa elección. Fuiste interrumpida. Influyeron en ti. Al final, fuiste manipulada por ese chico, James, de la misma forma en que podría haberlo hecho el Guardián. Nunca sabrás que elección habrías hecho por ti misma. O cual sería el resultado de esa elección.*

Era cierto. Era un pequeño detalle, y aun así, en cierto modo, era monumental. Esto cambiaba todo. Parte de Petra había odiado la elección que había

hecho, pero al menos había tenido la satisfacción de saber que había sido su decisión, una que la definía, que la hacía buena, a pesar del mal que acechaba en su interior y que a veces sentía removerse. Había demostrado que podía desafiar ese mal; que podía contenerlo. ¿Pero y si no hubiera sido realmente su elección? ¿Y si la voz tenía razón? ¿Y si ella hubiera sido simplemente manipulada en dirección contraria? De ser así, entonces no habría sido una elección en absoluto, y mucho menos un momento que la definiera.

¿Y si ahora se le estaba dando la oportunidad de hacer una nueva elección

pero sin manipulaciones exteriores?  
*¿Qué haría?*

Petra parpadeó y miró a su alrededor. Sin darse cuenta había terminado deteniéndose por completo. Permaneció inmóvil en el cielo sobre el palo de su escoba, flotando en el aire sobre su propio reflejo. La superficie tembló a su alrededor, inconscientemente. El pelo le colgaba lacio sobre las mejillas. Escuchó.

Una vez más, la voz de la trastienda de su cabeza se había acallado.



Tres horas después, Petra caminaba por el sendero que conducía a la casa. El sol era un diamante brillante en la despejada superficie del cielo, habiendo transformado la brumosa mañana en una tarde húmeda, sin viento. Petra había escondido su escoba otra vez en el árbol hueco y ahora caminaba vigorosamente hacia la casa con la capa colgando sobre su hombro, el cabello atado en una cola de caballo balanceándose con el viento.

Al final, el señor Thurman, dueño de *Tratos y Acuerdos Thurman*, les había concedido el crédito necesario para comprar un pequeño pero robusto baúl de segunda mano. A principios del

verano, Petra se había dado cuenta de que aquel viejo y pintoresco solterón de toda la vida estaba colado por ella, aunque era demasiado tímido como para decir nada. La idea de usar los afectos del señor Thurman como moneda de cambio le parecía vagamente repugnante, y sin embargo, había decidido demostrarle a Phyllis que, en definitiva, no la había enviado a un recado inútil. No había hecho falta demasiado. Simplemente convenció al señor Thurman con alguna tontería sobre la belleza de los atardeceres otoñales y cuánto adoraba las flores silvestres, sonriendo perezosamente y mirando con

los ojos muy abiertos al viejo. Para cuando mencionó el asunto del baúl de Izzy, el señor Thurman estaba bastante sonrojado. Le había ofrecido el baúl a crédito antes de que ella tuviera que pedirselo. Prometió que el abuelo Warren iría a recoger el baúl al día siguiente y le deseó una buena tarde al señor Thurman. Se sentía un poco culpable por lo fácil que le había resultado conseguir del señor Thurman lo que deseaba, pero sólo un poco. Fue dando saltitos de vuelta al arroyo donde había ocultado su escoba.

Llegaba aproximadamente con dos horas de antelación del mercado, pero

Petra sabía que Phyllis no diría nada. Después de todo, la camioneta blanca del señor Sunnyton estaba aún aparcada en el desgastado camino de entrada, cerca de la casa; la «entrevista» con Izzy todavía no había concluido. Phyllis no mencionaría la magia en presencia del señor Sunnyton, más de lo que soltaría una ventosidad, y por las mismas razones. Con esa certeza firmemente asentada en su mente, Petra avanzó hasta la sombra del porche. Extendió la mano hacia la puerta, y entonces se quedó congelada donde estaba.

Dentro se alzaban voces. Resonaban pasillo abajo y a través de la puerta



mosquitera. Lo primero que oyó Petra fue a Izzy sollozando.

—Es bastante joven y enfermiza —decía la voz de un hombre sobre el sonido del llanto de Izzy—. Y un poco, ejem, excitable.

—En absoluto —declaró Phyllis con rotundidad, como si se tratase de una orden para Izzy—. Está perfectamente preparada para el trabajo de granja. Después de todo, es de lo único de lo que habla últimamente.

Izzy tomó un rápido aliento. Luchando por controlar su voz, dijo:

—He cambiado de idea. No quiero ir. Quiero quedarme en casa contigo y

con papá Warren. Aún no estoy preparada.

—Tonterías —ladró Phyllis—. El señor Sunnyton te ofrece una oportunidad de oro. Si la granja te necesita ahora, entonces te irás con él hoy mismo y no se hable más. Después de todo, no hay razón para que pases una semana dando vueltas por aquí si tienes oportunidad de trabajar en la granja desde ahora mismo. Warren puede llevarte tus cosas dentro de poco.

A través de la malla de la puerta, Petra pudo distinguir la figura de Percival Sunnyton de pie en la entrada de la sala, de espaldas a Petra. Era

bajito y regordete, aunque iba pulcramente vestido con sombrero y abrigo blancos. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón mientras se mecía impacientemente sobre los talones. Hizo como que miraba el reloj.

—En realidad, tal vez éste no sea un buen momento —dijo—. No hay ninguna necesidad de que la chica venga hoy si no está preparada. Probablemente haya más oportunidades el próximo año si la chica es incapaz de acudir ahora.

—Eso no será necesario —declaró Phyllis fríamente, y Petra supo que estaba observando a Izzy con aquella mirada dura e implacable, ordenándole

guardar silencio.

Esta vez, sin embargo, la mirada no funcionó. Al parecer, Izzy no había entendido realmente cómo sería la vida en la granja hasta que había visto el resplandor impersonal de este hombrecillo gordinflón, de brillantes ojos y nombre engañosamente amable. En una extraña muestra de desafío, Izzy alzó la voz.

—¡Pero yo no quiero! —gimió—. ¡Tengo miedo de ir! ¡No me obligues, madre!

Phyllis decidió adoptar una nueva táctica. Chasqueó la lengua despectivamente y le habló al hombre

del abrigo y sombrero blancos.

—Es terca, como puedes ver, pero eso es lo que la hará tan buena trabajadora. Una vez se acostumbre a tu granja, ya no querrá marcharse.

Se rio un poco, como si compartiera una broma.

—¡No! —gritó Izzy, ahora completamente entregada a aquel último recurso, el desafío directo—. ¡No quiero ir, y no puedes obligarme!

—¡Ya es suficiente! —ordenó Phyllis, con su voz resonando como un martillo sobre hierro. Se oyó una sonora bofetada, seguida de una serie de pasos inestables. El leve golpe que escuchó

Petra fue el sonido del trasero de Izzy cayendo con fuerza sobre el sofá de la sala. El señor Sunnyton miró hacia otro lado... no por horror, sino con una especie de distraída propiedad, como si estuviera permitiendo a Phyllis algo de cortés privacidad mientras ella atendía a un asunto necesario.

Petra estaba atravesando la puerta y recorriendo a zancadas el pasillo antes de saber incluso lo que tenía intención de hacer. Para cuando la puerta mosquitera se cerró de golpe tras ella, había empujado a un lado al gordinflón y se aproximaba a Phyllis, con ojos resplandecientes. Phyllis apenas

parpadeó, pero sus ojos se lanzaron hacia abajo durante un fugaz segundo. *Está comprobando si llevo la varita en la mano*, pensó Petra. Y de hecho, así era; la vara de madera sobresalía intencionadamente de su puño, apuntando al suelo. Ni siquiera era consciente de haberla sacado de su bolsillo.

—He vuelto, madre —gruñó Petra, hablando a través de los dientes apretados, convirtiendo la última palabra en un insulto—. Justo a tiempo, por lo que parece.

Sin apartar la mirada de Phyllis, Petra extendió la mano izquierda hacia

Izzy, que estaba sentada bastante aturdida en el sofá, con una mano en la mejilla.

—Así que, aquí estas —replicó Phyllis, recomponiéndose—. E interrumpiendo groseramente asuntos que no te incumben. ¿Por qué no te comportas como una buena chica y le preparas al señor Sunnyton un poco de té?

—¡Eeh! —tartamudeó Sunnyton nerviosamente—. ¡Eeh, no! No, gracias, eso no será...

—No creo que Izzy esté lista para marcharse hoy —dijo Petra lentamente, manoseando su varita con la mano



derecha, la izquierda aún tendida hacia Izzy.

Los labios de Phyllis casi desaparecieron mientras su rostro se endurecía.

—No creo que eso sea algo que *tú* debas decidir.

—No, no lo es —replicó Petra llanamente, entornando los ojos—. Es decisión de Izzy. Y creo que ya lo ha hecho.

—Mirad —intervino Sunnyton, retrocediendo a través de la puerta de la sala—. Dejaré que lo decidáis vosotras las damas. Sentíos libres de llamar...

—Izabella se irá ahora —declaró

Phyllis, imponiéndose. Sunnyton se detuvo impotente en el marco de la puerta, obviamente perdido. Phyllis continuó, sin apartar la mirada de los ojos de Petra—. Ella no sabe lo que le conviene. Es tonta. Por tanto, sin su *madre* para tomar tales decisiones por ella, es una completa inútil.

A pesar de lo que pudiera parecer, Petra hacía un gran esfuerzo por controlar su furia. Era una tarea difícil, suficiente como para requerir toda su concentración. La varita parecía vibrar en su mano. Tras ella, Percival Sunnyton se estremeció. La habitación parecía de repente estar enfriándose bastante. Su

respiración le salía de la nariz con un vapor blanco. Avanzó un poco más hacia el pasillo. Petra no podía obligarse a hablar. En cambio, rompió el contacto con la mirada acerada de Phyllis y miró a Izzy. Izzy simplemente miraba a la mano extendida de Petra, aferrándose aún la mejilla que Phyllis había golpeado con su propia manita.

—Ven conmigo Izzy —dijo Petra llanamente—. Vayamos... *a corretear* un poco.

—¡No hará *tal cosa*! —ordenó Phyllis, su voz casi vibrando. Se movió para interponerse entre Izzy y Petra.

El aire se volvió gris alrededor de

ellas. Frondas de escarcha se extendieron sobre las esquinas de la ventana de la sala, propagándose a la velocidad del rayo. La varita de Petra temblaba en su mano. Phyllis no parecía ser consciente del cambio de atmósfera de la habitación. Su cara se había puesto pálida, con vivas manchas rojas en las mejillas. Levantó el brazo para apartar de un golpe la mano extendida de Petra. Sunnyton jadeó, como si fuera a hacer una advertencia, pero ninguna palabra brotó de su boca. Petra estaba segura de que sería incapaz de controlar su respuesta si Phyllis la tocaba.

Y entonces otra voz habló desde la

puerta, dejando congelada a Phyllis en el lugar. El corazón de Petra saltó ante su sonido. Era el abuelo Warren.

—Si la chica no está lista para marcharse, no tiene por qué hacerlo —dijo. Su voz no fue ni alta ni exigente, aun así estaba cargada de una cierta gravedad. Petra no recordaba haber oído hablar a su abuelo con tan queda ferocidad.

Los ojos de Phyllis se desviaron en su dirección, su ceja se disparó hacia arriba. En el umbral, Percival Sunnyton se giró rápidamente, mirando al hombre más alto y más mayor que había tras él.

—¡Ajá! —El hombre regordete

forzó una risa—. ¡Usted debe ser el guardián de esta chica, el señor Morganstern! ¡Sí, sí, claro que lo es! ¡De ninguna manera tenemos intención de presionar a la jovencita! Me limitaré a seguir mi camino y esperaré a verla la próxima semana, suponiendo que aún tengamos un acuerdo. ¡Yo mismo encontraré la salida, gracias, y buenas tardes!

Las últimas palabras de Sunnyton resonaron desde el porche mientras éste virtualmente huía de la casa, sujetándose el sombrero blanco sobre la cabeza como si algún fantasma caprichoso estuviera intentando arrebatárselo. Un

momento después, el motor de su camioneta blanca volvió a la vida con un rugido y retrocedió velozmente a lo largo del camino, girando ansiosamente de lado a lado. Nadie se había movido en la sala. Petra bajó la mirada a la varita que sostenía en la mano. Ésta aún apuntaba hacia el suelo; en la alfombra, junto a su pie derecho, un pequeño cráter negro humeaba ligeramente.



—¡Iba a hacer que me fuera con ese hombre! —proclamó Izzy, con las

lágrimas todavía secándose en sus mejillas.

Petra y ella habían abandonado la casa poco después del incidente, dejando al abuelo Warren y a Phyllis mirándose fríamente el uno al otro a través de la sala. Petra se internó a propósito en la neblina de la tarde, impulsada por su rabia, simplemente poniendo tanta distancia como era posible. Izzy trotaba para mantenerle el paso, todavía firmemente asida a la mano de Petra, con las mejillas coloradas. La actitud de la chica acerca de la «entrevista» parecía oscilar entre la tristeza herida a una tentativa furia.



Petra nunca había visto a Izzy hablando de aquella manera.

—¿Cómo pudo madre hacerme esto a mí? ¡Ni siquiera me escuchaba! ¡Apenas conoce a ese horrible hombre, pero iba a obligarme a marcharme con él en su camioneta! ¿Y sabes qué más? ¡No iba a poder volver para nada a casa los fines de semana! ¡Madre dice que sería mejor que empezara a pensar en la granja como mi hogar! ¡Dijo que sería más fácil si volvía a casa sólo una vez al mes! ¡Y dice que ni siquiera puedo llevarme mis muñecas! ¿Qué harían ellas sin mí? ¡Me echarían de menos!

—Todo irá bien Iz —dijo Petra

automáticamente, sin apenas escucharse a sí misma.

—¡No, no irá bien! —Izzy rompió a llorar de repente, retirando su mano de la de Petra y deteniéndose a mirarla—. ¡Tú no has oído lo que decían allí dentro! ¡Aunque no tenga que marcharme hoy, aun tendré que ir la semana que viene! ¡Empiezo a pensar que a madre ni siquiera le *importa* si no vuelvo nunca más! Empiezo a pensar que...

Izzy calló bruscamente y aparecieron lágrimas en sus ojos, deslizándose inmediatamente por sus mejillas. Apretó los labios con fuerza, intentando evitar que temblaran.

Petra hincó una rodilla en el sendero, arrastrando a la chiquilla a un abrazo, odiándose a sí misma por ofrecer tan magro consuelo.

—¡Chsss! —dijo entre el cabello de la niña.

Izzy se apartó sin embargo, con lágrimas corriendo libremente por sus mejillas. Miró a los hombros de Petra, aparentemente decidida a encarar una verdad que había estado negando durante años.

—Empiezo a pensar... que madre ni siquiera me echaría de menos... —Su voz se interrumpió cuando sollozó, pero cerró los ojos con fuerza, obligándose a

continuar, a acabar el pensamiento—. No creo que le importe siquiera. Creo que *quiere* que me vaya.

Finalmente, se desplomó de nuevo contra Petra y permitiendo que la chica mayor la abrazara Izzy lloró; enormes sollozos descorazonadores, sollozos que rompían sobre los hombros de Petra como olas en el océano. Petra simplemente la abrazó y le acarició el cabello. Siempre había asumido que Izzy desconocía completamente el desdén que sentía su madre hacia ella, pero ahora veía que la joven lo había sabido todo el tiempo, muy adentro, en una secreta cámara enterrada en su joven

corazón. Izzy había sido capaz de engañarse a sí misma sobre su madre durante once años, pero hoy ese engaño se había derrumbado. Phyllis, con su propia mano, había derribado aquella ilusión tan cuidadosamente edificada. Había sido sencillo. Sólo había hecho falta una única bofetada. En realidad, no había sido una gran bofetada; la marca en la mejilla de Izzy ya se había desvanecido. Pero había sido suficiente, y de algún modo Petra sabía qué, para Izzy, no había vuelta atrás.

—Si fuera una bruja todo sería más sencillo —barbotó Izzy repentinamente contra el hombro de Petra, con aliento

cálido y feroz—. Si fuera una bruja, podría cambiar cosas. Podría hacerme más lista. Podría hacer que madre me quisiera. Pero no soy una bruja. Ni siquiera soy una auténtica muddle. Soy una bruddle.

Izzy se apartó de Petra de nuevo y miró hacia la cima de la colina cubierta de hierba, con los ojos aún llenos de lágrimas.

—Sólo soy una bruddle. Estoy atrapada en el medio y no puedo hacer *nada* bien. Tal vez madre tenga razón. Tal vez *soy* una inútil. Tal vez fuera mejor para todo el mundo que me marchara para siempre. Para siempre

jamás.

Petra miró hacia la cima, siguiendo la mirada de Izzy. Allí, apostado como un centinela, en lo alto de la colina, estaba el árbol solitario del campo de su abuelo; el árbol al que Izzy siempre había llamado Árbol de los Deseos.

—¿Qué estás haciendo, Izzy? —preguntó Petra, con voz tan leve como un susurro.

Izzy contestó simplemente, con voz llana, sin apartar sus ojos de aquel enorme y retorcido árbol:

—Pido un deseo —dijo con su carita pálida y grave—. Eso es todo. Sólo estoy pidiendo un deseo.





# CAPÍTULO 3

Más tarde esa noche, por primera vez en años, Petra se escabulló de la casa. Cerró la puerta centímetro a centímetro tras ella y se movió ágilmente a través del porche, pisando sobre las tablas menos rechinantes. Ya no necesitaba moverse furtivamente, en realidad. Parte de ella lo sabía. Podía evitar que las tablas crujieran, o que la mosquitera chirriara simplemente pensando en ello, si quería. De hecho, si así lo deseaba, podía simplemente poner a Phyllis y a su

abuelo en un sueño tan profundo que no oirían a una banda marchar por el pasillo de arriba, mucho menos sus vagabundeos nocturnos. Pero Petra no hizo ninguna de esas cosas. Escabullirse era parte del ritual. De algún modo extraño, escabullirse era lo que siempre había funcionado.

Cuando sus pies descalzos golpearon la hierba cubierta de rocío debajo del porche, Petra tomó un profundo aliento de fresco aire nocturno. La luna era apenas una astilla color hueso, colgando baja en el cielo sobre los bosques cercanos. Silenciosamente, Petra puso rumbo hacia ella, ignorando

el sendero y cortando directamente a través del jardín hacia los bosques. Había hecho esto tantas veces a lo largo de los años que era una maravilla no haber desgastado su propio sendero. Sus pies estaban húmedos por el rocío para cuando entró en los brazos del bosque y empezó a descender hacia la hondonada. Los grillos cantaban por todas partes a su alrededor, formando una larga y campanilleante nota en el aire oscuro.

La hondonada se abrió ante ella, como hacía siempre. La luz de la luna se filtraba a través de los árboles, formando cambiantes patrones sobre los montículos de sus padres. Como

siempre, la luz plateada y la quietud de la hondonada hicieron pensar a Petra en una escena subacuática, una Atlántida mágica llena de capricho y solemnidad. Petra se abrió paso lentamente alrededor de los montículos. Cuando alcanzó el viejo árbol caído, sin embargo, no se sentó en él. Se quedó de pie y miró fijamente los montículos, con ojos brillantes y vacíos. Había tenido intención de hablar a las tumbas, como había hecho cuando era pequeña. Ahora que estaba aquí, sin embargo, no podía. Por primera vez en su vida, las tumbas no parecían tumbas en absoluto. Eran simplemente pilas de piedras.

Monumentos, sí, pero no a sus padres muertos. Cuando Petra las miró, se le ocurrió que eran, en vez de eso, monumentos a dos chicas... la joven Petra, que los había construido, e Izzy, cuya inocencia había sido asesinada por una sola bofetada de la mano de su madre.

Los montículos eran las tumbas de la juventud de Petra e Izzy. Tal vez siempre había sido ese su propósito, incluso cuando Petra los había construido por primera vez. Tal vez sólo ahora lo veía porque ahora, esta noche, ambas tumbas estaban finalmente llenas. Era triste, pero Petra no lloró. La juventud siempre

termina, tarde o temprano. Tal vez, en cierto sentido, uno solo puede empezar a crecer cuando lo hace. Tal vez la vida sólo empieza verdaderamente cuando muere la inocencia.

Una brisa sutil sopló a través de la hondonada, susurrando a través de las hojas alborotadas y haciendo crujir las enredaderas anudadas alrededor de los montículos. Una vez más, la escena parecía una visión subacuática, llena de un azul profundo y un eterno silencio.

Petra se apartó de los montículos. Tras ella, el viejo árbol hueco crujó con la brisa, llamándola. Caminó hacia él, sacando su varita. La arrastró hacia

arriba, como dibujando una línea vertical en el aire nocturno. Las enredaderas que abrazaban el árbol se apartaron de nuevo, susurrando para sí mismas. De niña, Petra había sido capaz de hacerlo sin varita, simplemente pensando en ello. Anheló de nuevo ese poder simple y sin esfuerzo. La varita era una muleta, que le había sido impuesta por un mundo mágico más débil. Parte de ella se sentía profundamente resentida por ello. Deseaba ser capaz de hacer magia como solía hacerla... sin varita o palabras. Tal vez algún día dominaría esa habilidad otra vez. Haría un esfuerzo

por practicarla para intentar encontrar ese músculo mental secreto de nuevo. Esos poderes tenían que estar todavía ahí, solo tenía que buscarlos, intentar una vez más ejercitarlos.

Entró en la oscuridad del árbol hueco. Su escoba estaba apoyada entre las sombras, pero Petra la ignoró. En vez de ello, se arrodilló y colocó las manos a ambos lados de una pequeña caja, muy parecida a un joyero. Estaba hecha de madera negra, pulida hasta brillar como un espejo. Se sentía muy fría en las manos. La sostuvo ante ella mientras se levantaba. Las hojas crujieron bajo sus pies cuando la llevó



fuera del árbol hueco.

Petra no abrió la caja mientras caminaba, escalando la cuesta suave que salía de la hondonada. Ya sabía lo que había en ella, aunque no lo entendía. Era fea, fría, y aun así, de algún modo alocado e inconcebible, reconfortante. Incluso ahora, sólo sostener la caja, se sentía correcto. No *bien*, exactamente. En cierto modo, sujetar la caja se sentía cualquier cosa *excepto* bien. *Completo*, de algún modo.

Los árboles se hicieron más delgados cuando Petra alcanzó el linde del bosque, y no se sorprendió en absoluto de ver la brillante superficie

del lago extendida ante ella. Había caminado atravesando toda la banda de bosque, saliendo por el otro lado. Ante ella, el embarcadero se extendía como un oscuro presagio, apuntando inexplicablemente a la nada. El lago reflejaba el azul del cielo nocturno, cortado por la mitad por una banda de danzante luz de luna reflejada. Petra no interrumpió su zancada. Llevó la caja hasta el embarcadero, colocándosela bajo el brazo mientras caminaba. Las tablas gastadas todavía estaban calientes tras el sol diurno. Secaban las huellas de los pies descalzos de Petra mientras ésta caminaba hasta el extremo del

embarcadero.

Cuidadosamente, Petra se puso en cuchillas y colocó la caja negra sobre las tablas detrás de ella. Cuando se enderezó, sacó la varita del bolsillo de su camisa.

Suspiró profundamente y la giró en un violento ademán. No quería hacerlo, pero tenía que asegurarse. Cerrando los ojos, lanzó su mente de vuelta a la granja. Esta era otra habilidad que casi había perdido de su niñez. Si se concentraba, incluso ahora, podía visualizar la granja entera en su mente, como una escultura. Allí estaba la casa dormida y el granero oscurecido con

Bethel dentro, despierta, masticando su pienso. Allí estaba el limpio espacio surcado del campo del abuelo Warren, el Árbol de los Deseos, las pilas de rocas. Allí estaba la hierba perlada de rocío del jardín, llena de diminutas vidas de arañas y ardillas. Y luego, finalmente, Petra encontró lo que estaba buscando. En su mente, vio el pequeño patio de gallinas y el gallinero desvencijado. Allí estaban las diminutas llamas azules de las gallinas dormidas... y después estaba la llama más brillante, un insistente parpadeo verde: un zorro. Petra había oído al abuelo Warren hablar del zorro. Se

había estado llevando una o dos gallinas al mes a lo largo del verano, aunque el abuelo no había determinado como conseguía pasar la valla del gallinero. Petra podía verlo ahora: había un agujero poco profundo bajo la esquina trasera, oculto por un parche de brezo. El zorro podía escabullirse a través de él, apenas, y coger a la gallina más cercana a la puerta del gallinero, cerrar sus estrechas mandíbulas sobre el cuello de la gallina dormida antes de que ésta soltara el más ligero chillido de alarma. En su mente, Petra pudo ver al zorro, agachado bajo sobre las ancas, retrocediendo a través del agujero,

arrastrando a la gallina muerta tras él. Sus ojos eran brillantes y redondos como abalorios, y Petra no pudo evitar pensar en la mirada también redonda y sin alma de Percival Sunnyton.

Petra se concentró en la brillante llama verde de la mente del zorro. Lo llamó. El zorro no quería venir... quería escabullirse a los bosques y disfrutar de su presa en privado. Pero Petra fue insistente. En su mente, sintió al zorro resistirse, lo vio dejar caer la gallina muerta y morder el aire alrededor de su cabeza, como si pudiera morder la mano invisible de la chica.

*Más gallinas,* dijo Petra en la mente

del zorro. *Gallinas gordas, todas las gallinas que quieras. Pero debes venir ahora, rápido; debes apresurarte.* El zorro dudó un momento al borde de la indecisión, pero entonces venció la avaricia. Se lanzó a toda prisa entre la hierba alta con un destello de su cola naranja, dejando a su presa atascada bajo la valla de alambre.

Medio minuto después, Petra le oyó aproximarse. Se apresuraba ansiosamente a través de los rastros, su pelaje ahora cubierto de rocío. Petra se dio la vuelta cuando las garras resonaron sobre la base del embarcadero. El zorro la vio y de

repente se detuvo con un patinazo. Sus ojos captaban ansiosamente la luz de la luna, convirtiéndose en dos brillantes alfileres en la oscuridad. Petra pudo ver los labios negros retraerse en un gruñido. Sus bigotes estaban moteados de sangre.

*Ven*, dijo Petra a la mente del zorro. Así de cerca, Petra tenía una buena visión de la pequeña alma mezquita de la criatura. Estaba loco, hambriento y ávido, lleno de la lujuria de su reciente caza. Asombrosamente, en sus palpitantes y rápidos pensamientos, no veía a Petra como una amenaza, sino como a una nueva víctima. Empezó a



arrastrarse por el embarcadero hacia su premio cautivo, alzando sus pies de calcetines negros lentamente, acechando. Ronroneó un gruñido largo y harapiento mientras se aproximaba.

La varita de Petra todavía estaba en su mano. Había asumido que se sentiría mal haciendo esto pero, ahora que veía a la criatura y olía la sangre en su goteante y estrecho morro, no se sentía mal en absoluto. El zorro la vio alzar el brazo. Sus ojos brillaron mientras abría la mandíbula. Se encorvó para atacar. Un destello de luz verde iluminó el embarcadero en el momento en que saltaba y la vida se extinguió en el zorro

incluso mientras éste atravesaba el aire, con las mandíbulas desencajadas para matar.

Se derrumbó torpemente a los pies de Petra en vez de eso, una pila de pelaje naranja y dientes blancos y ensangrentados. Petra jadeó, horrorizada de repente por lo que había hecho. Se cubrió la boca con una mano, con los ojos muy abiertos, reflejando el cielo estrellado.

*Era un roedor, señaló de repente la voz de la parte de atrás de su mente. El abuelo se alegrará de que lo hayas matado. Lo habría hecho él mismo si hubiera sido capaz. Él no mostraba*

*piedad con sus víctimas y no se merecía ninguna de ti.*

Había algo esencialmente mal en la lógica de la voz, pero Petra no podía decir qué era. Más importante aún, no quería hacerlo. El zorro estaba muerto, pero el trato no estaba completo aún. Todavía estremeciéndose por lo que había hecho, Petra se arrodilló. Agarró la cola mugrienta del zorro con la mano izquierda. El cuerpo resultó sorprendentemente ligero cuando lo levantó. Giró sobre las rodillas, temblando al frío de la noche, y sostuvo al zorro muerto sobre el agua negra.

Tomó un tembloroso aliento y lo

dejó escapar. El pequeño cuerpo apenas salpicó al golpear la superficie del lago. Flotó durante un momento mientras el pelaje se empapaba de agua, y luego, lentamente, comenzó a hundirse.

—Lo hice —dijo de repente Petra, y el temblor en su voz hizo que sonara como si se estuviera riendo—. Maté, como se suponía que debía hacer. ¡Pagué el precio, sólo para verte, mamá! ¿Puedo verte? Necesito hablarte. Realmente necesito una madre ahora. —Rio esta vez, ásperamente, ante lo absurdo de la declaración. Una lágrima corrió hacia abajo por su nariz y cayó al lago, siguiendo al cadáver del zorro—.

¿Dónde estás? Muéstrame, por favor... pagué el precio. Sangre por sangre. Muéstrame, mamá. ¡Háblame!

El agua se estremeció lamiendo ligeramente los pilares del embarcadero. La astilla de luna danzó sobre la superficie.

Lentamente, Petra se puso en pie. No había nada allí. Ninguna cara mirándola desde las profundidades. Ninguna sonrisa reconfortante. Nada más que agua muda y reflejos muertos. Petra no creía que fuera aún posible, pero su corazón se rompió. Contuvo un sollozo y alzó los ojos de las oscuras olas de debajo del embarcadero.

Y vio a la figura de pie en el agua en medio del lago.

El sollozo de Petra se convirtió en un violento jadeo de sorpresa y se llevó ambas manos a la boca. Esto no era ningún reflejo. La figura estaba de pie en medio de la superficie de espejo del lago, silueteada contra esa franja brillante de luz de luna. Era una mujer, por supuesto. Petra no podía divisar ningún rasgo, y aun así reconoció la forma por sus visiones de la cámara de la charca; era su madre. Las olas le lamían la cintura donde estaba de pie en medio del agua, con los brazos a los costados, la cabeza ligeramente

inclinada, observando. Su cabello ni siquiera estaba húmedo.

—¡Mamá! —intentó gritar Petra, pero solo salió un ronco y estrangulado murmullo. Estaba simultáneamente aterrada y exultante. Obligó al aliento a entrar en sus pulmones—. ¡Lo hice, mamá! ¡Sangre por sangre! ¡Lo hice!

Las lágrimas corrían libremente por las mejillas de Petra mientras permanecía de pie al borde del embarcadero, sonriendo, alzando los brazos hacia la forma del otro lado del agua.

—No sé qué hacer, mamá —llamó Petra, con voz temblorosa—. Izzy y

Phyllis y el abuelo Warren... es todo tan confuso y lioso. Sé que se supone que debo ayudar, de algún modo. Por eso volví, creo. ¡Pero simplemente no sé cómo! ¡Estoy perdida, mamá! ¡Y tengo miedo! ¿Qué debo hacer?

A través de las olas, la figura sacudió la cabeza lentamente. Petra lo entendió, no como una declaración de ignorancia, sino de impotencia. Su madre quería ayudar, pero no podía. Estaba retenida, de algún modo. No podía aproximarse a su hija, o siquiera hacerse oír. Petra notó que el agua llegaba al pecho de su madre ahora. Se estaba hundiendo de nuevo.



—¡No! —lloró Petra, adelantándose un centímetro sobre el embarcadero hasta que los dedos de sus pies se enroscaron sobre el borde—. ¡Mamá! ¡No te vayas aún! ¡Te necesito! ¡Siempre te he necesitado! ¡Dime qué hacer! ¡Dime... dime que me quieres y que todo irá bien!



La pena rugió a través de Petra, fresca y nueva, como si estuviera perdiendo a su madre otra vez. Gimió y sollozó al mismo tiempo. A través del agua, su madre mantenía los brazos alzados, extendidos hacia Petra, intentando ofrecer el poco consuelo que podía. El agua la succionaba, humedeciendo las mangas de su vestido, derramándose sobre sus hombros.

—¡NOOOO! —gritó Petra roncamente. Casi saltó al agua ella misma, olvidando momentáneamente la mortífera maraña del mirador hundido. Observó a la silueta que se hundía a través de sus propios dedos extendidos,

como si quisiera extraer a la figura del agua por pura fuerza de voluntad. No pudo hacerlo, e incluso mientras observaba, la forma de su madre se hundió finalmente en la centelleante banda de luz de luna, tragada como si nunca hubiera existido.

Petra se tambaleó hacia atrás y se derrumbó en posición sentada sobre el embarcadero, apretándose las manos sobre la cara y sollozando impotentemente. Las emociones en ella eran simplemente demasiado enormes para contenerlas. Rabiaban a través de su corazón como si pudieran destrozarla. Varios minutos pasaron y la tormenta de

pena y pérdida finalmente comenzó a menguar.

Petra apartó lentamente las manos de su cara y miró con los ojos rojos al lago. Se sentía exhausta, vacía, estrujada como un viejo paño de lavar. En la rendida vacuidad de sus pensamientos, solo una cosa permanecía.

*Había funcionado.*

No perfectamente, por supuesto. Su madre no había sido capaz de aproximarse para hablar con ella, pero había estado allí. No había sido un sueño o una visión. Podía hacerlo de nuevo, si quería, y podía hacerlo mejor. Simplemente matar un animal no era

suficiente. El zorro ciertamente había sido un simple roedor, mezquino y ávido a su propio pequeño modo. Su sangre estaba corrompida, era insuficiente. Pero había otras opciones. Petra las exploró en las oscuras cámaras de su mente, cautelosamente, tentativamente. Se inclinó hacia atrás sobre las manos mientras pensaba, sus lágrimas todavía secándose al frío aire de medianoche.

Mientras se recostaba hacia atrás, Petra era consciente de su varita todavía sostenida en el puño suelto de su mano derecha. No era consciente, sin embargo, de que su mano izquierda descansaba sobre la fría madera pulida

de la misteriosa caja negra. Ésta relucía silenciosa a la pálida luz de la luna, guardando sus propios secretos.



Los días siguientes pasaron en medio de una niebla fría, a la vez dentro y fuera de la casa de la granja Morganstern. Una neblina gris colgaba sobre el campo y los bosques, húmeda y malsana, goteando sobre las hojas cambiantes. El abuelo Warren pasaba tanto tiempo como era posible fuera de la casa, saliendo muy temprano por las mañanas

y volviendo sólo para las comidas, normalmente todavía con sus botas de trabajo y su mono de trabajo sucio. Phyllis se movía a través de la casa como un ciclón en miniatura, caminando con pasos ruidosos y cerrando puertas de golpe mientras efectuaba su rutina diaria. Exudaba furia como si fuera un hedor. Petra sabía, sin embargo, que al contrario que ella misma, Phyllis se regodeaba en su furia. Era su elemento natural. Nada se había dicho sobre la confrontación en la sala durante la visita de Percival Sunnyton, pero Petra sabía que la cosa no había acabado. Phyllis estaba simplemente esperando su



momento. El abuelo lo sabía, incluso sin su habilidad latente para leer la mente de su esposa. Él no era un hombre fuerte... el enfrentamiento de aquel día en la sala había requerido cada onza de su limitada resolución y coraje... y Phyllis le aterraba de un modo que nadie más podía. Petra se avergonzaba de su abuelo por eso, aunque sabía que había sido ese mismo miedo el que le había compelido a casarse con la mujer en primer lugar.

La abuela de Petra siempre había sido la fuerza controladora en la casa Morganstern. Una gran mujer en todo el sentido de la palabra, había sido firme,

decidida y no se disculpaba por dar órdenes. El vacío que su muerte había creado en el mundo personal del abuelo Warren había sido tan enorme que éste simplemente no había sabido como funcionar sin ella. En un acto desesperado de caprichosa auto conservación, el abuelo había encontrado a Phyllis, quien recientemente había también enviudado. Phyllis era casi dos décadas más joven que Warren, madre de un bebé con necesidades especiales y sola en una casa que ya no podía permitirse. A pesar de sus obvias diferencias, estaban hechos extrañamente el uno para el otro:

el abuelo Warren necesitaba una mujer fuerte que le manejara a él y a su casa, y Phyllis necesitaba un hogar y un hombre manso que se sometiera a ella. Después, probablemente a Warren se le había ocurrido que había conseguido más de lo que había pretendido con Phyllis. Como su primera esposa, Phyllis era fuerte, testaruda y dominante; al contrario que su primera mujer, sin embargo, Phyllis era mezquina, despreciativa e insignificante. Aun así, Warren la reverenciaba. Muchas veces, Petra había pensado que el abuelo Warren amaba a Phyllis del mismo modo que el nativo de una tribu africana

podría amar a un pequeño y caprichoso dios, que demandaba mucho y daba poco, pero que prometía poder si alguna vez se le requería verdaderamente. Era un amor retorcido, y desde luego no mutuo, pero aparentemente era la única clase de amor que el abuelo Warren esperaba en la vida.

Petra sabía que Phyllis haría la vida imposible al abuelo durante semanas... su venganza por la interferencia de éste el día de la visita de Percival Sunnyton. Pero la interferencia del abuelo no había cambiado nada en realidad. Todavía estaba previsto que Izzy se marchara el siguiente lunes por la mañana; el abuelo

había ido al mercado y recuperado el pequeño baúl que Petra había negociado. Phyllis disfrutaba del placer de regañar a Warren simplemente porque sabía que eso le molestaba. El dios no estaba complacido, y eso significaba que este nativo habría de hacer penitencia. Phyllis disfrutaba pensando formas en que Warren tendría que apaciguarla.

Su furia hacia Petra, sin embargo, era algo totalmente distinto. Phyllis y Petra se entendían la una a la otra demasiado bien para tener otra cosa aparte de una fría relación en el mejor de los casos. Phyllis sabía que, al

contrario que el abuelo Warren, Petra no podía ser intimidada hasta la sumisión. El único poder que Phyllis tenía sobre Petra era el amor de la chica por su abuelo, y eso era apenas un apoyo exiguo, una débil carta en la manga como mucho. Petra, por otro lado, sabía que, bajo sus estallidos y amenazas, Phyllis tenía miedo de ella. La propia Phyllis apenas era consciente de ese miedo, pero ahí estaba, haciendo tictac como una bomba. Phyllis solo sabía que Petra era una amenaza para su dominio sobre la casa, y eso la hacía sentir profundamente intranquila. Siempre había odiado a la chica, pero había sido

un odio frío, congelado, expresado sólo en pequeñas degradaciones y velados insultos. Después de todo, la chica era sólo algo temporal. Phyllis había trabajado cuidadosa y deliberadamente para hacer la vida de Petra tan desagradable como era posible, para asegurar la partida de la chica de la granja en el momento en que llegara a su mayoría de edad. Y aun así, Petra no se había marchado. Había vuelto, inexplicablemente, a pesar del hecho de que *había* llegado a la mayoría de edad y se había graduado en esa ridícula escuela de hechicería. Peor aún, la chica estaba interfiriendo incluso más de lo

habitual, descaradamente y sin inmutarse. Petra presentía que Phyllis estaba maquinando contra ella, calculando el mejor modo de librarse de ella de una vez por todas. En comparación, la furia de Phyllis con Warren era simplemente un hobby. La furia de Phyllis con Petra era una furia de un blanco ardiente, desesperada, y en lo más profundo de su corazón, aterrada.

Izzy evitaba a su madre tanto como era posible. Había abandonado sus intentos de convencer a Phyllis de que no la enviara a la granja. En vez de eso, Izzy simplemente se había resignado a su triste futuro, y esa resignación le había



robado la mayor parte de su vitalidad. Estaba apática y no le interesaba jugar. Incluso había dejado de jugar a las muñecas con Petra antes de dormir.

—Tú eres Astra —había propuesto Petra la noche antes, enderezando el cabello de una de las muñecas de Izzy y ofreciéndosela—. El señor Bobkins será Treus, ¿vale? Podemos hacer la escena con la bruja Marsh. Es tu favorita.

Izzy había cogido la muñeca, pero simplemente la había sostenido en su regazo, mirándola. Suspiró.

—El señor Bobkins dice que no quiere hacer más de Treus —dijo.

—¿Qué quieres decir, Iz? —sonrió

Petra, sujetando al pequeño y suave osito de peluche—. Es el único chico de la pandilla. Tiene que ser Treus.

Izzy sacudió la cabeza.

—Nadie quiere jugar ya. Todos me lo dijeron anoche. Me dijeron que son demasiado mayores para seguir jugando.

Petra inclinó la cabeza irónicamente.

—Yo soy más mayor que ellos, Iz, y *todavía* juego.

—Sólo juegas por mí —respondió Izzy, dejando su muñeca en el suelo, cuidadosamente, en posición sentada, con las piernas extendidas ante ella. La muñeca, Beatrice, se inclinó hacia adelante, mirando hacia el suelo entre

sus piernas demasiado grandes, como si pensara profundamente. Izzy miraba fijamente a la muñeca—. Pero no tienes que hacerlo más tampoco. Jugar ya no es divertido.

Petra estudió a la chica quien, a todas luces, era su hermanita.

—¿Cómo puede ser que jugar ya no sea divertido?

Izzy dio un largo y profundo suspiro, y después alzó los ojos hacia los de Petra, su cara que no sonreía se mostraba patéticamente indefensa.

—Ya no es real, Petra —dijo simplemente—. Solía ser diferente. Solía ser... No sé... como un sueño, tal

vez, pero un sueño de algo real. Un sueño que podías pensar que algún día se convertiría en realidad.

Petra no supo que decir. Simplemente miró a su hermana, observando como Izzy bajaba la mirada y palmeaba a Beatrice ligeramente en la cabeza, como si consolara a la muñeca de sus profundos y preocupados pensamientos. Petra deseó desesperadamente poder decir algo a Izzy, algo que trajera de vuelta esa irrepreensible dulzura, pero no se le ocurrió nada. No había argumentos que ofrecer, porque en su corazón, Petra sabía que Izzy tenía razón. Sabía

exactamente lo que quería decir su hermana.



El día antes del último viaje de Petra al embarcadero fue a su habitación y se detuvo ante su ventana. Las cortinas raídas todavía estaban echadas, cortando la triste luz de la tarde por la mitad de forma que la habitación era una caverna de sombras. Abajo, Phyllis haciendo ruido, cerrando puertas de golpe y haciendo traquetear platos mientras preparaba la cena. Petra podía

ver a través del encaje sucio de las cortinas, Izzy estaba fuera en el jardín, recogiendo las últimas bayas de la estación, manchándose los dedos de felices colores y ocasionalmente chupando el jugo de ellas, sería. Petra simplemente observó.

*Esto no puede seguir así.*

La idea le llegó desde la trastienda de su mente, pero sonaba como su propia voz esta vez. Asintió ligeramente para sí misma. Era cierto. El fuego lento de la furia de Phyllis todavía se alzaba firmemente, alimentado por el miedo que sentía hacia Petra y su desesperación por forzarla a abandonar

el grupo familiar para siempre. Y aun así, Petra no podía marcharse sin más. Aún no, no mientras Izzy todavía la necesitara.

*No es por Izzy por quien te quedas.*

De nuevo, la voz fue la suya propia. O la voz de la trastienda de su mente finalmente se había desvanecido, o había mejorado en camuflarse. Sin embargo, las palabras sonaban a verdad. Izzy no era la razón por la que Petra se quedaba. Izzy pronto se marcharía a una vida de trabajo manual y pesado, forzada a ella por su propia madre odiosa. Desde luego Izzy no era la chica más inteligente del mundo, pero no era

un caso desesperado. Su simplicidad había sido, de hecho, hermosa a su manera. Petra sabía que había escuelas para niños como Izzy, escuelas con cuidadores que sabían cómo enseñar a niños que tenía dificultades de aprendizaje. Esas escuelas costaban dinero, como había señalado tensamente Phyllis una vez, acabando pulcramente con el tema, pero Petra sabía cómo eran las cosas. El dinero no era la cuestión; Phyllis no lo habría gastado en Izzy aunque lo hubiera tenido. Phyllis simplemente no creía que Izzy tuviera potencial para la escuela. Era casi como si Phyllis culpara a su hija por haber



nacido así, y tuviera intención de castigarla por ello. Por lo que a ella concernía, la granja correccional proporcionaba la única opción real para la chica. Además, en menos de dos días, Izzy sería enviada lejos, probablemente para el resto de su vida. Izzy ya no necesitaría a Petra para defenderla y ocuparse de ella, si esa había sido la tarea de Petra, había fracasado miserablemente en ella.

*Esto no puede seguir así.*

Petra suspiró superficialmente. Finalmente, dio la espalda a la ventana y atravesó la habitación. Se arrodilló y sacó algo de debajo de su cama. Era la

caja negra del hueco del árbol. La sintió pesada en las manos cuando la levantó y colocó sobre la cama. Allí arrodillada en el suelo, la tenía casi al nivel de los ojos. La luz sombría de la habitación destelló sobre la tapa pulida.

Petra la abrió.

Sabía lo que había en ella, y aun así la visión siempre la hacía estremecer. No sabía el porqué. No sabía de dónde provenía el objeto o de quién había sido. Simplemente lo había descubierto en el árbol hueco cuando había vuelto a casa de la escuela la última vez. De algún modo sabía que la caja no había sido colocada allí por ningún alma

viviente. Nadie conocía su escondite, y ella lo hubiera sabido si éste hubiera sido descubierto o perturbado. La caja simplemente había encontrado su camino hasta allí. La caja, o más bien el objeto de la caja, había sabido que podría ser necesario. Simplemente había acudido a su señora, ocultándose donde sabía que sólo ella lo encontraría.

El objeto de la caja recogía la luz tenue de la habitación, destellando malvadamente. Era una daga. Su hoja estaba manchada de negro, casi como si hubiera sido frotada con hollín. El mango era singularmente feo, incrustado con joyas.

Casi refinadamente, Petra envolvió los dedos alrededor del mango y la alzó. Si sostener la caja negra se sentía bien, entonces tocar la daga misma se sentía positivamente eléctrico. Era como sujetar una víbora viva, o la misma marea de los océanos. La sentía poderosa y peligrosa, pero principalmente la sentía suya. Había muy poca cosa en este mundo que perteneciera a Petra, aunque la daga le pertenecía de un modo que sobrepasaba la mera posesión. Era como una parte de ella, como si perteneciera tanto a la daga como la daga a ella. Era una sensación aterradora, y aun así la única

cosa que la reconfortaba. La daga hablaba sin palabras. Prometía cosas... cosas secretas, tal vez incluso oscuras y terribles, pero Petra se sentía irresistiblemente atraída hacia ella.

*Si tuviese padres, no necesitaría esto*, pensó. Era un argumento contra una advertencia que nadie había expresado. Una actitud defensiva innata. Parte de ella sabía que esta daga era malvada. Pero también era poderosa, y posiblemente la ayudaría. ¿Estaría verdaderamente tan mal utilizar una herramienta maligna para hacer algo bueno? Si fuera la única opción disponible para ella, ¿quién la culparía

por abrazar esa opción?

—No la necesitaré para siempre — se dijo suavemente a sí misma en la oscura y vacía habitación—. Sólo la utilizaré una vez. Después de eso, la apartaré. Sólo esta vez. Eso es todo. Es todo lo que necesito.

—Me recuerda a algo que dijo un amigo recientemente —respondió tranquilamente una voz, sorprendiéndola. Petra jadeó y se dio la vuelta, ondeando salvajemente la daga delante de ella, con los ojos bien abiertos.

Una forma estaba de pie en la esquina. Era enorme, irguiéndose entre

las sombras, indistinta. Era casi invisible en la penumbra de la habitación.

La figura siguió con una voz profunda y retumbante.

—Me dijo que aquellos que escogen hacer el bien generalmente obtienen cierta satisfacción de ello. Creo que es cierto, pero también pienso que esa es sólo la mitad de la historia. ¿Puede imaginar que otra mitad de eso es cierto, señorita Morganstern?

El corazón de Petra palpitaba en su pecho. Gateó hasta poner los pies bajo ella, enderezándose contra la cama. Todavía sostenía la daga oscura delante

de ella.

—¿Quién eres? —exigió con un susurro ronco.

La figura se adelantó ligeramente, adentrándose en la luz tenue del cuarto.

—Mis disculpas, señorita Morganstern. No hago esto con todos mis antiguos alumnos, pero pensé que en su caso podría valer la pena una pequeña visita personal. Llámelo seguimiento académico.

Petra observó de reojo, reconociendo finalmente al hombre alto.

—¿Director? —dijo, manteniendo la voz baja—. ¿Merlinus? ¿Pero por qué?

Merlinus Ambrosius, figura



legendaria y director de la escuela de hechicería en la que Petra se había graduado recientemente, suspiró y extendió las manos ligeramente, bajando la mirada. Fue un gesto que pareció abarcar a Petra, la daga, la habitación y la granja entera, todo a la vez. Suspiró.

—¿Puedo sentarme, señorita Morganstern? Tenemos mucho que discutir.

Petra asintió bruscamente. Comprendió que todavía sujetaba firmemente la daga, como buscando tranquilidad. Parte de ella pensó que debería volver a meterla en la caja, pero no podía resignarse del todo a hacerlo.

Al otro lado de la habitación, Merlín se sentó graciosamente sobre una silla estrecha junto a la ventana. Petra se permitió a sí misma dejarse caer sobre el borde de la cama, donde se sentó muy tiesa.

—¿Sabe Phyllis que está usted aquí?



—Por «Phyllis» asumo que se refiere a la bastante infeliz mujer de abajo. No, seguramente no lo sabe. Pero usted es consciente de eso, creo. No estoy aquí para hablar con nadie más que con usted.

—¿Me ha estado espiando?

—La he estado observando, señorita Morganstern —replicó Merlín serenamente, sosteniendo su mirada—. Y por buenas razones, como puede adivinar.

Petra tragó saliva.

—¿Va a... arrestarme?

Merlín la estudió durante un largo rato.

—No tengo autoridad para arrestarla, señorita Morganstern. Ni deseo hacerlo, a pesar de que el hecho de arrestarla bien podía ser el curso de acción más sabio. No por lo que ya ha hecho usted, sino por lo que es capaz de hacer.

Petra no supo que decir a eso. Merlín esperó. Finalmente, con una vocecita, ella dijo:

—No soy capaz de nada.

Merlín entrecerró la mirada considerablemente.

—En cierto sentido, eso es cierto —respondió quedamente. Se inclinó hacia adelante sobre la pequeña silla—. Ha

erigido usted una jaula muy segura para sí misma, creo. Muy poca gente es consciente de lo que puede hacer, y la que menos usted misma. Ha olvidado más magia de la que algunos de los más poderosos magos y brujas del mundo sabrán jamás, y lo ha hecho dispuesta y deliberadamente. Eso requiere un enorme autocontrol, señorita Morganstern. Francamente, no lo habría creído posible. ¿Y por qué ha hecho eso? Por aceptación. Por la esperanza de ser amada por aquellos demasiado mezquinos o demasiado poco poderosos para dárselo. La pérdida de sus padres ha creado en usted un anhelo de

aceptación tan fuerte que la ha conducido a negarse a sí misma los poderes por lo que criaturas menores matarían. Irónicamente, el mismo sentimiento de pérdida y alienación creado en usted por el villano más poderoso de todos los tiempos, ha creado la mejor salvaguarda contra semejante corrupción. Y aun así...

Merlín se detuvo. Petra sintió el peso de su mirada, como si estuviera viendo más allá de ella, en su interior, sopesando el mérito de sus más profundos pensamientos y miedos. Era exquisitamente inquietante. Se movió nerviosamente y aferró más firmemente

la daga, intentando ocultarla de Merlín, aunque obviamente él ya la había visto.

—Y aun así incluso esa salvaguarda podría no ser suficiente —dijo Merlín suavemente, terminando su pensamiento—. Tal vez ninguna salvaguarda lo sería. Tal vez algunos poderes deben ser voluntariamente confrontados en vez de enjaulados. ¿Qué cree usted, señorita Morganstern?

Petra apartó la vista, mirando por la ventana. Intentó mantener la expresión en blanco.

—No sé de qué está hablando —replicó, con voz casi monótona.

—Oh, creo que lo sabe —dijo



Merlín—. Siempre ha intentado ser honesta consigo misma. Admiró eso. Hágalo ahora, amiga mía. Yo no soy ningún simple mago, y usted no es simplemente una bruja. No se burle de mí con ignorancia fingida.

Petra volvió a mirar a Merlín, su curiosidad avivada, aunque intentó no dejar que él lo viera.

—¿Qué quiere decir con que no soy «simplemente una bruja»?

Merlín se recostó de nuevo hacia atrás, recorriendo ociosamente el cuarto con la mirada. Alzando las cejas, preguntó:

—Perdóneme por preguntar, señorita

Morganstern, ¿pero dónde guarda su varita?

Petra frunció ligeramente el ceño.

—Está en mi tocador —respondió, gesticulando con la mano izquierda, la que no sujetaba la daga—. Cajón superior. A Phyllis no le gusta verla, así que la mantengo oculta la mayor parte del tiempo.

Merlín miró hacia el tocador, después, sin girar la cabeza, sus ojos volvieron a deslizarse sobre Petra.

—No tiene forma de saber esto, considerando que su abuelo tomó la bastante amarga elección de negar su propio carácter mágico, pero es

extremadamente raro que una bruja o mago no lleve su varita encima todo el tiempo. Para la mayor parte de las brujas y magos, la varita es casi una extensión del cuerpo. ¿Lo encuentra curioso?

Petra se encogió ligeramente de hombros. Después de un momento, dijo:

—¿Qué hay de usted? No lleva el báculo todo el tiempo. Lo he notado.

—Eso es cierto —reconoció Merlín, inclinando la cabeza ligeramente—. ¿Y sabe por qué?

A Petra no le gustaba el aspecto de los ojos de Merlín, ni la dirección que la entrevista parecía estar tomando. Aun

así, sentía curiosidad.

—No lleva su báculo —dijo, encontrando la mirada del director—, porque no lo necesita para hacer magia.

Merlín sonrió muy ligeramente.

—En mis tiempos, había quienes repudiaban el uso mismo de varitas y báculos. Sentían que el uso de herramientas mágicas era una debilidad, y que eventualmente engendrarían una gran dependencia de fuentes de magia externas. Por supuesto, aun así, era extremadamente raro que una bruja o mago efectuara cualquier magia real sin semejante asistencia. Siendo realistas, las varitas siempre han sido un medio

esencial para el mundo mágico. Sin ellas, la magia no tiene dirección y está desenfocada, diluida e inútil.

Merlín hizo una pausa de nuevo, la sonrisa desapareció de su cara. La penumbra del dormitorio se estaba profundizando a medida que la tarde tempranera caía más allá de la ventana. Las nubes llegaban en abundancia con la noche, bajas y amenazadoras. Petra apenas podía discernir la expresión del director en la oscuridad descendente. Cuando éste habló de nuevo, Petra apenas pudo ver sus labios moverse.

—Usted no necesita su varita para hacer magia, ¿verdad, señorita

Morganstern?

Petra no respondió. Por alguna razón, no quería hacerlo. Merlín esperó, inmóvil. Finalmente, ella se removió sobre la cama, alejándose ligeramente de él.

—Yo... por supuesto que sí. —No era una mentira... exactamente. Había olvidado esa habilidad. Ya no era capaz de hacer magia sólo con sus pensamientos. Ahora necesitaba la varita, como todos los demás.

—¿Fue difícil aprender a confiar en su varita, cuando la obtuvo por primera vez? —preguntó Merlín con su voz baja y retumbante—. ¿Parecía torpe? ¿Frágil?

Imagino que fue como intentar obligar a una cascada a pasar a través de un embudo. Imagino que fue muy frustrante al principio... como si se limitara a sí misma, matando una parte de su mismo ser. ¿Cómo fue? Dígame, señorita Morganstern. Siento bastante curiosidad.

Petra entrecerró los ojos. La daga zumbaba silenciosamente en su mano. Apretó los labios, sintiendo de repente una oleada de furia. Y luego, extrañamente, ésta desapareció. Sintió una calma sobrenatural.

—Recuerdo la primera vez —susurró, mirando por la ventana a las nubes grises que avanzaban—. Tenía

once años. El abuelo Warren me llevó a una pequeña tienda de varitas en un callejón de Devonshire. La tienda era en realidad una zapatería, pero el propietario era un mago llamado Rufus; vendía varitas en una pequeña habitación oscura en la trastienda. Olía a cuero y sus manos eran muy ásperas. Tenía artritis. Pude verlo, como estopa metálica acumulada en sus nudillos. Podría haberlo arreglado, pero no le conocía, y él me asustaba un poco. Tenía montones de cajas estrechas apiladas en estantes. Después de mirarme durante un minuto, cogió una de las cajas y sacó de ella una varita. Puso la varita en mi



mano y me preguntó qué me parecía. Se lo dije. Le dije que me parecía una rama de los árboles del campo del abuelo. Se rio y me dijo que la agitara un poco.

Petra miró a Merlín antes de seguir.

—No pasó nada. Nada en absoluto. Ni destello, ni chispas, nada. Pero la varita se había roto. Cuando se la devolví al dueño de la tienda, tenía una grieta todo a lo largo. Se rompió en dos pedazos en su mano. No sólo la había roto; la había matado. Era demasiado pequeña. —Petra suspiró profundamente y miró por la ventana—. Nos marchamos con una varita esa noche, pero yo no la había probado. El dueño

de la tienda no había sugerido que probara ninguna varita más. Simplemente le vendió al abuelo una que parecía estar bien y nos despidió. Aprendí a utilizarla, pero sólo porque empecé con poca cosa. Aprendí cuanta magia podía enviar a través de ella. Fue el único modo. Y luego, al final, ya no era ni siquiera consciente de estar conteniéndome. Después de un tiempo, mi magia pareció ajustarse a ella, y me acostumbré a utilizar la varita. Olvidé como *no* usarla. Justo como decía la gente en sus tiempos, ¿no? Me hice dependiente de la herramienta.

Merlín permaneció impasible en su

postura, pero su voz fue baja y tensa.

—No lo sabe, ¿verdad? Ahora sabe que debido a los planes maléficos de hombres malvados, su misma alma está manchada con el último jirón del mago más malvado del mundo. Y aun así, a pesar de ello, cree que su experiencia con la varita no es rara entre las jóvenes brujas y magos. Cree que su experiencia es inusual, pero no extraordinaria. ¿No es así?

Petra miró hacia la forma oscura. Así lo creía. ¿Cómo podía ser de otro modo? Asintió lentamente con la cabeza.

—Yo *prefiero* mi báculo, señorita  
Morganstern                      —dijo                      Merlín

significativamente—. Ha viajado conmigo mucho tiempo y me ha servido bien. Me resulta cómodo. Y aun así, no lo *necesito*. ¿Sabe por qué?

Petra no respondió. Simplemente volvió a mirar la forma oscura del hombre grande, con los ojos bien abiertos y sin expresión. En su mano, la daga zumbaba.

—Es porque no soy un mago —dijo Merlín suavemente—. Soy un *hechicero*. La magia de un hechicero es bastante distinta. No sólo proviene de su interior, sino del mundo que le rodea. Un hechicero puede conectar con la enorme magia del mundo, darle forma y

esgrimirla. Esa es la base verdadera de su poder, y el significado de su título, la principal diferencia entre un mago y un hechicero *es* la fuente. Me creía el último hechicero, y en cierto sentido, tenía razón. Pero sólo en cierto sentido.

Petra simplemente le miró fijamente. ¿Decía en serio Merlín lo que parecía que estaba diciendo? Sus pensamientos corrían, reviviendo su vida. Se vio a sí misma de niña, levitando mentalmente los platos de la mesa al fregadero, cerrando las cortinas de la casa sólo con el pensamiento, ya que era demasiado bajita para alcanzar el cordón. Se vio a sí misma en el sótano, aterrada,

buscando la diminuta chispa de vida de las horribles ratas, apagándolas una por una, estremeciéndose ante la visión de sus cuerpos acurrucados. Principalmente, vio la mirada temerosa en la cara de su abuela cuando había cogido la vara de álamo, golpeándola firmemente contra la palma de Petra, una por cada rata muerta. Era esa mirada la que la había perseguido a través de su niñez, la mirada de terror contenido que tanto había avergonzado y perseguido a Petra, incluso hoy en día.

—No soy una bruja —dijo Petra, su voz apenas por encima de un susurro.

En la oscuridad, Merlín sacudió la

cabeza lentamente.

—No es usted una bruja —  
concurrió.

Petra miró a la oscura figura con  
ojos implorantes.

—¿Pero qué soy entonces?

—Es una hechicera —respondió  
Merlín, diciéndole lo que ella ya sabía  
—. La única hechicera viva en la tierra,  
tal vez desde hace mil años. No sé cómo  
ha llegado a ser así. Los orígenes de  
hechiceros y hechiceras son  
famosamente difíciles de trazar, pero la  
explicación más común es que son los  
séptimos hijos de séptimos hijos.  
Obviamente este no es su caso, señorita

Morganstern. De forma similar, la leyenda dice que un hechicero o hechicera aparecerá en la tierra sólo cuando el equilibrio de magia lo requiera. Bien podría ser éste el presente caso, aunque no he sido capaz de adivinar los detalles de ese equilibrio. La cuestión es que es usted lo que es. Y más importante aún, ello es cierto a pesar de lo ocurrido durante su último año escolar.

Petra recordó: la charca con los reflejos de sus padres; el Guardián y su promesa de hacerlos retornar; la noche en la que casi había cumplido con el trato, casi había asesinado a una niña;



creyendo que era el precio que debía pagar por traer de vuelta a sus padres perdidos.

—¿Quiere decir que el Guardián no sabía que yo era... lo que soy? ¿Qué pensó que era sólo una bruja normal?

—No reclamo saber lo que sabía el Guardián —replicó Merlín—. Pero estoy dispuesto a apostar a que sus cohortes terrenales no sabían que era usted una hechicera, ni siquiera cuando la maldijeron con el desafortunado destino de cargar con el último vestigio fantasmal de su caído señor. Todo esto, podría usted escoger creer, es o una fantástica coincidencia, o parte de un

destino mucho mayor del que podemos actualmente comprender.

—¿Pero por qué yo? —preguntó de repente Petra, la fuerza de sus palabras la sorprendió incluso a ella—. ¿Por qué mis padres? ¿Qué hicimos ninguno de nosotros para atraer la atención del destino de forma tan espectacular? ¡Yo no *quiero* esto!

Merlín asintió con la cabeza.

—Simpatizo con usted, señorita Morganstern. Y aun así, sospecho que a pesar de su juventud entiende usted la futilidad de preguntar por qué ocurren cosas como ésta. Tales cuestiones pueden formar el sustento de estudiosos

y filósofos, pero son palabras vacías para gente como nosotros. No tiene usted el lujo de denostar simplemente contra la desafortunada naturaleza de su identidad. Su tarea, como yo la entiendo, está clara.

Petra sentía una furia impotente alzándose de nuevo en su interior. En la oscuridad, sus ojos destellaron como monedas.

—Dígame —dijo rotundamente.

La cara de Merlín era inescrutable en la oscuridad.

—Su tarea es mantener la jaula que hasta ahora ha creado.

—¿Mantenerla? —exclamó Petra,

sorprendida—. ¡No puede decirlo en serio!

—Ciertamente lo hago, y usted sabe por qué debe ser así —replicó Merlín sin alterar la voz—. Una de las cosas más sabias que se ha dicho es esta: A quien mucho se le da, mucho se le requiere. A usted se le ha dado mucho, señorita Morganstern. No ha pedido usted nada de ello, y aun así el hecho permanece. Es usted más importante de lo que posiblemente pueda saber. Su poder es terrible, y sólo ha comenzado a aprender a controlarlo. Llegará el día en que deba dar rienda suelta a ese poder, pero hasta entonces, su tarea... grave y

monstruosa como es... es no dejar que ese poder la controle. Porque una vez le dé usted voz, la controlará. Poderes mucho menores han destruido a brujas y magos mucho más fuertes de lo que es usted. Aprenda de sus errores, señorita Morganstern. Porque sino...

Merlín se detuvo de nuevo, dejando que sus palabras colgaran en el aire, rodeadas de tensión no expresada.

Petra entrecerró lentamente los ojos. Muy quedamente, dijo.

—¿Si no...?

Merlín aparentemente había esperado que preguntara. Respondió inmediatamente.

—Entonces sólo hay una persona en esta tierra que pueda oponerse a usted, y lo hará.

—Tengo una daga —dijo Petra ociosamente, sujetando la hoja delante de sus ojos, observando la tenue luz de la tarde jugar a lo largo de la ennegrecida longitud de la misma.

Merlín asintió lentamente, gravemente.

—Ciertamente —replicó—. Y sólo usted puede escoger cómo y si la usará alguna vez.

Petra asintió con la cabeza, observando la luz deslizarse a lo largo del filo de la hoja. Era de algún modo a

la vez reconfortante y enloquecedor. Finalmente, bajó la daga y miró al otro lado de la habitación. La silla de Merlín estaba vacía. Petra no estaba particularmente sorprendida.



# CAPÍTULO 4

El último día completo en la casa Morganstern amaneció frío pero soleado. Las esquinas de las ventanas estaban congeladas por la escarcha, ahora convirtiéndose en rocío y goteando a medida que el sol caldeaba el aire. Petra se levantó sintiéndose mejor de lo que se había sentido en meses. Sacó su vestido de trabajo del armario, y entonces se detuvo, examinándolo en su mano. Era soso, hecho de un calicó de color café



apagado con simples botones negros. Sacudió la cabeza hacia él y luego lo colgó de nuevo. Las perchas traquetearon mientras empujaba el contenido del armario a un lado, buscando algo en la parte de atrás. Cuando se retiró, sostenía un vestido amarillo pálido con botones de madreperla. Era su vestido de los domingos, aunque habían pasado años... desde la muerte de la abuela, de hecho... desde que los Morganstern habían asistido a la iglesia. Petra sonrió ligeramente ante él, y después lo llevó hasta su ventana, moviéndolo a la luz de los rayos de la mañana. Con gracia

pensativa y adolescente, se quitó el camisón y se deslizó dentro del vestido amarillo pálido. Lo sintió fresco y bien cuando se posó sobre ella. Petra giró para admirarse en el agrietado espejo de cuerpo entero. Rayos dorados pintaban su costado derecho, haciendo que el vestido brillara virtualmente. Era un vestido bastante viejo, y apenas elegante, pero la transformaba. Estaba guapa. Petra se sonrió a sí misma en el espejo y suspiró.

Apenas era consciente de ello, pero Petra había tomado una decisión. Había vivido tanto tiempo insegura que había olvidado la simple felicidad de llegar a

una conclusión y no mirar atrás. Asintió para sí misma en el espejo, luego se giró resueltamente. Aferró las cortinas cochambrosas de su única ventana y las abrió de un tirón, dejando que la luz del sol se vertiera en su habitación. A través de la ventana podía ver el patio lateral, el jardín, la extensión de bosques entre la casa y el lago. La niebla se alzaba más allá de los árboles como un espectro blanco, deshaciéndose a la dorada luz del sol.

El rocío centelleaba sobre la hierba y los árboles escarchados. Era extrañamente hermoso, a pesar de todo. Se preguntó si alguna vez había visto así

la granja antes, al menos desde que era muy pequeña... viendo lo simple y hermosa que era. Los bosques y los campos, el jardín y el lago, incluso el Árbol de los Deseos con su peso de piedras del campo alrededor de sus pies enraizados, nada de ello estaba contaminado por la fealdad que habitaba en la casa. La casa era el dominio de Phyllis, y le pertenecía a ella, pero el resto no. El resto de la granja pertenecía a Petra y al abuelo Warren y a la memoria de la abuela de Petra. Pertenecía al fantasma de la madre de la propia Petra, que había crecido aquí en tiempos más felices. La granja era

buena. La echaría de menos. Bajó las escaleras lentamente, pensativamente, e Izzy ya estaba allí, sentada a la mesa, comiendo metódicamente un tazón de simple harina de avena.

—Ya era hora —proclamó Phyllis severamente, levantando la mirada hacia Petra desde el fregadero, con ojos duros.

Petra le sonrió y se sentó a la mesa. Phyllis parpadeó, con las manos enterradas en el fregadero, rojas y espumosas hasta los codos.

—¿Para qué te has vestido, jovencita? ¿Para el baile del príncipe? ¿Estamos de humor hoy cenicienta,

querida?

Petra sacudió la cabeza, tirando de un tazón hacia ella.

—Es un día encantador. Pensé que sería agradable vestirme para él por una vez. Espero que no pongas objeción.

Phyllis la estudió durante un largo momento, con los ojos muy ligeramente entrecerrados. Finalmente pareció descartarla.

—Tú misma. Sólo tienes un vestido bonito. Si quieres destruirlo trabajando con él, es enteramente cosa tuya, aunque probablemente romperá el corazón de tu abuelo.

—Me alegra que no pongas

objeción, madre —dijo Petra alegremente.

Phyllis volvió a mirarla agudamente, sus cejas simultáneamente fruncidas y alzándose. No dijo nada, aunque parecía querer hacerlo.

Petra se estaba divirtiendo. Era tan fácil manipular a esta horrible mujer, una vez entendías verdaderamente lo que le importaba. Sintió la mirada tensa de Phyllis pero fingió no reparar en ello. Después de un minuto, se giró hacia Izzy.

—¿Te gustaría salir y escabullirte conmigo un poco esta noche, Iz?

—Difícilmente vaya a tener tiempo para eso —profirió Phyllis con voz

severa, habiendo reanudado su lavado —. Parte mañana por la mañana al amanecer, por si no te acuerdas. Tiene más que suficiente con hacer el equipaje y sus tareas como para mantenerse ocupada todo el día, y después irse temprano a la cama, y eso es todo.

Izzy no levantó la mirada de la pasta de su harina de avena. La removi6 lánguidamente.

—Está bien —respondió Petra alegremente—. No tengo mucho que hacer hoy. Ayudaré a Izzy a terminar sus tareas y hacer el equipaje, y eso nos dejará bastante tiempo para jugar un poco después de la cena, antes de ir a la



cama. Después de todo, podría pasar algún tiempo antes de que volviéramos a tener oportunidad de hacerlo, ¿verdad, Iz?



Phyllis realmente resopló con una risa burlona.

—Eso seguro —masculló.

Petra miró a la parte de atrás de la cabeza de la mujer, entrecerrando los ojos.

—Por supuesto, vendrás de visita a casa —dijo, hablando con Izzy pero todavía observando a Phyllis—. Tendremos tiempo para jugar entonces también. ¿No será divertido?

Ahora pareció ser el turno de Phyllis de disfrutar.

—Oh, yo no estaría tan segura de eso —respondió, apilando platos ruidosamente en el escurrer platos—. Uno nunca puede estar demasiado seguro acerca del futuro. Las situaciones pueden cambiar en cuestión de

momentos. Pregúntale al «abuelo Warren» sobre eso.

Petra frunció el ceño tensamente, estudiando el cuello flaco y huesudo de la horrible mujer, el moño despiadado de su cabello gris. ¿Podría estar refiriéndose realmente Phyllis a la muerte de la abuela de Petra? Aunque ella no diría algo tan insensible y mezquino, ¿verdad? ¿O se estaba refiriendo a alguna otra cosa? Se le ocurrió que tal vez ella no era única que estaba planeando algo. Phyllis todavía humeaba con dos clases diferentes de rabia, y Petra supo que sólo estaba esperando su momento, tramando el

mejor plan para obtener su mezquina venganza. ¿Pero qué podría idear la horrible mujer? ¿De qué era realmente capaz?

Petra decidió que posiblemente no importaba. A ella no. Si Phyllis estaba planeando algo, el abuelo Warren seguramente lo sabría. Después de todo, le gustara a él o no, podía leer sus pensamientos e intenciones. Esa habilidad era el último vestigio de su sangre mágica, y posiblemente era tan incapaz de acallarla como lo era de dejar de respirar. No era un hombre fuerte, pero nunca permitiría que Phyllis hiciera daño a Petra. Antes moriría.

Pensando en eso, terminó su magro desayuno y se embarcó en sus tareas del día y en ayudar a Izzy.



No fue un día malo. Como hacía tanto había aprendido, el trabajo manual tenía su propia afabilidad especial. Al contrario que las tareas escolares y el estudio, el trabajo físico permitía a la mente vagar libremente, saltándose el cordón del aburrimiento para explorar sus propios antojos y sus sueños de vigilia. Habiendo crecido en una granja,

Petra había, de hecho, vivido gran parte de su vida en ese mundo de imaginación, soñando despierta mientras su cuerpo cumplía con alguna tarea repetitiva y puramente física. Había llegado a amar la sensación de caer en la cama cada noche absolutamente exhausta. De hecho, el comienzo de todos sus cursos escolares previos había estado plagado de cortas rachas de insomnio, su cuerpo sin uso volviendo a acostumbrarse al mundo de trabajo mental y vida sedentaria. La vida en la granja nunca era particularmente excitante, y a menudo era exigente físicamente, pero no era una mala vida. Pensaba en esas

cosas mientras se movía a través de su último día en la granja, trabajando más frecuentemente que no, junto a Izzy.

En su presencia, Izzy apenas parecía lenta en absoluto. Las tareas que Izzy apenas se las arreglaba para realizar bajo la impaciente instrucción de Phyllis, con Petra las efectuaba veloz y grácilmente. Petra siempre había creído que simplemente ella era mejor maestra que Phyllis, principalmente porque era más paciente y amable con la chica. Pero ahora lo dudaba. Merlín había dicho que una hechicera extraía su poder del mundo que la rodeaba. ¿Y si era también posible que una hechicera



alimentara con su poder lo que la rodeaba? Tenía sentido, en realidad. Tal vez, en presencia de Petra, Izzy realmente se balanceaba al borde de la brujería, como tan frecuentemente deseaba la chica. Vaciló en considerarlo... era un pensamiento tan feliz que resultaba un poco descorazonador. Y aun así, recordaba historias acerca del propio Merlín, de cómo había enseñado magia a la completamente humana y no mágica «Dama del Lago», Judith, a la que había tomado como esposa. Los magos y brujas normales no podían enseñar más magia a humanos corrientes de lo que se

podía enseñar a un mosquito a hablar francés. Pero tal vez los hechiceros y hechiceras podían impartir una sombra de su poder, la parte de su poder que provenía de la naturaleza que los rodeaba, e incluso ajustar a un humano mentalmente desafinado. Pensó en esto mientras Izzy y ella se afanaban. Se preguntó lo que diría Phyllis si pudiera ver a su hija trabajando como lo hacía en presencia de Petra. ¿Cambiaría de opinión sobre ella? Tristemente, creía que no. Phyllis simplemente acusaría a Petra de utilizar a la chica como marioneta, influenciándola con sus artes antinaturales y brujeriles.

Y para ser totalmente honesta, Petra no sabía si Phyllis no tendría razón.

Pero cuando la tarde comenzó a caer sobre la granja y la cena se echó encima, Petra e Izzy habían, de hecho, conseguido introducir el magro armario y los artículos de tocador de Izzy en el pequeño baúl de segunda mano. Sus tareas estaban acabadas, incluso después de la adición de Phyllis de varias tareas de última hora por la tarde. A pesar de esto, no estaba dispuesta a permitir que las dos chicas salieran y «se escabulleran», como Petra había prometido a Izzy.

—No vas llevártela a los campos y

llenarle la cabeza con tus tonterías y pensamientos absurdos —dijo Phyllis finalmente, sin levantar la mirada de sus asuntos—. He trabajado durante años para evitar que arruines su estúpido cerebro confundido con tu excentricidad antinatural. Sé que crees que ésta es tu última oportunidad con ella, pero no la tendrás. —Extrañamente, Phyllis parecía más distraída de lo habitual. Se movía por la casa de un modo apresurado y preocupado. El abuelo Warren se había retirado otra vez al granero para pasar la noche, dejando que Petra se las arreglara por sí misma con la horrible mujer. Petra la siguió de habitación en

habitación.

—Honestamente, no sé de qué estás hablando —dijo, afectando un aire de insípida inocencia—. Sólo quiero disfrutar de un último día con la chica con la que crecí antes de que se vaya. Seguramente no nos negarás...

—Puedo y lo haré —replicó Phyllis agudamente, levantando la mirada y girándose hacia Petra—. Puedes fingir todo lo que quieras conmigo, pequeña bruja, pero soy más lista que eso. Puedo ver directamente a través de ti. Tuviste tu oportunidad de interferir, y no funcionó. ¿Lo entiendes? Probablemente creíste haber ganado aquel día en la sala

con Percival, pero estás tremendamente equivocada. Sé lo que es mejor para Izabella, a pesar de lo que penséis tú y tu abuelo.

Petra quedó sorprendida al comprender que no se sentía picada en lo más mínimo por las palabras de Phyllis. Phyllis tenía desde luego miedo de ella, y a causa de ese miedo estaba jugando su mejor mano, luchando por mantener su garra de hierro sobre la casa sólo una vez más, en un día de mucha importancia. Por lo que a Phyllis concernía, mañana no era importante, si sólo podía mantener el control hasta entonces, ya no importaría. Sería

demasiado tarde para que Petra hiciera nada.

—No puedo imaginar de qué estás hablando, madre —dijo Petra, sacudiendo la cabeza tristemente.

—¡NO ME LLAMES ASÍ! —casi chilló Phyllis, su voz se rompió. Cerca, Izzy saltó, dejando caer los calcetines que había estado zurciendo. Levantó la mirada, asustada. Phyllis bajó la voz, pero sus ojos estaban vivos de rabia; casi chispeando—. Menudo descaro —dijo con voz áspera—. *Llamarme madre. Tu madre está muerta.* ¿Me has oído? ¡Y debería considerarse afortunada! ¡No ha tenido que verte

creer para convertirte en la patética buscapleitos sin objetivo que eres! ¡Ahora, sal de mi vista antes de que me enfade, pequeña *bruja*!

Petra simplemente miró a la rabiosa y temblorosa mujer. Un rojo lívido teñía las mejillas de Phyllis y sus ojos parecían estar vibrando en sus cuencas.

Tomó un largo aliento. Con voz rítmica y monótona, dijo:

—No soy una bruja.

Phyllis casi confundió el tono de Petra con arrepentimiento. Se elevó en toda su estatura.

—Eso es lo más sensible que has dicho en años —replicó, exhalando una



respiración reprimida—. Ya basta. Izzy, a la cama. Te despertaré al amanecer, y quiero que estés lista para partir inmediatamente. En cuanto a *ti*, por otro lado —dijo, alzando una ceja hacia Petra—. No me importa lo que hagas. Mientras permanezcas fuera de mi camino.

Y se giró y salió, dejando a las dos chicas solas en medio de un frío silencio.



La noche había descendido

completamente cuando Petra estaba sentada en su habitación, mirando fijamente hacia fuera por la ventana. No se había movido en horas, desde que había entrado en la habitación y colocado la silla estrecha en medio del suelo. Todavía llevaba su vestido amarillo y a pesar de las advertencias de Phyllis, éste no estaba dañado en lo más mínimo por su día de trabajo duro. En su regazo estaba la caja negra pulida, con la tapa cerrada.

La luna se había alzado mientras ella observaba. Había escalado el cielo, alzándose más allá de los bosques, primero amarilla, y ahora de un blanco

hueso. Colgaba del cielo como una hoz de plata, lanzando su luz sobre la granja de abajo.

Petra bajó la mirada a la caja. Era reconfortante haber tomado una decisión. Pronto sabría exactamente lo que tenía que hacer. Era tan simple, y aun así, por supuesto, no sería fácil. Sabía que podía hacerlo esta vez. Después de todo, era realmente lo mejor para todo el mundo. Eso mismo había pensado también antes, pero realmente no había tenido la certeza. *Sabiendo* que suponía toda la diferencia del mundo. Pasaron varios minutos y la casa permanecía perfectamente inmóvil a su

alrededor.

Finalmente se levantó. Colocó la caja negra sobre el tocador. En el espejo, su propia cara le devolvió la mirada. A causa del pálido brillo azul de la luna, parecía diferente a esa mañana. Entonces, con el brillo dorado del sol, había parecido guapa. Ahora parecía pálida, como una estatua de alabastro. A sus propios ojos parecía fría, severa; ya no guapa, ni siquiera bella, como una rosa negra.

*Tengo una daga...*

Dio la espalda a su reflejo y abrió la caja. La daga yacía dentro, sus joyas centelleaban y su hoja renegrida titilaba

a la luz de la luna. Cuidadosamente, casi reverentemente, Petra la tomó por el mango. Se estremeció.

Un momento después había abandonado la habitación. A su estela, la puerta se mecía ligeramente sobre sus goznes, sin producir el más ligero crujido.

Sobre la cama, yaciendo en el centro de un haz de pálida luna, había una forma oscura, larga y delgada, como una cuchillada de tinta. Era la varita de Petra.

Tenía una grieta que la recorría hacia arriba, dividiéndola casi por la mitad.

Había una única ventana en el pasillo de arriba. Estaba en el extremo, con vistas al rellano del primer piso, y estaba cubierta por un juego de largas cortinas de terciopelo a fin de que sólo la astilla más débil de cielo nocturno fuera visible. Petra se movió a lo largo del oscuro pasillo, largamente acostumbrada a navegar por su longitud sin ninguna luz. Se movió silenciosamente, pasando los marcos redondeados de los retratos de sus bisabuelos, pisando concienzudamente alrededor del gabinete desvencijado que había en el lado opuesto de la puerta del baño. Sus pies descalzos no hacían

ningún ruido sobre la larga y estrecha alfombra harapienta.

Se detuvo. La puerta de la habitación de Phyllis y el abuelo estaba firmemente cerrada, como siempre. Petra se quedó de pie en medio de la impenetrable oscuridad fuera de la puerta y escuchó. Después de un minuto, imaginó que oía el lento y sutil vaivén de una profunda respiración proveniente del otro lado del grueso roble. Phyllis estaba dentro, los rescoldos de su furia se habían suavizado y embotado, pero no extinguido, ni siquiera en medio del sueño. Sus sueños eran como campos de espinas, enmarañados y enredados.

Petra podía verlos con el ojo de su mente, pero sólo miró velozmente, tranquilizándose a sí misma viendo que la vieja estaba ciertamente sepultada profundamente en ellos. En el vestíbulo, bajó la mirada al viejo y manchado pomo de la puerta. Lo tocó ligeramente con la mano izquierda.

*Duerme, dijo en su pensamiento. Duerme largamente, duerme bien. Sin oír nada.*

Esperó otro minuto, manoseando la daga en su mano derecha. Satisfecha, se arrastró lejos de la puerta, aproximándose a la última puerta del lado opuesto del vestíbulo.



## La puerta de Izzy.



—Nunca había salido tan tarde antes — susurró Izzy nerviosamente, corriendo por la hierba cubierta de rocío del jardín. El aire era tranquilo y fresco alrededor de ellas, lleno de la solemnidad de la noche. Los grillos cantaban su coro en los bosques. Unas dispersas nubes escarchadas de luna navegaban en lo alto como centinelas. Petra sonrió cuando la muchacha más joven trotó descalza a través de la

hierba alta, alzando los tobillos ágiles como una gacela. Sostenía los brazos en alto a ambos lados y echaba la cabeza hacia atrás, hacia la luna en forma de hoz—. No creía que fuera capaz de mantenerme despierta, como dijiste, pero hablé con mis muñecas y ellas me hicieron compañía. ¡Fue fácil! ¡No sentí pasar el tiempo en absoluto!

Petra mantuvo la voz baja, aunque sabía que no era realmente necesario.

—Esto es divertido, ¿no, Iz? Solía hacerlo mucho cuando era pequeña.

—*Es* divertido —estuvo de acuerdo Izzy, volviéndose hacia Petra y agarrándole la mano, entrelazando los

dedos de ambas—. Pero es un poco salvaje también, y da un poco de miedo. Como la noche de Halloween pero real. ¿Verdad? Esto es lo que las brujas hacen todo el tiempo, ¿no?

Petra asintió con la cabeza, indulgente con la chica.

—Lo hacen. Danzan en los bosques a medianoche, con grandes fogatas y espadas de plata. Algunas veces las estrellas bajan y se unen a ellas, y las lechuzas cantan a coro. Es como una fiesta.

Izzy levantó la mirada hacia Petra mientras caminaban, con ojos serios.

—¿De verdad? ¿No te burlas de mí?

Petra rio.

—Nunca me burlaría de ti, Iz. Puede que estire un poco la verdad de vez en cuando, pero si no es cierto, debería serlo. ¿Por qué lo preguntas?

Izzy suspiró a modo serio, bajando la vista a sus pies descalzos mientras caminaba junto a Petra.

—Bueno, es sólo que papá Warren dice que las estrellas son sólo grandes bolas gigantes de cosas ardientes, ni príncipes mágicos, ni princesas ni nada parecido, como en las historias.



Petra se encogió de hombros.

—Ambas cosas pueden ser ciertas, ¿sabes? Tal vez las estrellas son realmente grandes bolas de gas ardiente y brillante gente noble, todo al mismo tiempo.

Izzy frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Claro que sí —replicó Petra, acogiendo el tema con entusiasmo—. Mira los árboles en los bosques. Lo que *ves* es solo un montón de madera, ramas y hojas que crecen del suelo, ¿verdad? Lo que *no* ves son los espíritus de los árboles, las náyades y dríades.

La chica levantó la mirada hacia la masa oscura de los árboles en lo alto, crujiendo tan suavemente en las altas brisas nocturnas.

—¿Los árboles tienen espíritus?

—Claro que sí. Yo nunca he visto uno, pero conozco a alguien que puede hablar con ellos. Son hermosos y muy solemnes. Se mueven muy, muy lentamente, porque para un árbol, el tiempo humano es como para nosotros el de una hormiga. Ellos miden sus días en años, no en horas.

Izzy no parecía convencida.

—¿Cómo es que no podemos verles?

Petra levantó la vista cuando

entraron en la linde del bosque.

—No sé. Tal vez viven en una parte del mundo que nosotros no podemos ver. Tal vez *nosotros* vivimos en una parte del mundo que *ellos* no pueden ver. Tal vez sólo vemos sus cuerpos arbóreos y ellos sólo ven alguna parte diferente de nosotros, alguna parte de nosotros que ni siquiera sabemos que tenemos.

—Nuestra estela —dijo Izzy de repente, abriendo los ojos de par en par.

Petra la miró, confusa.

—¿Nuestra qué?

—¡Nuestra estela! —repitió la chica con una impaciencia casi cómica—. Como los hombres de los botes en el



pueblo pesquero. Papá Warren dice que el pez no puede ver los botes, pero que puede sentir la estela que deja el bote. ¡Tal vez nosotros sólo vemos los cuerpos arbóreos de los árboles y los árboles sólo sienten nuestras estelas cuando pasamos a su lado!

Petra tuvo la corazonada de que Izzy tenía más razón de la que nunca sabría. No era sólo que su respuesta tuviera sentido. Era que de algún modo pareció resonar entre los propios árboles, como si de algún modo, silenciosamente, ellos murmuraran su asentimiento. Una vez más, efímeramente, pensó en la idea que había tenido antes ese mismo día,

cuando ella e Izzy habían estado trabajando juntas, sobre cómo Izzy parecía temblar al borde de la auténtica brujería cuando estaba en presencia de ella. Era como si algo dentro de Petra encendiera algo dentro de Izzy, iluminándola, dando potencia a alguna parte especial de la chica que el destino había fallado cruelmente en conectar.

Las hojas crujían bajo sus pies mientras ambas se movían a través de los árboles. Después de un minuto, Izzy dijo:

—¿Qué deberíamos hacer?

Petra levantó la vista.

—Voy a mostrarte algo.

—¡Oh! ¿Qué es?

Petra se detuvo y tomó un profundo aliento.

—Esto —dijo, señalando a la hondonada ante ellas.

Izzy no dijo nada al principio. Entró en el claro, rodeando los viejos montículos de piedra, con el ceño ligeramente fruncido. Finalmente se detuvo, y dijo:

—¿Qué son?

Petra caminó alrededor del claro para detenerse cerca de la jovencita.

—Solía pensar que eran las tumbas de mis padres, pero ahora... creo que somos nosotras.

Izzy hizo una mueca pensativa.

—¿Las hiciste tú?

—Sí. Hace mucho tiempo.

Varios segundos pasaron. Izzy miró a Petra, con una comisura de la boca alzada críticamente.

—Hubiera pensado que serían más bonitas si somos nosotras.

Petra no pudo evitar reír alegremente.

—Toma asiento, Iz. Aquí mismo junto a mí, sobre este leño.

Las dos chicas se sentaron encima el viejo tronco caído, alisándose los vestidos sobre las rodillas. Petra puso el brazo izquierdo alrededor de su hermana

y miró hacia los montículos. En el profundo azul de la luz de la luna, la hondonada parecía una vez más un panorama subacuático mágico, lleno de movimiento sutil e invisibles profundidades. Una ligera brisa empujaba a través del claro, alzando las hojas muertas y llevándolas entre los montículos, cantando una nota baja en las copas de los árboles. Y quedamente, casi imperceptiblemente, las enredaderas que se entrelazaban sobre los montículos empezaron a moverse. Cambiaron y murmuraron, produciendo al principio un suave siseo, y después un crujido. Izzy soltó un largo jadeo, sus

ojos se abrieron. Petra se concentró. Finalmente, ambos montículos produjeron una serie de suaves chasquidos, y brotaron flores en las enredaderas, cubriendo completamente ambas formas. La de la izquierda mostraba pálidas flores doradas, mientras la más grande de la derecha estaba cubierta de rosas negras, cuyos pétalos eran casi púrpura a la luz de la luna. Las flores oscilaban arriba y abajo y asentían con la brisa, esparciendo su perfume almizclado a través de la hondonada.

—¡Guau! —jadeó Izzy, y aplaudió espontáneamente con deleite—. ¿Cómo

ha pasado esto? ¿Fueron las dríades? ¿O lo hiciste tú?

—Creo que lo hicimos juntas —dijo Petra, sonriendo.

—Yo soy el de las flores amarillas, como mi cabello —dijo Izzy, señalando—. Tú eres el de las rosas negras, porque tu cabello es oscuro.

Petra asintió de nuevo, todavía sonriendo. No había tenido intención de que las flores florecieran de diferentes colores. A medida que ella crecía, cuando los montículos habían sido monumentos a sus padres muertos, siempre habían florecido en rojo, sin excepción.

—Ha estado guay —dijo Izzy, acurrucándose contra Petra y suspirando profundamente—. Especialmente porque es de noche. Es como si fuéramos auténticas brujas. Quiero decir, las dos, ¿verdad? Pero nada de estrellas bailando o lechuzas cantando. Ni espadas de plata.

—Al menos aún no —replicó Petra.

Después de un minuto, Izzy se volvió inquieta.

—No puedo quedarme sentada mucho más —dijo, poniéndose en pie y mirando alrededor de la hondonada—. Me adormece. Apuesto a que podría dormirme justo aquí, sobre una pila de



hojas. Eso sería bonito, ¿no? Sólo con la luna mirándonos, y nadie más. Eso sería encantador, creo.

Petra se levantó también, sacudiéndose la corteza del trasero.

—Sería extremadamente encantador.

—¿Vamos a volver ya? —preguntó Izzy, mirando a la chica más alta.

Petra sacudió la cabeza ligeramente, todavía mirando a los montículos y sus flores fragantes que asentían.

—Aún no. Tengo una cosa más que mostrarte.

Izzy tomó la mano derecha de Petra y siguieron caminando, escalando la pronunciada cuesta cubierta de hierba de

la hondonada. Ninguna habló hasta que alcanzaron la linde de los árboles, donde el cielo se abrió ante ellas una vez más.

De repente Izzy dejó de caminar, tirando del brazo de Petra hasta que éste se tensó y ella también se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Petra, volviéndose a mirar los ojos abiertos de par en par de la chica.

—No quiero ir allí —dijo Izzy rotundamente, sus ojos no se apartaban de la vista que tenía delante.

—¿Qué? ¿Por qué no? Es sólo el lago. Has estado allí abajo conmigo cientos de veces.

Izzy sacudió la cabeza. Débilmente, Petra podía oír el rumor de las olas sobre la orilla rocosa. El sonido la consolaba, la llamaba. Parecía tener el efecto contrario sobre Izzy.

—Simplemente no quiero bajar allí abajo, eso es todo.

—Todo irá bien, Izz —dijo Petra consoladora—. Te cogeré de la mano todo el rato. Sé que da un poco de miedo, pero eso es lo que lo hace divertido, ¿verdad? Como Halloween.

Izzy finalmente miró a Petra, con los ojos grandes y serios. Estudió la cara de Petra, y luego volvió a mirar al lago, hacia la larga y reluciente banda de luz

de luna reflejada en su superficie. Finalmente, asintió con la cabeza, una vez, cautelosamente.

Las dos chicas bajaron juntas por el sendero hacia el embarcadero. Aparte del gentil lamer de las olas, la noche estaba notablemente tranquila. Petra notó que incluso los grillos hacían cesado su constante canción. La luna parecía un monstruoso ojo semi cerrado.

Izzy se detuvo de nuevo en el primer escalón del embarcadero, con la cara pálida y grave.

—No quiero seguir más allá, Petra.

Petra todavía sostenía la mano de su hermana. Por un momento, el olor a

pescado podrido agujoneó sus fosas nasales, repeliéndola, pero entonces la brisa se lo llevó lejos. Estaban casi allí. Todo iba a salir bien.

—Solo un poco más allá, Izz —dijo Petra, sonriendo—. Quiero mostrarte una cosa más, pero necesito tu ayuda.

La chica no se movió.

—¿Qué es? —preguntó con ojos agudos y vigilantes.

La sonrisa de Petra se amplió ligeramente y sus ojos brillaron.

—Es un secreto —susurró.

El apretón de Izzy sobre la mano izquierda de Petra se alivió. Fue algo pequeño, casi imposible de notar, pero

Petra no obstante lo advirtió. Izzy miró al lago de nuevo.

—No me gustan los secretos.

—Éste te gustará —la animó Petra—. Solo un poquito más. Por mí.

Finalmente, la pequeña se relajó ligeramente. Bajó cuidadosamente las escaleras hasta la plataforma de madera del embarcadero, siguiendo a Petra. Juntas, avanzaron en medio del fresco olor del agua, moviéndose lentamente sobre el gentil lamer de las olas. Izzy permanecía medio paso por detrás de Petra. Petra apretó amablemente el agarre sobre la mano de la pequeña.

—¿Qué es lo que quieres

mostrarme? —dijo Izzy con una vocecita—. Esto es bastante lejos. Quiero parar.

—Sólo dos pasos más —replicó Petra, su propia voz apenas por encima de un susurró—. Aquí mismo, en el borde.

—Ya me mostraste eso —dijo Izzy de repente, alzando un poco la voz—. El mirador en el fondo del lago. Fue espeluznante entonces, a la puesta del sol. No quiero verlo ahora. No sería divertido de noche. Por favor, Petra.

—No es eso lo que quiero mostrarte —dijo Petra, distraída, atrayendo a su hermana hacia adelante.

—¿Entonces qué, Petra? ¿Qué vamos

a ver aquí?

Petra finalmente se giró hacia Izzy, con ojos brillantes. Eran oscuros y misteriosamente duros. Había lágrimas contenidas en ellos.

—Mi madre —replicó con una voz extrañamente muerta.

Petra todavía sujetaba la mano derecha de Izzy en su izquierda. Tiró de la mano de la chica hacia arriba, alzando simultáneamente su propia mano derecha. En ella, la daga destelló horriblemente, la luz de la luna moviéndose a lo largo de la hoja oscura.

—¡No! —chilló Izzy, apartándose. El apretón de Petra sobre la muñeca de



la chica menor era como un torno.

—Deja de luchar, Izz —dijo Petra, lidiando por mantener quieta la mano de la chica—. Sólo te dolerá un momento.

Izzy tiró de la mano tan fuerte como pudo, y luego golpeó duramente el talón de su mano libre sobre el puño de Petra buscando hacer palanca. Las dos chicas forcejeaban en la oscuridad.

—¿Qué haces? —Jadeó Izzy, su voz fue un quejido alto—. ¡Petra, para!

—Sólo un poco de sangre, Izz —replicó Petra con voz monótona—. Es todo lo que necesito. Nada más. No necesito traerla de vuelta del todo; sólo lo suficiente para hablar con ella.

Necesito a mi mamá. Ella me dirá que hacer, Izz. Nos lo dirá a las dos. Todo irá bien, ¡sólo tienes que dejar de luchar...!

Izzy estaba llorando mientras peleaba, desesperándose. Todo lo que sabía era que la chica mayor tenía un cuchillo y planeaba hacerle daño con él. Pateó y se esforzó, dando la espalda al extremo del embarcadero. Petra tiró de ella hacia atrás, desnudando los dientes a la luz de la luna. Su cara parecía horrible, casi cadavérica.

—Sólo un simple corte en tu palma. Eso es todo. Unas pocas gotas de tu sangre y todo acabará. ¡Basta! *Deja de*

*luchar*. No quiero hacerte *daño*, Izz... no me hagas...

Izzy chilló y se abalanzó hacia adelante tan fuerte como pudo, atacada por el pánico. Su pie se deslizó sobre la superficie cubierta de rocío del embarcadero y resbaló, cayendo. Petra perdió su propio equilibrio y gateó buscando un asidero, aferrándose a uno de los pilares del embarcadero. Hubo un grito, cortado de repente, ahogado por el ruido de un pesado chapoteo. Izzy había caído al lago.

Petra se dejó caer de rodillas, buscando a la otra chica, con los ojos salvajes. Un gorgoteo y otra salpicadura

la revelaron; estaba a varios metros de distancia, fuera del alcance de Petra. Agitaba violentamente los brazos, con los ojos brillantes y horribles, y la boca llena de agua.

—¡Izzy! —llamó Petra, con el corazón repentinamente saltándole en la garganta—. ¡Nada hacia mí!

¡*No!* dijo la voz de la trastienda de la mente de Petra, firme y decididamente. *No... Espera...* Petra se quedó congelada en el acto con la más extraña frialdad descendiendo sobre ella. Mientras miraba, la chica en el agua pareció cambiar. No era Izzy en absoluto. Era otra niña de cabello rubio,

una chica llamada Lily. Era justo como en sus sueños, los frustrantes y embrujadores sueños de ese último momento en la cámara de la charca. La chica se estaba ahogando, justo como había exigido el trato. Pero ahora, ésta vez, el sueño era real. Ahora, Petra realmente podía afectar al resultado.

Lentamente, Petra se alzó sobre sus pies, observando las patéticas salpicaduras de la chica del agua.

No había tenido intención de matar a Izzy. Sólo pretendía utilizar su sangre, sólo lo suficiente para hablar con su madre. No había planeado traer a su madre completamente de vuelta, aun si

fuera posible.

*¿Es eso cierto?* dijo la voz de la trastienda de su mente, calmadamente, fríamente. *Yo creo que no. Creo que esa fue tu intención todo el tiempo. Creo que por eso viniste a casa en primer lugar. Todo ha conducido a esto. Solo creíste haber alterado el plan cuando escogiste salvar a Lily, pero no cambiaste nada. Sólo pospusiste lo inevitable. La chica debe morir. Sólo entonces tendrás paz.*

Y después de todo, ¿para qué tenía que vivir Izzy? ¿No estaría mejor de este modo ella también? Mejor morir aquí, al borde de su última noche de juventud e

inocencia, que sesenta años después, utilizada, gastada y empujada a través de la vida como un animal.

*Nadie lo sabrá, consoló la voz. Su cuerpo finalmente será encontrado, pero creerán que murió por su propia mano, deliberadamente o por accidente. La llorarás apropiadamente. Erigirás un monumento a su memoria, lo cual es más de lo que su propia madre haría. Harás lo correcto. Tú, con tu propia madre a tu lado.*

Estaba ocurriendo realmente. Izzy se hundió bajo la superficie una vez más. Sus manos aletearon débilmente, patéticamente, manoteando sobre las

afiladas olas.

Petra se giró. Miró de vuelta a lo largo de toda la longitud del embarcadero, y luego lanzó la mirada alrededor del perímetro del lago. Su ceño se frunció ligeramente.

—No viene nadie —dijo para sí misma, dudosamente.

*No, ese chico, James, no vendrá esta vez, estuvo de acuerdo la voz, exultante. Ni Merlinus. Ni nadie. La fuerza desencaminada del bien no tiene ninguna voz aquí. El «bien» es un mito. Sólo hay equilibrio. Solo hay poder. Nada más importa.*

La voz tenía razón. No venía nadie.



Nadie iba a detenerla. Iba a tener éxito. Petra miró al agua de nuevo. Las pequeñas manos de Izzy ya no se agitaban en la superficie. La chica ya no se veía por ninguna parte, pero seguramente no estaba muerta aún. ¿Cuánto podía vivir un cuerpo sin aire? Petra intentó hundir su mente en las oscuras aguas, pero éstas eran extrañamente impenetrables; no podía sentir nada en absoluto. ¿Por qué iba a importar, de todos modos? Manaron lágrimas de los ojos de Petra.

En el centro del lago, se alzaba una figura. Petra reconoció la forma en ese mismo momento. Su madre la miraba a

través del agua. Petra contuvo un aliento acelerado. Lentamente, sacudió la cabeza. Su varita había desaparecido. Rota. Ya no podía recordar cómo hacer magia sin ella. Lo intentó de todos modos.

*¿Qué estás haciendo?* preguntó la voz de la trastienda de su mente cautamente.

—Tienes razón —dijo Petra tranquilamente, alzando los brazos sobre el agua—. No viene nadie. Nadie va a interferir en mi elección.

La voz parecía alarmarse cada vez más. *¿Entonces qué haces?* Exigió severamente.

—Yo seré la voz del bien —replicó Petra firmemente, tranquilamente—. Escojo por mí misma. Nadie me obliga. Escojo hacer lo correcto, a pesar de todo lo que anhelo y sueño. Y ésta vez, es enteramente mi elección.

Petra se concentró. Examinó el agua con su mente, dispuesta a revelar sus secretos. Ésta permaneció tan oscura y monótona como un pozo. En el centro del lago, la figura de su madre se alzó sobre las olas, lanzando su reflejo a través de la banda de brillante luz de luna. La figura empezó a caminar lentamente hacia el embarcadero.

*No seas tonta. Creíste lo mismo en*

*la cámara de la charca. Pensaste que habías cambiado el curso del destino, y aun así estás aquí ahora. No cambiaste nada. ¡Sólo pospusiste lo inevitable!*

Asombrosamente, Petra casi rio.

—¿Sabes?, esta es la segunda vez que oigo eso hoy —dijo, apretando los dientes y concentrándose—. ¿Y sabes qué más? —siguió, bajando la voz a un ronco susurró—. Creo que *ambos* estáis equivocados.

Petra volvió a enviar a su mente a las lodosas profundidades negras del lago. Eran asombrosamente frías, totalmente monótonas. El agua negra casi parecía luchar contra ella, buscando

frustrarla. No había nada allí a lo que asirse. ¿O sí? En su mente, tanteó, intentando recordar la forma esencial de ello, conjurándolo de sus más profundos recuerdos. Todavía estaba allí, por supuesto, y ahora que lo había invocado en su mente, el lago ya no podía ocultar su realidad. De todos modos, no había forma de que pudiera moverlo, incluso si hubiera tenido su varita. Era imposible, y aun así era su única opción. Se extendió, a la vez con la mente y con las manos, intentando volver a despertar sus poderes largamente inactivos. Algo en el agua empezó a moverse... algo muy grande.

Al otro lado del lago, la figura de la madre de Petra dejó de avanzar hacia ella. Todavía una silueta, la forma sombría alzó los brazos, implorante. Lentamente, empezó a hundirse de nuevo.

*Tú no eres la única con poderes a su disposición,* dijo amenazadoramente la voz de la trastienda de su mente.

Mientras hablaba, algo salió disparado a través del agua, emanando de debajo del embarcadero. Era como un dedo blanco, y Petra comprendió que era una hebra de hielo. La frialdad envolvió la mano izquierda de Petra, y comprendió que ella misma estaba

lanzando el hechizo de hielo. Intentó detenerlo; pero no podía luchar contra ello y aferrar el objeto del agua; era demasiado esfuerzo.

*Yo soy tú, y tú eres yo. No puedes escoger luz mientras yo escojo oscuridad. No puedes dar la espalda a tu destino más de lo que puedes partirte por la mitad.*

Una hebra helada crujió a través del lago, creando un puente serpenteante y congelado. Se encontró con los pies de la figura de la madre de Petra, y asombrosamente, alzó la figura de vuelta a la superficie, manteniéndola a flote. La oscura figura empezó de nuevo a

caminar, pisando silenciosamente a lo largo del puente helado.

No estaba funcionando. Petra estaba perdiendo la forma bajo el agua. Probablemente era inútil de todos modos. Izzy *tenía* que estar muerta. Era demasiado tarde. La figura de la madre de Petra estaba sólo a unos pocos pasos de distancia. Petra podía ver la sonrisa triste en la cara de su madre mientras se aproximaba, sus brazos alzados como para abrazarla.

*Ríndete. El bien es un mito. Todo lo que importa es el poder. Todo lo que importa es recuperar aquello que has perdido. Abraza tu destino o muere*



*luchando. Tú no eres el bien. No existe tal cosa. Eso ya lo sabes, ¿no?*

Petra miró a la cara de su madre. Todo lo que tenía que hacer era agacharse y cogerle la mano, sacarla del puente helado hasta el embarcadero. Se acabaría, finalmente. La voz probablemente tenía razón.

Y de repente, Petra comprendió que no le importaba.

Entrecerró los ojos. No había lágrimas en ellos ahora. Miró fijamente a la cara de su madre muerta, y su propia cara se endureció, se convirtió en algo terrible, casi divino.

—El bien sólo es un mito si la gente

buena deja de creer en él —dijo. Ya no hablaba con la voz de la trastienda de su mente, ni estaba hablando con el espectro de su madre. Estaba hablando sólo para Petra, para sí misma—. Puede ser fútil, pero mejor morir intentándolo que no intentarlo. Puede que yo no sea el bien, pero tampoco soy el mal. Estoy atrapada en el mismo centro. Qué dirección elija no depende de nadie sino de *mí*.

No extendió la mano hacia su madre, pero la extendió. Cerró los ojos, acallando todo lo demás, y se concentró en la forma del agua. Y *tiró*.

El agua se enturbió bajo el

embarcadero, como si algo enorme estuviera pujando hacia arriba bajo él. El puente de hielo se agrietó, después se rompió en pedazos, desintegrándose bajo la fuerza de la oleada. Sin que Petra la viera, la figura de su madre se hundió en el hirviente caldero del lago, con la cara invariable, siempre observando a la chica del embarcadero. El acuoso espectro cayó. En su lugar, algo comenzó a alzarse. Era un largo y puntiagudo trozo de madera, todavía con algunas costras de pintura blanca. Siguió saliendo del lago, alzándose, seguido por un cada vez más grande entarimado de tabillas podridas de cedro; y un techo

cónico. Faltaban grandes pedazos de tablilla, revelando los huesos de madera oxigenados de la estructura. El agua tronó saliendo de la forma mientras ésta se alzaba a la luz de la luna, despojándose del peso de las profundidades del lago. Petra todavía no abrió los ojos. Su cara estaba casi serena ahora, como si finalmente hubiera reconocido algo, como si algún gran peso se hubiera alzado de su corazón y mente. Gentilmente, alzó los brazos, y la enorme forma salió completamente del agua ante ella, provocando una gran cicatriz de olas sobre la superficie del lago.

El mirador empapado colgaba en el aire sobre su oscuro reflejo, con algas goteando de él como grandes cortinas empapadas. En desafío a sus soportes pandeados y podridos, la estructura se erigía exactamente donde había sido construida, décadas antes, justo al final del embarcadero. Su portal arqueado surgía amenazador directamente delante de Petra. Ella abrió los ojos y bajó la mirada.

Allí, tendida en el centro del lodoso suelo de madera del mirador, con aspecto diminuto y patético, estaba Izzy.

Petra entró en el mirador, oyendo el firme goteo del agua que todavía llovía

del techo podrido, y se arrodilló junto a su hermana. Izzy yacía acurrucada de lado, con las piernas entrelazadas, su cabello rubio lacio sobre la cara, ocultándola. Petra le echó gentilmente el cabello hacia atrás, apartándolo de la cara pálida de la chica.

—Izzy —dijo suavemente—. Lo hice. Caminé directamente hasta el borde, pero no lo traspasé. Tenía que intentarlo. Tenía que saber si podía hacerlo. Hice la elección correcta, Izz. No tenías que morir. Por favor, no estés muerta.

La chica no se movió.

Petra tocó la frente fría de su

hermana. Lentamente, cerró los ojos y lanzó su mente al cuerpo de la chica. Izzy todavía estaba caliente por dentro, pero oscura. Petra se desesperó, pero aun así se negó a rendirse. Miró más allá. Allí, en la parte más profunda de la chica, Petra encontró una diminuta chispa. Estaba degradada, pero no desaparecida.

*Vuelve, Izz, dijo Petra a esa chispa. Se acabó. La batalla se acabó.*

La chispa oyó, pero no respondió. Petra sentía que la chica estaba asustada y desesperada. Creyendo que no le quedaba nada por lo que vivir, Izzy había decidido no luchar.

*No tienes que ir, Izz. Si vuelves, las cosas serán diferentes. No tienes que ir a la granja correccional. Podemos irnos lejos, sólo nosotras dos, y tener todas las aventuras con las que siempre hemos soñado.*

Petra todavía tenía los ojos cerrados. Bajo su mano, la frente de la chica estaba húmeda y fría, inmóvil. En el ojo de la mente de Petra, el parpadeo de la pequeña vida de Izzy vaciló.

*Podemos dormir sobre una cama de hojas, dijo Petra a la diminuta chispa. Justo como dijiste. Podemos dormir sobre las estrellas, sin nadie que nos observe más que la luna. ¿No sería*



*bonito? Podemos irnos lejos, como deseabas el otro día, cuando mirabas hacia el Árbol de los Deseos. Podemos irnos lejos, sólo tú, yo y la luna, para siempre jamás. Pero tienes que volver, Izz. Vuelve, por favor...*

No estaba funcionando. La diminuta chispa de vida de Izzy era como un espejismo, burlándose y desvaneciéndose. ¿Había estado realmente allí alguna vez? Tal vez Petra simplemente se había engañado a sí misma al verla, sólo porque no podía afrontar la terrible verdad de lo que había hecho. La frente de Izzy estaba muy fría bajo la mano de Petra. Su

pequeño cuerpo yacía empapado e inmóvil, completamente oscuro para la mente de Petra.

*No, Izz. No. No te vayas. No pretendía que murieras. Te necesito. No puedo seguir sola. Necesito que alguien venga conmigo, que me ayude y esté a mi lado. No tengo madre ni padre. Necesito a mi hermana. Por favor, no quiero dormir sobre esa cama de hojas sola.*

Petra abrió los ojos y miró a su hermana. Los ojos de Izzy estaban abiertos. Miraban a Petra tranquilamente. Petra le sonrió, y luego rio de alivio, las lágrimas finalmente

derramándose por sus mejillas.

Con un tono de voz pequeño y confidencial, Izzy preguntó:

—¿Beatrice puede venir también?



Afortunadamente, el baúl de Izzy ya estaba hecho, se había preparado para su viaje a la granja correccional de Percival Sunnyton. Las chicas se colaron en la casa para recuperarlo, llevándoselo a través del oscuro pasillo, y escaleras abajo. Golpearon la pared una vez mientras giraban el rellano, pero

Petra sabía que no importaría. Phyllis estaba profundamente dormida, los rescoldos de su furia apenas eran ascuas. Petra no podía sentir al abuelo Warren en absoluto. Se sentía un poco triste por dejarle, pero no demasiado. Ambos sabían que este día llegaría, y probablemente fuera lo mejor para todos.

En el exterior, Petra llevó el baúl ella misma, conduciendo a Izzy de vuelta a los bosques. Allí, dejaron el baúl junto a los montículos, y Petra recuperó la única posesión que le importaba: su escoba.

No iba a ser fácil, pero con algo de

suerte, no tendría que arreglar su escapada sola. Dejando a Izzy sentada sobre el baúl, Petra volvió a subir la cuesta pronunciada de la hondonada, examinando las ramas de arriba.

—Caelia —gritó suavemente.

Algo se movió entre los árboles, una forma oscura contra el cielo índigo. Una rama crujió cuando la figura se lanzó desde ella. Rodeó a través de los árboles, girando hacia abajo sobre sus fuertes alas. Izzy observaba, transfigurada, mientras la forma agitaba las alas una vez, dos, y aterrizaba fácilmente en lo alto de uno de los montículos, el único que todavía estaba

cubierto de rosas negras. Era una lechuza, enorme y parda, con sobrios ojos anaranjados que parpadearon lentamente cuando Petra se aproximó.

—Caelia, ha llegado el momento. Ya sabes qué hacer y a quién acudir. Aquí está la nota. Espero que hayas disfrutado de una buena cena de ratones de campo esta noche, porque la necesitarás. Vuela tan rápido como puedas, y ven a encontrarte con nosotras dondequiera que estemos cuando termines. ¿Vale?

La gran lechuza orejuda chilló una vez de forma seria. Inmediatamente, desplegó las alas y se balanceó en lo alto del montículo durante un momento.

Con una bocanada de aire nocturno y un batir de alas, se lanzó al aire. Izzy se agachó cuando la sombra del pájaro pasó sobre ella. Un momento después, Caelia se había ido, planeando silenciosamente fuera del bosque y hacia el cielo oscuro.

—No sabía que tuvieras una lechuza —dijo Izzy, bostezando.

—Nadie lo sabe —admitió Petra—. Ni siquiera el abuelo. Sin embargo te acostumbrarás a ello. Es mejor que esperar al cartero, y además, puede encontrarnos sin importar donde estemos. Es una lechuza muy lista.

—¿A quién escribimos a esta hora

de la noche?

Petra suspiró, y luego se estremeció. Se había vuelto una noche muy fría.

—A alguien que nos prestará ayuda, espero —replicó.

Las chicas comenzaron a escalar a la cuesta de nuevo, saliendo de la hondonada, llevando el baúl de Izzy entre ellas. Petra tenía su escoba sobre el hombro en la mano derecha.

—Tenemos que alejarnos de la casa —dijo tranquilamente—. Por ahora, eso es todo lo que importa.

Después de un minuto, Izzy preguntó.

—¿Volveremos alguna vez?

—No lo creo, Izz.



Izzy asintió pensativamente.

—¿Volveremos a ver alguna vez a mi madre?

Petra bajó la mirada hacia la chica mientras caminaban saliendo del perímetro de los árboles.

—No lo creo, Izz. Lo siento.

La cara de Izzy permaneció impasible mientras miraba de reojo a la casa oscura. Después de un largo momento, soltó un rápido suspiro, descartando la casa, y a todos los que había en ella. Probablemente lloraría, tarde o temprano, por abandonar a su madre, a pesar de todo, pero por ahora, Izzy parecía lista para partir. Unos

pocos pasos después, dijo:

—¿Tendremos que cambiarnos los nombres?

Petra no había pensado en ello, pero parecía una buena idea.

—Claro, Izz. ¿Cuál te gustaría?

—Nunca me ha gustado llamarme Izabella —respondió la chica—. Quiero que me llamen Victoria. O Penélope.

—Tal vez ambos —sugirió Petra—. Victoria Penélope. Pero nunca Vicky Penny.

Izzy hizo una mueca con disgusto.

—*Nunca* Vicky Penny. ¿Y qué hay de ti? ¿Te cambiarás el nombre?

Petra lo consideró durante un largo

momento. Asintió con la cabeza.

—Sí, creo que se impone un cambio de nombre. Se acabó Petra Morganstern. Después de esta noche, creo que ella ni siquiera existe ya, a decir verdad.

—¿Entonces cual será tu nuevo nombre?

Petra miraba directamente adelante mientras caminaba.

—Morgan —dijo tranquila y pensativamente—. Sólo Morgan.

Izzy asintió seriamente, mirando a su hermana.

—Me gusta. Morgan. Suena... serio. Como el nombre de una reina bruja o algo así.

Petra simplemente bajó la mirada hacia la jovencita y sonrió.

Cruzaron el sendero y se dirigieron al campo del abuelo Warren. El campo estaba principalmente desnudo, quedaban solamente surcos enlodados y malas hierbas ocasionales. Mientras escalaban la colina hacia el Árbol de los Deseos, Petra sólo podía ver el borde del lago más allá de los árboles. Centelleaba silenciosamente a la luz de la luna.

—Estoy cansada, Petra —dijo Izzy cuando se acercaban al árbol—. ¿Podemos descansar un minuto?

Las chicas se dirigieron al árbol,

dejando caer el pequeño baúl de Izzy cerca de la caída del viejo campo de piedras. No haría daño dejar descansar a la chica. Probablemente, nunca en su vida había pasado la noche despierta, y Petra necesitaba estar concienzudamente alerta para el día que se avecinaba.

Petra sacó su capa y la extendió sobre la hierba que cubría la base del árbol.

—Aquí, Izz, tiéndete un rato. Yo vigilaré y nos iremos en un ratito. Todo irá bien.

—¿De verdad? —dijo la chica, cayendo inmediatamente sobre manos y rodillas sobre la capa. La hierba

elástica de abajo formaba un colchón maravillosamente suave—. Tiéndete conmigo y mantenme caliente, ¿vale? Será como una siesta.

Petra se unió a su hermana sobre la capa, tendiéndose sobre la espalda y colocándose la palma de la mano derecha bajo la cabeza. Izzy se acurrucó a su lado, enroscándose con la espalda hacia el costado de Petra. Estaba bastante caliente, y Petra se sorprendió ligeramente de lo cómodo que era esto. Miró a través de las ramas del Árbol de los Deseos, hacia la miríada de estrellas de muy arriba.

—¿Petra? —dijo Izzy, sin girarse.

—Mi nombre es Morgan —dijo Petra, sonriendo.

—Morgan —enmendó Izzy fácilmente—. Realmente me asustaste esta noche.

—Lo sé, Iz. Lo siento mucho. Yo... nunca debería haberte metido en esto. Pero ya se acabó. Todo va a ir bien.

Petra pensó en ello durante un largo rato. Quería ser tan honesta con Izzy como fuera posible, especialmente ahora.

—No puedo prometer que no te volveré a asustar nunca. Pero puedo prometerte que nunca te asustaré *así* de nuevo. Puedo prometerte que aunque

pueda asustarte, nunca volveré a hacer que tengas miedo de mí. Cuidaré de ti, cueste lo que cueste. ¿Entiendes?

La chica pareció considerarlo. Después de un momento, Petra sintió a Izzy asentir.

—Me alegro. No creo que pudiera ir contigo de otro modo.

—Bien. Me alegro de que vengas conmigo —dijo Petra quedamente—. No lo haría de otro modo, Iz.

—Mi nombre es Victoria —masculló Izzy. Petra sonrió. Finalmente la chica empezó a dormirse. Petra se quedó tendida con los ojos abiertos, observando el cielo color índigo a



través del encaje de ramas. Era una noche muy callada. La hierba a su alrededor hacía el más leve de los susurros con la brisa.

Petra todavía llevaba su vestido amarillo de los domingos, con sólo una fina rebeca de lana sobre él. Eso y su escoba eran sus únicas posesiones; no se había llevado nada más de su habitación. Su varita todavía yacía rota sobre su cama, y la caja de madera negra todavía estaba posada sobre su tocador, vacía, con la tapa abierta. No las necesitaba ya.

Había perdido la daga. Se le había caído de la mano cuando Izzy había

resbalado, cayendo mientras Petra había gateado buscando un asidero. Cautelosamente, Petra lanzó su mente hacia la granja, concentrándose en el lago. Se zambulló en sus frías profundidades, dudando de si encontraría la daga en tan extenso barro oscuro. Para su sorpresa, ésta se reveló a sí misma de inmediato, como si fuera un imán, atrayéndola. El lago era inusualmente profundo, tenía una forma de embudo pronunciado que se hundía en un manantial subterráneo natural. La daga yacía en una cuesta en el lecho del lago, lo bastante profundo para que la luz del sol apenas pudiera alcanzarla.

Silenciosamente, desde su propia tumba acuática, la llamaba.

Petra cerró el ojo de su mente, acallándola. No podía matar la voz de la trastienda de su mente, pero podía renegar de sus herramientas. La daga no había sido destruida... tal vez no *podía* ser destruida... pero estaba perdida, fuera de alcance, su poder negado. Eso era lo bastante bueno por ahora.

Una nube pasó silenciosamente a la deriva sobre la luna en forma de hoz, muy alto, oscureciendo la luz plateada. Petra la observó. No dormiría, ni siquiera se sentía adormilada. Pero cerraría los ojos, solo unos minutos. Izzy

necesitaba descansar, y Petra la dejaría hacerlo. Solo un ratito, y después se irían. No había daño en ello. Solo un rarito.

En los bosques, abajo en la hondonada, las flores de los montículos se cerraron lentamente. Las flores se desvanecieron y las enredaderas se relajaron. Lentamente, soltaron su garra sobre las rocas. En la oscuridad, sin ser vista ni oída, una de las piedras cayó. Golpeó el suelo y rodó hasta detenerse. Ningún ojo mortal podría haber visto la diferencia, pero la diferencia está ahí, no obstante: La magia había abandonado la hondonada.



# CAPÍTULO 5

Las voces molestaron a Petra, sacándola de su sueño, y volvió sólo relucientemente, luchando contra los fastidiosos sonidos. Estaba magullada, fría y húmeda por el rocío. Rodó y se encontró bocabajo en medio de una masa de hebras húmedas. Despertándose con un sobresalto, se alzó sobre los codos, escupiendo.

Estaba en el exterior, acostada entre la hierba alta. La niebla se alzaba del suelo a su alrededor, difuminando la luz

temprana del sol hasta formar un paño mortuorio gris. Parecía que estuviera yaciendo en medio de una isla de hierba y piedras, rodeada de niebla. Se giró y guiñó los ojos hacia abajo, con los párpados pesados por el sueño. Izzy yacía a su lado, envuelta en la capa de Petra. La subida y bajada de su pecho mostraba que todavía estaba profundamente inmersa en su sueño.

Petra maldijo para sí misma, recordándolo todo de repente. Ella misma había caído dormida, a pesar de todo. Ya había pasado el amanecer, y ni siquiera habían abandonado la propiedad Morganstern. Se puso

temblorosamente en pie, estabilizándose con la corteza húmeda del Árbol de los Deseos.

Tenía que darse prisa, ¿pero adónde debían ir? Cargar con el baúl de Izzy las iba a retrasar considerablemente. Tal vez deberían abandonarlo y recurrir a la escoba. Izzy podía montar de pasajero detrás de Petra y podían seguir el arroyo, como había hecho Petra tantas veces en años anteriores. Aparte de un algún crío muy ocasional con una caña de pescar, los bancos pronunciados y altos del arroyo formaban la autopista secreta perfecta para una bruja nacida sobre la escoba.



Petra se alejó de los árboles, tratando de orientarse. Se preguntó si Caelia habría llegado a sus destinos ya. Se preguntó si su mensaje había sido recibido y entendido. Se preguntó qué harían las dos chicas solas en las semanas y meses que vendrían. ¿Adónde irían? ¿Cuánto tiempo tendrían que ocultarse? Tantas preguntas. Pero aun así, de algún modo, Petra no tenía miedo. Estaba, si acaso, exultante. Había bajado al lago la noche anterior buscando respuestas. Y para su gran sorpresa, las había encontrado.

Voces. La habían despertado minutos antes. Comprendió que las estaba

oyendo de nuevo, y se hacían más altas. Los ojos de Petra se abrieron de par en par y se dio la vuelta, volviendo a mirar hacia el Árbol de los Deseos. La niebla se consumía a la persistente luz de la mañana, revelando el resto de la granja. Se produjo un grito repentino y el pitido de un silbato atravesó el aire.

Petra corrió.

Cuando alcanzó la cima de la colina y rodeó la forma oscura del Árbol de los Deseos, vio a Izzy. La chica estaba despierta, de pie a varias decenas de metros de distancia, con la capa de Petra todavía aferrada alrededor de los hombros. Estaba de espaldas a Petra

mientras miraba colina abajo, hacia la casa.

La camioneta de Percival Sunnyton estaba aparcada en el camino de entrada, al igual que otros dos vehículos. Con un sobresalto de puro miedo, Petra los reconoció como coches de policía. Unas figuras estaban arremolinándose en el jardín, empezando a mirar hacia el Árbol de los Deseos. Uno de los policías trotaba hacia arriba por el sendero, con el silbato todavía proyectándose entre sus dientes.

Izzy se giró, con los ojos muy abiertos y asustados.

—¿Qué hacemos, Petra? ¿Morgan? Vienen a llevarme con ellos. ¡Tendré que irme!

—No tienes que ir con ellos, Iz... Victoria —replicó Petra serenamente, avanzando a zancadas para colocarse entre la chica y las figuras que se aproximaban—. Sólo quédate detrás de mí. Yo hablaré con ellos. Todo irá bien. ¿Me crees?

—Te creo —dijo la chica rápidamente, mirando a hurtadillas entre el brazo y el costado de Petra.

—¡Allí! —gritó de repente una voz distante y chillona. Petra miró hacia el sonido y vio a Phyllis de pie sobre el

porche, señalando. Incluso desde su situación aventajada, Petra podía ver el triunfo exultante en la cara retorcida de la mujer. Sus ojos brillaban, sosteniendo la mirada de Petra—. ¡Esas son! ¡Rápido! ¡Lo sabía!

Percival Sunnyton emergió por la mosquitera, mirando de Phyllis al Árbol de los Deseos, divisando a las dos chicas. Juntos, él y Phyllis descendieron los escalones y se apresuraron a través del jardín.

—No hay ninguna necesidad de que nos encontremos aquí —gritó Petra, su voz resonó en el aire inmóvil de la mañana—. No vamos a volver contigo, y

odiamos las despedidas largas.

El policía del silbido estaba más cerca, lanzando resoplidos mientras escalaba la cuesta del campo. Era mayor, bastante corpulento, con la cara roja y pecosa.

—¿Por qué no volvemos a la casa, señorita, y hablamos de esto de forma amable y civilizada? ¿Qué dice?

—Digo que bien podría detenerse ahí, agente, y ahorrarse el esfuerzo —replicó Petra, alzando la barbilla—. No vamos a volver, y eso es todo.

—Petra Morganstern, ¿no? —jadeó el agente—. Y esa pequeña desamparada de detrás de ti es la

señorita Izabella Morganstern, asumo. Me temo que las cosas no son tan simples. Hemos obtenido autorización para tu arresto, ya ves. Fue emitida esta mañana, gracias a esa encantadora señora y su amigo. Ven tranquilamente, y estoy seguro de que aclararemos este pequeño malentendido en un momento.

Izzy se encogió de miedo contra Petra cuando el policía se acercó.

De repente, el policía del silbato tropezó. Trastabilló y cayó de bruces sobre los surcos enlodados, todavía a varias decenas de metros de distancia.

—Tenga cuidado, agente Patrick —dijo Petra fríamente—. Este terreno

puede ser traicionero si no conoce la disposición de la tierra.

El policía había dejado caer su silbato al caer. Luchó por ponerse en pie, sacudiéndose, examinando el suelo en busca del silbato y maldiciendo para sí mismo. De repente, levantó la vista, frunciendo el ceño.

—¿Y cómo sabe mi nombre, señorita?

Detrás de él, los otros dos policías estaban alcanzándole, avanzando con un paso algo más lento. Sunnyton y Phyllis los seguían de cerca. Sunnyton estaba ayudando torpemente a Phyllis, ofreciéndole el codo mientras



atravesaban los surcos.

—Sabía que intentarías algo así — gritaba Phyllis estridentemente—. Estaba preparada, lo estaba. ¡Hace falta mucho más que una pequeña anguila como tú para acabar conmigo, jovencita! —Al policía, le gritó—: ¿A qué espera? ¡Ha raptado a mi hija! ¡Cójala y tráigala de vuelta! ¡Yo pago sus salarios, así que haga lo que le digo!

El agente Patrick había recobrado el equilibrio. Se aproximó a Petra un poco más lentamente.

—Ya has oído a la señora, querida. Ahora podemos hacer esto al modo fácil...

Hubo un chapoteo mojado cuando el agente Patrick se derrumbó de nuevo, cayendo todo a lo largo sobre el campo embarrado. Maldijo ruidosamente cuando se le resbaló la gorra, cayendo en un charco marrón.

—Vuelve a casa, Phyllis —gritó Petra calmada—. Esto es un error. Tú ya no nos quieres alrededor. Ve a casa con el abuelo Warren.

—¡Ja! —ladró Phyllis—. ¡Como si *él* resultara de alguna ayuda! ¡Los dos sois tan ladinos como ladrones! ¡Me sorprende que no esté aquí afuera ayudándote! ¡Pero yo le enseñaré! ¡Os enseñaré *a los dos*!

De repente, Petra reparó en algo que no había notado antes, algo que había estado demasiado ocupada para reconocer. Recordó la conversación en la casa el día anterior, recordó la forma en que Phyllis se había referido al propietario de la granja correccional; no como «señor Sunnyton», sino como «Percival». Incluso ahora, allí estaba él, ofreciéndole apoyo con su codo, su cara regordeta repleta de satisfacción.

Phyllis ciertamente había estado planeando algo, como Petra había sospechado. Había estado planeando vengarse de Petra y Warren, y utilizar los mismos métodos.

Phyllis estaba lo bastante cerca ahora para reconocer la comprensión en la cara de Petra.

—Has averiguado lo que está pasando realmente, por lo que veo —cacareó—. Es cierto. Percival no solo está aquí por Izabella. *Yo* me voy con él también, dejando este pantano dejado de la mano de Dios de una vez por todas. Francamente, tengo que agradecértelo a *ti*, querida. Nunca había comprendido lo verdaderamente débil que era Warren hasta que no pudo hacerte frente ese día en la sala. Percival es diferente, sin embargo, como puedes ver. Él ve las cosas totalmente a mi manera. Creo que

seremos muy felices juntos. Los *tres*.

—No —jadeó Izzy, todavía ocultándose detrás de Petra—. ¡No!

Phyllis y el policía ya casi estaban sobre ellas. Phyllis estaba sonriendo, colorada por el triunfo.

—Calla, Izabella. Ven aquí ahora mismo y no te castigaré por tu desobediencia. No hagamos esperar a Percival.

—¡No! —lloró Izzy de nuevo, aferrándose a Petra.

—Vamos, jovencita —dijo otro policía, avanzando a zancadas para encontrarse con las chicas. El agente Patrick, cubierto de barro, estaba justo

detrás de él. Los ojos de Petra no se apartaban de los de Phyllis. Su expresión era tranquila, sus ojos estaban entrecerrados.

—¡Qué de...! —gritó el tercer policía, dejándose caer sobre una rodilla e intentando alcanzar su porra. Una sombra titiló sobre él. Todo el mundo excepto Petra levantó la mirada, con los ojos bien abiertos, atónitos.

El aire parecía lleno de inexplicables figuras que se abalanzaban desde todas direcciones. Las formas giraron y bajaron sobre el campo, con capas flameando tras ellas.

—¿Qué es todo esto? —gritó el

agente Patrick, buscando su porra. Un destello rojo le golpeó cuando sacaba su arma, y el desafortunado policía cayó sobre el campo enlodado por tercera vez, inconsciente.

—¡Que nadie se mueva! —gritó una nueva voz—. No estáis viendo lo que creéis que estáis viendo, creedme. Lo que estás viendo es imposible, por supuesto, así que sentíos libres de desmayaros a causa de la pura absurdidad de ello. Eso nos ahorraría a todos un montón de esfuerzo, gracias.

—¡*Cállate*, Damien! —dijo una voz áspera de chica mientras se dejaba caer gentilmente del cielo sobre su escoba—.

¡No empeores las cosas! ¡Probablemente terminaremos enchironados por esto!

—Calma, Sabrina —dijo otra voz serenamente—. Acabemos con esto.

Tres figuras, dos chicos adolescentes y una chica, todos sobre escobas, se posaron en el suelo entre las chicas y sus perseguidores. Los policías retrocedieron, con las manos en las porras. La chica llamada Sabrina tenía un espeso cabello rojo recogido hacia atrás en una cola de caballo. Damien era bajo y corpulento, con gafas de montura negra. Ambos tenían varitas en las manos, apuntando a los reunidos en la ladera de la colina. El segundo chico se



colocó detrás de Petra. Amablemente, tomó la mano de Izzy, conduciéndola a un lado, hacia su baúl y la escoba de Petra.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Phyllis incrédulamente, dirigiéndose a los policías—. ¡Arrestadlos! ¡Arrestadlos a todos! ¡Son cómplices de un crimen! ¿Estáis todos ciegos?

—No tan ciegos como para no ver que nos superan en número —masculló uno de los agentes, retrocediendo—. Ahora que uno de estos críos voladores acaba de freír a Patrick.

—¡No está muerto, idiotas! ¡Sólo inconsciente! ¡Por amor de Dios, son

sólo críos! ¡Críos con palitos!  
*¡Arrestadlos!*

Junto a Phyllis, Sunnyton observaba a una cuarta sombra bajar en círculos, planeando hacia él. Caelia, la gran lechuza orejuda, aterrizó en el campo justo delante de él, con sus enormes alas extendidas amenazadoramente. Se movió hacia ella, con los labios estremecidos. El pájaro saltó hacia él y graznó penetrantemente. Sunnyton saltó, tirando de Phyllis hacia atrás. Ella se giró hacia él, con los ojos salvajes, y apartó furiosamente el brazo.

En lo alto de la colina, a la sombra del Árbol de los Deseos, Petra habló:

—¿Cómo te atreves? —jadeó en voz baja pero audible para todos. No se había movido en el último minuto, ni había apartado los ojos de la mujer flaca y huesuda con quien había compartido casa durante la pasada década. Dio un paso adelante, cerrando las manos lentamente en puños—. Horrible ruina de una mujer. ¡¿Cómo te *atreves*?!

Phyllis la miró fijamente, sorprendida por el estallido.

—¿Que cómo me atrevo? ¿De qué estás hablando?

—¿Cómo te atreves a compartir cama con mi abuelo, sabiendo todo el tiempo que vas a dejarle por este

patético *miserable*?

Sunnyton parpadeó como si le hubiera abofeteado. Continuó retrocediendo, mirando de Petra a Phyllis. Phyllis se irguió en toda su estatura.

—¿Compartir cama? Eres más estúpida de lo que pensaba. Tu abuelo no ha venido a la cama en *días*. Desde esa tarde en la sala. ¡Desde que tomé la decisión de *abandonarle*! Además, ¿qué sabes tú de esas cosas, pequeña zorra?

La expresión de rabia huyó de la cara de Petra.

—Desde que tú... —dijo lentamente, reproduciendo las palabras

de Phyllis. Una comprensión fría y horrible la inundó: el abuelo lo habría sabido. Podía leer la mente de Phyllis... no podía evitarlo, era parte del mago que era, a pesar de su propia negación de su naturaleza mágica. Habría conocido el plan de su esposa, al tiempo que ella lo ideaba. Por eso se había mantenido lejos... porque...

—Petra —dijo el segundo chico suavemente, acercándose a ella por detrás. Tenía el cabello negro alborotado y ojos penetrantes que miraban desde una cara delgada pero apuesta—. Tenemos que volar. Izzy está lista. Tenemos que...

Un repentino paño mortuorio de frialdad descendió sobre la cima de la colina, interrumpiendo al chico. Éste se estremeció violentamente y miró alrededor. Las hojas del Árbol de los Deseos crujieron y se volvieron blancas como el aire neblinoso que las rodeaba. La hierba alta se cubrió de escarcha, extendiéndose como una corona blanca por los surcos de la colina, bajo los pies de aquellos reunidos en ella. El charco en el que todavía estaba el sombrero que se le había caído al agente Patrick se heló, haciendo un sonido parecido al de bombillas de navidad siendo aplastadas bajo una bota. Los dos policías que

todavía estaban conscientes retrocedieron bajando la colina rápidamente con los ojos bien abiertos, su respiración resoplando en nubes blancas. Sunnyton finalmente se dio la vuelta y escapó, andando de vuelta a su camioneta, con la cola de su abrigo blanco flameando. Sabrina y Damien miraban cautelosamente hacia atrás sobre sus hombros, con las varitas bajadas distraídamente en sus manos.

Sólo Petra y Phyllis no se movían. Se miraban la una a la otra sobre el súbito frío, sus miradas trabadas.

—Asesina —jadeó Petra.

Las cejas de Phyllis se alzaron

momentáneamente.

Petra dio otro paso hacia adelante.

—Ni siquiera fuiste a verle. ¿Ni siquiera te preguntaste qué estaba haciendo esas noches en las que no iba a la cama? ¿Alguna vez fuiste y le echaste un vistazo, para ver qué estaba haciendo allá en el granero?

—Es un hombre adulto —masculó Phyllis—. Yo era su esposa, no su enfermera.

—Fuiste su asesina —dijo Petra con suave ferocidad—. Ahora está colgando, en el granero, muerto por su propia mano. Escogió terminar con su vida en vez de ver cómo le abandonabas. Se



puso ese nudo corredizo él mismo, pero  
fue tú odio el que lo ató.



—Incluso si lo que dices es cierto —dijo Phyllis, rabiando—, no fue *mi* mano la que le mató. Fue la *tuya*. *Tú* le volviste contra mí. *Tú* le echaste en cara la vida que había dejado atrás. Si no hubiera sido por ti, nada de esto habría ocurrido. ¡Si sólo te hubieras marchado! Pero no, tenías que volver y remover las cosas. Todo es culpa tuya. ¡Tú eres la razón de que ese hombre escogiera morir como había vivido: como un *cobarde*! ¡Espero que vivas siempre con eso sobre tu conciencia! ¡*Tú* eres la responsable, Petra Morganstern, no yo! ¡*No yo!*

Petra sacudió la cabeza lentamente, con la cara dura como el granito, fría como una tumba.

—Mi nombre... —dijo suavemente—. Es Morgan.

La tierra tembló. Detrás de Petra, el Árbol de los Deseos se *movi*ó. Se inclinó a un costado, crujiendo y rechinando, como si su tronco fuera una monstruosa serpiente y de repente, violentamente, la tierra explotó a su alrededor. La mitad de las raíces del árbol se arrancaron del suelo, llevándose grandes trozos de tierra con ellas y golpeando las pilas de piedras a los lados. El Árbol se inclinó en la otra

dirección, pareciendo nada menos que un gigante sacando los pies de un pozo arenoso. Las raíces se desgarraron de la tierra, enviando geiseres de tierra húmeda al aire. Pedazos de tierra cayeron alrededor de Petra, pero ésta no se movió. Se quedó allí de pie como una estatua, mirando a la pálida y horrible cara de su némesis. Los ojos de Phyllis se salieron de sus órbitas mientras erguía la cabeza hacia arriba, arriba, observando al Árbol de los Deseos alzándose a sí mismo fuera del lecho de tierra. El suelo tembló violentamente cuando las raíces del árbol se estamparon contra el suelo, formando

algo parecido a piernas, como tentáculos nudosos.

Petra sintió a alguien a su lado; entrelazando los dedos con los suyos. Era Izzy. Juntas, las dos chicas observaron, tranquilamente y aparentemente sin miedo. El árbol pasó sobre ellas, lanzándolas a la sombra cuando bloqueó el sol. Cayó tierra alrededor de ellas.

Phyllis todavía no se había movido. Su boca se había abierto de par en par a medida que sus ojos se habían desorbitado. La sombra del árbol cayó sobre ella, y entonces la enorme forma se retorció, inclinándose. Las ramas se

enredaron como serpientes alrededor de Phyllis, sujetándola en un puño gigante y nudoso. Fue arrancada velozmente del suelo, dejando sus zapatos atrás.

—¡Sabía que éste día llegaría! — chilló de repente, su voz casi perdida entre la cacofonía de crujidos y gemidos del árbol vapuleante—. ¡*Sabía* que serías la muerte para mí, horrible chica! ¡Y tenía razón! ¡Tenía *razooooón*!

El árbol caminó a través del campo como a cámara lenta, cubriéndolo en dos enormes zancadas. Lentamente, a paso de gigante, descendió hacia el lago. Su destino final era obvio. Petra observaba, recordando hacía mucho, tiempos más

felices. Por aquel entonces, el mirador había sido el orgullo y la alegría del abuelo Warren. Solían dar fiestas allí, una cada invierno. El interior del mirador podía ser encantado para que fuera mucho más grande de lo que parecía por fuera. El interior podía convertirse en un salón de baile... una catedral... si el abuelo quería. Siempre había sido un deleite para la jovencita que había sido Petra. Era un lugar mágico, lleno de maravilla.

El Árbol de los Deseos se llevó a Phyllis, entrelazando sus ramas serpenteantes, bajando la cuesta hacia el lago. Aplastó el embarcadero bajo sus



pies mientras se aproximaba al mirador, pero el mirador aguantaba, sostenido por la magia. Parecía diferente a la luz del día, transformado de algún modo. Ya no estaba podrido, arruinado y cubierto de barbas de algas marinas. Estaba gloriosamente perfecto, brillantemente blanco a la luz de la mañana.

Lentamente, horriblemente, el Árbol de los Deseos empezó a entrar en él.

Era imposible de observar. Desafiaba a la vista. El árbol era fácilmente tres veces más grande que la estructura de madera, y aun así el espacio parecía convertirse en plástico donde ambos se encontraban. El árbol se

apretó para atravesar la puerta, apiñándose dentro. El mirador se estremeció, pero aguantó firme, flotando sobre su ondeante reflejo. Las ramas que aprisionaban a Phyllis fueron lo último en entrar. Ella luchaba animosamente, pero no muy convincentemente. Petra casi creyó que la horrible mujer quería entrar en su condena. Levantó la mirada en el último momento, escaneando la distancia en busca de Petra. Sus ojos eran acerados, brillantes y terribles. *Siempre supe que serías la muerte para mí,* dijo. Fueron palabras casi triunfantes.

Y entonces desapareció, empujada

adentro con un violento movimiento final.

El mirador se estremeció, se inclinó, y lentamente comenzó a descender. Durante un largo momento, pareció estar preparado para aferrarse. Entonces, de repente y con perfecta finalidad, se hundió, lanzando hacia arriba una oleada de lodo verde y una explosión de agua blanca que chocó hacia atrás, engulléndolo. Después de unos segundos, todo lo que quedó fue una lluvia de gotas de niebla y una onda expansiva de olas.

Izzy apretó ligeramente la mano de Petra.

—Adiós, madre —susurró.



El cuarteto voló por encima de las nubes bajas, lanzando sus sombras sobre las formas onduladas iluminadas por el sol. Montando de pasajero detrás de Petra, Izzy se aferraba fuertemente a la cintura de su hermana, su cara era un círculo de radiante maravilla. Ocasionalmente, cuando rodeaban un banco de nubarrones o cortaban a través de una pared brumosa de niebla blanca, la chica reía en voz alta. Petra se

maravillaba de la chocante elasticidad de la muchacha. Como había pensado la noche antes, seguramente llegaría el momento en que Izzy... Victoria... lloraría por lo que había ocurrido esa última mañana en la granja Morganstern. Como Petra, la chica que Izzy había sido seguramente había desaparecido, su inocencia destrozada cuando, juntas, habían enviado al Árbol de los Deseos a por Phyllis. Había sangre en sus manos. Justificada, tal vez, pero ese era un magro consuelo. Había cosas con las que tendrían que tratar más tarde, y no sería fácil. Por ahora, sin embargo, Petra se regocijaba en el deleite simple

de la chica. La aventura comenzaba, incluso si había empezado de un modo horrible. Como Petra había pensado también antes, tal vez la vida sólo empezaba realmente una vez moría la inocencia. El chico de cabello moreno volaba en la vanguardia, su escoba era larga y bastante vieja, pero bien conservada.

—¡Sujetaos! —gritó—. ¡Vamos a bajar, y la cosa va a ponerse fea! ¡Estamos justo sobre una tormenta!

—Excelente —se lamentó Damien sarcásticamente—. Justo lavé esta cosa ayer.

—¿Estáis las dos bien? —gritó

Sabrina hacia Petra e Izzy.

Petra asintió con la cabeza, sonriendo ampliamente entre el viento brumoso.

—¡Bien! ¡Agárrate fuerte, Victoria!

—¡Muy bien, Morgan! —replicó la chica, gritando sobre el ruido del aire precipitado y aferrándose a la cintura de su hermana—. ¿Adónde vamos, por cierto?

Las cuatro escobas bajaron suavemente, dejándose caer a un mundo de aire húmedo y gris. El trueno retumbó cerca, pareciendo venir de las nubes que se arremolinaban alrededor.

Morgan respondió gritando hacia su

hermana.

—¿Alguna vez te he hablado de mi amigo James?



A medida que la tarde caía sobre la granja Morganstern, más coches de policía fueron llegando. Se apiñaban alrededor del jardín, dejando huellas enlodadas en la hierba, sus luces dirigidas hacia la casa y el granero. Al final, llegó un largo coche negro. Aparcó justo a las puertas abiertas del granero y dos hombres sacaron una



camilla de la parte de atrás. No parecían tener ninguna prisa.

Policías con trajes de paisanos estaban de pie alrededor de la cima de la colina en el campo Morganstern, asombrados por el enorme cráter irregular donde supuestamente había habido un árbol. Dos de los policías que habían respondido inicialmente a la llamada afirmaban que el supuesto árbol realmente se había levantado y se había marchado caminando. Más tarde, sin embargo, los dos se habían retractado de sus declaraciones, explicando que habían estado confusos y, posiblemente, drogados por el té de esa horrible mujer.

Algunos especulaban que habían cambiado sus historias bastante rápidamente tras la visita de un hombre alto y barbudo con una larga capa blanca... el que había afirmado ser de Asuntos Internos, pero cuya identificación nadie pudo más tarde recordar... pero esto fue despachado como mera conjetura y una molesta teoría de la conspiración.

La horrible mujer, la tal Phyllis Morganstern, anteriormente Phyllis Blanchefleur, aparentemente había huido de la escena. Posteriores investigaciones demostraron que Warren Morganstern era el *segundo* marido que

moría en circunstancias sospechosas mientras estaba casado con la señora Blanchefleur. Fue emitida una orden de arresto, ostensiblemente para proceder a su «interrogatorio», pero no se hicieron grandes esfuerzos para localizar a la mujer. Probablemente aparecería tarde o temprano. Probablemente.

Justo más allá de la extensión de bosques, el lago brillaba inconscientemente, lamiendo tranquilamente sus costas rocosas. Virtualmente nada quedaba del embarcadero excepto unas pocas tablas astilladas y los escalones que conducían hacia abajo hasta la orilla. Pasó el día

sobre la superficie reflectante del lago, volviéndose éste pálido y después yendo a la deriva hacia la puesta de sol. La policía se marchó; el silencio descendió. Finalmente, el sol se hundió más allá del horizonte, dejando el lago brillando con un rojo apagado en el crepúsculo.

Una forma se alzó en el centro del lago. Se parecía un poco a la madre de Petra, un poco a otra mujer. Tenía el cabello rojizo y ojos tan oscuros que casi eran negros. La voz de la trastienda de la mente de Petra había tenido razón después de todo: Petra no había sido capaz de renegar de lo que el destino

tenía preparado para ella; solo había cambiado las circunstancias. Y con ese cambio, la naturaleza del trato también había cambiado.

Lenta y tranquilamente, el espectro comenzó a cruzar el lago, caminando fácilmente sobre las olas rojizas. La figura ni siquiera estaba húmeda. Cuando alcanzó la orilla, donde había estado el embarcadero, donde los escalones rotos conducían hacia la profunda oscuridad del cielo, se detuvo y miró.

La Dama del Lago sonrió.

Fin



GEORGE NORMAN LIPPERT. Nació el 11 de enero de 1970 en Ohio, donde vive con su esposa y sus hijos, y trabaja como programador.

Hace unos años se hizo conocido al escribir, sin ánimos de lucro, la saga James Potter, historias que narran las

aventuras del hijo mayor de Harry durante su estadía en Hogwarts. En el 2006, J.K. Rowling lo demandó por violar la propiedad intelectual de su obra, pero luego de leer el primer libro de James Potter, la autora no solo retiró los cargos, si no que le dio a George su bendición para que siguiera escribiendo.